

ANTONIO MANZINI

LA COSTILLA DE ADÁN



Forzado a abandonar su querida Roma natal debido a ciertas irregularidades en el desempeño de su labor policial, Rocco Schiavone es enviado al valle de Aosta, que pese a estar situado en la península Itálica, para un meridional como él es lo más parecido a aterrizar en Marte. Rodeado de imponentes montañas, atenazado por un frío glacial y desconcertado ante el carácter circunspecto de los habitantes del lugar, Rocco encara su segundo caso con el mismo talante de siempre, irritable y transgresor hasta el límite de lo permisible, pero imbuido de un profundo sentido de la justicia.

Cuando una mujer es hallada muerta en su casa y, en la penumbra, se extienden las secuelas de lo que en apariencia ha sido un robo violento, el subjefe Schiavone se resiste a la tentación de creer lo evidente. Una serie de coincidencias y divergencias, sumadas a la ambigüedad de algunos personajes, transformará gradualmente el escenario del crimen en una espesa niebla de misterios. Para despejarla, Schiavone pondrá en práctica su contundente método particular, basado en la intuición, la astucia, una inquebrantable lealtad a su gente de confianza y cierta tendencia a tomarse la justicia por su mano.

Como ya se vislumbró en *Pista negra*, su primer caso, cada interrogatorio de Schiavone, espoleado por su característico mal humor y su irreductible tenacidad, aviva la curiosidad del lector. Así, la cohesión geométrica de las tramas de Manzini y el desasosiego de su personaje, de una humanidad desbordante, han convertido las historias de Schiavone en un éxito sin precedentes en Italia, un fenómeno que va camino de extenderse a todo el continente europeo.



Antonio Manzini

La costilla de Adán

Rocco Schiavone - 2

ePub r1.1

Titivillus 09.12.16

Título original: *La costola di Adamo*

Antonio Manzini, 2014

Traducción: Regina López Muñoz & Julia Osuna Aguilar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para mi tío Vincenzo

El hombre dispone de todas las estaciones del año; la mujer, en cambio, sólo tiene derecho a la primavera.

JANE FONDA

VIERNES

Eran días de marzo, días que regalan destellos de sol y promesas de la primavera que está por venir. Los rayos, aún tibios, incluso fugaces, colorean el mundo e invitan a la esperanza.

Pero no en Aosta.

Había llovido toda la noche, y las gotas de aguanieve habían martilleado la ciudad hasta las dos de la madrugada. Luego la temperatura había descendido varios grados y claudicado ante la nieve, que cayó en pequeños copos hasta las seis, cubriendo calzadas y aceras. Al alba, la luz del sol había despuntado diáfana y febril, revelando una ciudad blanqueada, mientras los últimos copos revoloteaban y caían en espiral sobre las aceras. Las nubes ocultaban las montañas y la temperatura era de unos pocos grados bajo cero. Después se había levantado inesperadamente un viento hostil que había invadido las calles de la ciudad como una marabunta de cosacos borrachos, abofeteando hombres y cosas.

En via Brocherel sólo cosas, puesto que la calle estaba desierta. La señal de prohibido estacionar se agitaba, y las ramas de los arbolillos plantados en el asfalto crujían como los huesos de un artrítico. La nieve que aún no había cuajado se levantaba formando pequeños remolinos, y alguna contraventana suelta golpeteaba sin parar. De los tejados de los edificios caían ráfagas de polvo helado que barría el viento.

Irina dobló la esquina de via Monte Emilus con via Brocherel y recibió un bofetón de aire en plena cara.

El cabello, que llevaba recogido en una cola, se le voló hacia atrás, y los ojos azules se le entornaron levemente. Si le hubiesen hecho una fotografía de primer plano y la hubieran sacado de contexto, habría parecido una loca yendo en moto

sin casco a ciento veinte por hora.

Pero aquel tortazo helado y repentino tuvo en ella el efecto de una caricia. Ni siquiera se cerró el cuello del fino abrigo de lana gris. Para alguien que había nacido en Lida, a pocos kilómetros de Lituania, aquel viento no era mucho más que una agradable brisa primaveral. Si en marzo Aosta aún estaba sumida en el invierno, en su casa, en Bielorrusia, la gente transitaba hundida en la nieve a diez grados bajo cero.

Irina caminaba veloz con sus deportivas Hogan de imitación que centelleaban a cada paso, e iba chupando un caramelo de miel que había comprado en el bar después de desayunar. Si algo adoraba de Italia eran los desayunos. Capuchino y cruasán. El ruido de la máquina al calentar la leche y ahuecar la espuma blanca, que luego se mezcla con el negro del café y el cacao espolvoreado al final. Y el cruasán que se deshace en la boca, calentito, crujiente y dulce. Cuando recordaba los desayunos de Lida... Gachas incomedibles de cebada o avena, café que sabía a tierra... Y luego estaban los pepinos, con aquel sabor agrio que se le hacía insoportable en las primeras horas del día. Su abuelo los bajaba con aguardiente. En cuanto a su padre, se comía la mantequilla directamente del platillo, como si fuera un postre dulce. Cuando se lo contó a Ahmed, a punto estuvo de mearse de risa. «¿La mantequilla? ¿A cucharadas?», le había preguntado, y se había echado a reír, enseñando esos dientes blanquísimos que Irina tanto envidiaba. Los de ella eran grisáceos. «Es por el clima —le había explicado Ahmed—. En Egipto hace calor y los dientes son más blancos. Cuanto más frío hace, más negros se ponen. Justo lo contrario de lo que ocurre con la piel. Es culpa de la falta de sol. ¡Y si para colmo os coméis la mantequilla a cucharadas...!» Y venga a reír. Irina lo adoraba. Adoraba su olor a manzanas y a hierba cuando volvía del mercado. Lo adoraba cuando rezaba mirando a La Meca, cuando le preparaba dulces con miel, cuando hacían el amor. Ahmed era amable y considerado y nunca se emborrachaba, y el aliento le olía a hierbabuena. Sólo bebía una cerveza de vez en cuando, aunque siempre decía que «el Profeta no lo toleraría». Pero le gustaba la cerveza. Irina lo miraba y pensaba en los hombres de su país, en cómo bebían alcohol sin medida, en el aliento cargado y en el hedor que desprendía su piel. Una mezcla de sudor, aguardiente y tabaco. Pero Ahmed también tenía respuesta para esta diferencia sustancial: «En Egipto nos lavamos más, porque para rezarle a Alá hay que estar limpio. Y como hace calor, nos secamos enseguida. En tu tierra hace frío y uno nunca termina de secarse. Eso también es culpa del sol —le decía—. Y además,

nosotros no nos comemos la mantequilla a cucharadas»; y vuelta a reír. Ahora su relación con Ahmed había llegado a un punto de inflexión. Era él quien se lo había propuesto.

Casarse.

Había un problema de carácter técnico. Para casarse, Irina tendría que abrazar la religión musulmana, o bien él la ortodoxa. Y la cosa no se sostenía. Ella no podía hacerse musulmana. No por una cuestión religiosa, pues Irina creía tanto en un dios como en la posibilidad de ganar la lotería; lo que frenaba su conversión era la opinión de sus padres. Su familia, en Bielorrusia, era ortodoxa y creyente. Papá Alexéi y mamá Ruslava, sus cinco hermanos, sus tías, y por supuesto el primo Fiódor, que se había casado con la hija de un pope. ¿Cómo iba a decirles: «Hola. A partir de mañana a Dios lo llamaré Alá»? Ahmed, por su parte, tampoco podía llamar por teléfono a su padre en Fayún y decirle: «¡Mira, papá, que a partir de mañana seré ortodoxo!». Además, Ahmed dudaba mucho de que su padre supiese siquiera qué era un ortodoxo, le habría sonado a enfermedad contagiosa. De ahí que Irina y Ahmed estuvieran planteándose una unión civil. Mentirían y seguirían adelante. Al menos mientras continuaran viviendo en Aosta. Luego ya dispondría Dios, Alá o quien fuese.

Había llegado al número veintidós. Sacó las llaves y abrió el portal. ¡Qué bonito era ese edificio! Con escaleras de mármol y pasamanos de madera. No como el suyo, que tenía las baldosas del suelo desportilladas y manchas de humedad en el techo. Había incluso ascensor. En su bloque no. Los cuatro pisos había que subirlos a pie. Y uno de cada tres peldaños estaba roto o suelto, o directamente había desaparecido. Por no hablar de la calefacción, con esa estufa que lanzaba silbidos y no volvía a funcionar hasta que aporreabas la puerta. Irina soñaba con vivir en un sitio como aquél. Con Ahmed y su hijo, Helmi, que tenía ya dieciocho años y no sabía ni una palabra de árabe. Helmi. Irina había intentado quererlo. Pero él pasaba. «¡Tú no eres mi madre! ¡Déjame en paz!», le gritaba. Irina tragaba y aguantaba. Y pensaba en la madre de aquel muchacho. Que había vuelto a Egipto, a Alejandría, para trabajar en la tienda de sus parientes y se había desentendido de aquel hijo y de aquel marido. Helmi significa «calma y tranquilidad». Irina se sonreía al pensarlo: el nombre no podía ser menos acertado. Helmi parecía una linterna encendida a todas horas. Salía, no volvía a dormir, era un desastre en el instituto y en casa mordía la mano que

le daba de comer. «¡Muerto de hambre! —le decía al padre—. ¡Yo no pienso acabar como tú, vendiendo fruta en un tenderete! ¡Antes follo con viejos!». «¿Ah, sí? ¡¿Y qué vas a hacer, ganar el Nobel?! —gritaba Ahmed, ironizando sobre los catastróficos resultados escolares del hijo—. Estar parado, eso es lo que vas a hacer. Pero que sepas que eso no es ningún oficio». «Pues más vale eso que vender manzanas en plena calle o trabajar de limpiadora como la criada esta que has metido en casa —replicaba señalando con desprecio a Irina—. Ganaré dinero e iré a verte el día que te metan en el hospital. Pero no te preocupes, que el ataúd lo pago yo».

Esas discusiones entre Ahmed y Helmi solían acabar con un bofetón por parte del padre y un portazo por parte del hijo, de modo que la grieta de la pared, que ya llegaba al techo, se hacía más y más larga cada vez. Irina estaba convencida de que, la próxima discusión, la pared y el techo se les caerían encima, peor aún que en el terremoto de Vilna de 2004.

Las puertas del ascensor se abrieron y al punto Irina dobló a la izquierda, camino del número once.

La cerradura se abrió nada más girar la llave. «Qué extraño», pensó Irina. Siempre tenía tres vueltas echadas. Iba tres veces a la semana al piso de los Baudo y, en el año que llevaba trabajando allí, nunca se los había encontrado en casa. A las diez de la mañana, el marido llevaba ya un buen rato en el trabajo, y además los viernes se iba al amanecer porque salía a entrenar con la bici; la señora, por su parte, siempre volvía de la compra a las once en punto; si Irina hubiera tenido que poner en hora su reloj, podría haberlo hecho con ella. Quizá la señora Ester había pillado la gripe intestinal que estaba cobrándose más víctimas en Aosta que una epidemia de peste en la Edad Media. Entró en el piso con el viento nevoso pisándole los talones.

—¡Señora Ester, soy Irina! Vaya frío hace en calle... ¿está en casa, señora? —gritó mientras guardaba la llave en el bolso—. ¿No fue hoy a compra? —Su voz ronca, un regalo de los veintidós cigarrillos diarios, rebotaba contra los cristales ahumados de la puerta del recibidor—. ¿Señora?

Deslizó una hoja de la puerta corredera y entró en el salón. Desorden. En la mesita baja frente al televisor todavía estaba la bandeja con los restos de la cena: huesos de pollo, un limón exprimido y cosas verdosas, espinacas, quizá. Una manta verde esmeralda hecha una bola en el sofá y una docena de colillas en el

cenicero. Irina pensó que muy probablemente la señora estaba con fiebre, acostada en su dormitorio, y que la noche anterior Patrizio, el marido, debía de haber comido solo delante del televisor, viendo el partido; de lo contrario, habría habido dos bandejas, una de él y otra de la señora Ester. Las páginas del *Corriere dello Sport* estaban repartidas uniformemente por la alfombra, y un vaso había dejado dos cercos bien visibles sobre la mesa color miel envejecida. Negando con la cabeza, Irina se acercó para poner orden y tropezó con una botella de vino vacía, que comenzó a girar sobre sí misma. La recogió y la dejó sobre la mesa. Después vació el cenicero en el plato con las sobras.

—¿Señora? ¿Está ahí? ¿Está en cama?

No hubo respuesta.

Con las manos ocupadas por la bandeja, en la que mantenía en precario equilibrio la botella de merlot, empujó con la cadera la puerta de la cocina. Pero no entró. Se quedó paralizada en el umbral, contemplando la escena.

—Pero ¿qué...? —farfulló.

Las puertas de los armarios estaban abiertas de par en par. En el suelo había platos, cacharros y vasos, así como paquetes de pasta y latas de tomate. Desperdigados por las baldosas, paños, cubiertos y servilletas de papel. Unas naranjas habían rodado por debajo de la nevera medio abierta. Las sillas, volcadas; la mesa, desplazada y casi pegada a la pared, y la batidora, estrellada contra el suelo, despanzurrada, con los cables y los mecanismos eléctricos a la vista.

—Pero ¡¿qué pasado aquí?! —gritó Irina, que dejó la bandeja y volvió hacia el pasillo—. ¡Señora Ester! —llamó una vez más. Silencio—. Señora Ester, ¿qué pasado?

Entró en el dormitorio esperando encontrarse con la dueña de la casa. La cama estaba deshecha. Las sábanas y el edredón, amontonados en una esquina. El armario, abierto. Reculó hacia la cocina.

—Pero ¿qué...?

De pronto golpeó algo con el pie y miró al suelo: un móvil hecho pedazos.

—¡Ladrones! —gritó, y, como si la hubieran amenazado con un cuchillo entre los omóplatos, se puso rígida y salió corriendo.

Pero la vieja alfombra afgana estaba combada por las esquinas, e Irina tropezó y cayó de bruces, clavando una rodilla en el suelo.

¡Crac!

Un ruido sordo en la rótula, seguido de un dolor lacerante que la atravesó por

dentro, directo al cerebro.

—¡Aaay! —chilló entre dientes.

Sin embargo, cogiéndose la rodilla con las manos, consiguió ponerse en pie y se fue directa a la puerta corredera del recibidor, convencida de tener ya detrás a un par de hombres amenazadores, vestidos de negro, con el pasamontañas calado y unos dientes afilados de bestia salvaje. Se dio en el hombro con la hoja de la puerta, que vibró haciendo retemblar los cristales ahumados, y otro mordisco de dolor le adentelló la clavícula. Pero este golpe le dolió menos. Irina, llevada por el ímpetu de la adrenalina que tenía en el cuerpo, salió cojeando del piso de los Baudo. Se apresuró a cerrar la puerta tras de sí. Estaba jadeando. Ya en el rellano, se sintió a salvo y se paró a mirarse la rodilla. Se le habían roto las medias, y unas gotas de sangre le manchaban la piel inmaculada. Se lamió dos dedos y se los pasó por la herida. El dolor, antes agudo, se había vuelto profundo y pertinaz, aunque más llevadero. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que en el rellano no estaba a salvo, nada más lejos. Si realmente había ladrones dentro del piso, ¿qué les costaría abrir la puerta y rajarla con un cuchillo o abrirle la cabeza con un pie de cabra? Empezó a bajar las escaleras del bloque, cojeando y sin parar de gritar:

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Aporreó las puertas del rellano de la segunda planta, pero nadie contestó.

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Abran! ¡Abran!

Siguió bajando. Habría querido saltar los escalones de dos en dos, pero la rodilla se lo impedía. Iba cogida al pasamanos de madera, dándole gracias a Dios por haberse puesto las Hogan de imitación compradas en el mercadillo de su calle, que por lo menos tenían las suelas de goma; seguro que con unas de cuero ya se habría pegado varias culadas por las escaleras de mármol. Aporreó también las puertas de la primera planta. Con los puños, llamando a los timbres, a puntapiés, pero no había nadie en casa. Nadie abría. Sólo en un piso le respondieron los ladridos histéricos de un perrito.

«Un edificio de muertos», pensó.

Por fin llegó a la planta baja. Abrió el portal y se precipitó a la calle. Desierta. Ni siquiera una tienda o un bar donde entrar a pedir auxilio. Se quedó mirando los bloques de via Brocherel. Nadie asomado a las ventanas, nadie entrando o saliendo. El cielo estaba teñido de un gris plomizo y no pasaba ni un coche. Eran las diez de la mañana, pero en aquella calle parecía que el mundo se hubiera detenido, petrificado, y que ella fuera el único habitante vivo de ese

barrio.

—¡Socorro! —chilló.

En ese momento, un milagro quiso que apareciera por la esquina un anciano envuelto en una bufanda que paseaba a un chucho con una correa. Irina corrió a su encuentro.

El brigada retirado del ejército Paolo Rastelli, de la quinta del treinta y nueve, se paró en seco en medio de la acera. Una mujer sin abrigo, con los pelos de punta, medio coja y con un reguero de sangre en la rodilla iba corriendo hacia él sin dejar de boquear como un pez recién capturado. Estaba gritando algo. Pero el brigada no la oía. Sólo le veía la boca abierta de par en par, como si masticara aire. Decidió subir el audífono Maico que llevaba en la oreja derecha y que siempre desconectaba cuando salía a dar su paseo con *Flipper*. *Flipper*, un cruce entre un yorkshire y otras treinta y dos razas, era peor que una probeta con nitroglicerina. Una hoja removida por el viento, el gorgoteo de una cañería o simplemente su imaginación de viejo chucho de catorce años bastaban para desatar unos ladridos estridentes y latosos que al exbrigada Rastelli le producían más dentera que el sonido de uñas arañando una pizarra.

En cuanto lo encendió, el audífono le disparó una descarga electrostática en pleno cerebro. Después, como cabía esperar, el ruido blanco se transformó en el ladrido agudo de *Flipper*, que estaba alterado, hasta que por fin pudo percibir el sentido completo de las palabras que salían de la boca de la mujer:

—¡Socorro! ¡Ayúdeme! ¡Ladrones!

Flipper, que había perdido todas las dioptrías del ojo derecho y hacía años que estaba ciego del izquierdo, no le ladraba a la mujer, sino a una señal de tráfico que el viento agitaba al otro lado de la calle. Paolo Rastelli tenía pocos segundos para tomar una decisión. Miró hacia atrás, pero no había nadie. No le daba tiempo de sacar el móvil para llamar a la policía, porque la mujer estaba a pocos metros y corría hacia él como una posesa sin parar de gritar: «¡Socorro! ¡Ayúdeme, señor!». Podría haber escapado de aquella especie de erinia de pelo pajizo, pero antes habría tenido que convencer al clavo que tenía en el fémur y a sus pulmones al borde del enfisema. Así que, como hacía cuando montaba guardia en el polvorín siendo soldado raso, se quedó clavado en posición de firmes, aguardando a que los problemas le cayeran encima, insoslayables como un destino fatal, maldiciendo a *Flipper* y a sus meaditas de media mañana, que lo habían arrancado de sus crucigramas.

Eran las 10.10 h del viernes 16 de marzo.

Cuando había sonado el despertador, aún faltaban veinte minutos para las ocho. El subjefe Rocco Schiavone, que llevaba varios meses destinado en Aosta, se había levantado y, como todas las mañanas, se había acercado a la ventana del dormitorio. Con la lentitud y la tensión de un jugador de póquer que mira las cartas con las que afrontará el último envite, había descorrido las pesadas cortinas para otear el cielo con la vana esperanza de ver un rayo de sol.

—Mierda —había mascullado.

Otro viernes con el cielo más cerrado que la tapa de una olla a presión, con aceras blancas de nieve y con lugareños que caminaban deprisa abrigados con bufandas y sombreros. «Si ellos tienen frío, no te quiero contar yo...», había pensado Rocco.

El mismo ritual de cada día: ducha, cápsula de expreso de máquina, afeitado. Ante el armario no había dudado sobre qué ponerse. Como tampoco el día anterior, ni el otro, ni el otro, ni probablemente en los días venideros. Pantalones de pana marrón, camiseta interior —de algodón por dentro y lana por fuera—, calcetines de mezcla de lana, camisa de franela a cuadros, jersey fino de cachemira con cuello de pico, chaqueta de pana verde y sus inseparables Clarks. Había hecho un rápido cálculo mental: seis meses en Aosta le habían costado nueve pares de zapatos. Tal vez fuera ya hora de encontrar una alternativa válida, aunque seguía sin dar con ella. Dos meses atrás se había comprado unas botas de montaña Teva para moverse por las pistas de Champoluc, pero ni se le ocurría ir por la ciudad con esas hormigoneras. Se había puesto el loden y se había encaminado hacia el trabajo. Como todas las mañanas, iba con el móvil apagado. Porque el ritual diario no terminaba con vestirse y salir de casa. Le faltaban dos pasos fundamentales antes de empezar la jornada: ir a desayunar al bar de la plaza y, por último, sentarse al escritorio y liarse el canuto de la mañana.

La entrada en la jefatura era el momento más delicado. Enfrascado aún en pensamientos nocturnos y con el humor más gris que el cielo de la ciudad, Rocco siempre hacía su entrada a hurtadillas, veloz y esquivo como una culebra entre la hierba. Tenía que evitar a toda costa encontrarse con el agente D'Intino. Sobre todo a las ocho y media, sobre todo a primera hora de la mañana. D'Intino: ese agente oriundo de la provincia de Chieti a quien el subjefe tenía casi más ojeriza que al inhóspito clima valdostano. Un hombre que con su

ineptitud era capaz de causar daños letales a sus colegas, pero nunca a sí mismo. Que hacía una semana había mandado al hospital al agente Casella tras embestirlo con el coche en una inútil maniobra marcha atrás por el aparcamiento de la jefatura. Que le había machacado a Rocco una uña del pie con el cajón metálico del fichero. Y que, con su manía de ordenar las cosas, a punto había estado de envenenar a Deruta al echar lejía en la botella de Uliveto. Rocco se la tenía jurada, y había empezado a presionar al jefe superior para que le encontrase un puesto a D'Intino en alguna comisaría de los Abruzos, donde sin duda sería de mucha más utilidad.

Por suerte, esa mañana no se había encontrado con nadie. El único que lo había saludado había sido Scipioni, que estaba en el mostrador de la entrada y que se había limitado a dedicarle una media sonrisa antes de volver la vista a los papeles que estaba leyendo. Rocco había llegado a su despacho, se había sentado a la mesa y se había fumado un porro de hierba bien cargado y saludable. Para cuando lo había apagado en el cenicero, eran poco más de las nueve. Hora de encender el móvil y empezar la jornada. Al instante, el timbre le había anunciado que tenía un SMS: «¿Alguna vez te decidirás a dormir en mi casa por lo menos una noche?».

Era de Nora, la mujer con la que intercambiaba fluidos corporales desde que lo habían trasladado de Roma a Aosta. Una relación superficial y de apoyo mutuo que, sin embargo, ella estaba intentando precipitar hacia el punto crítico, la exigencia de estabilidad. Algo que Rocco no podía ni quería afrontar. Para él estaban bien como estaban. No necesitaba una compañera. La suya era y sería siempre su mujer, Marina. No había lugar para otra. Nora era guapa y lo aliviaba en su soledad. Pero ella no podía resolverle sus entuertos psicológicos. Quien va a un terapeuta es porque quiere curarse. Y Rocco nunca pisaría la consulta de un terapeuta. Uno no se planta delante del altar con una mujer como quien va a darse un saludable paseo. Si lo hace es porque quiere pasar la vida con esa otra persona. Rocco había dado ese paso hacía ya años, y lo había hecho con las mejores intenciones. Habría pasado toda la vida con Marina, y ahí se acababa la historia. Sin embargo, a veces las cosas no salen como uno quiere, se rompen, se hacen añicos y no pueden volver a pegarse. Pero eso era un problema secundario. Rocco pertenecía a Marina, y Marina pertenecía a Rocco. Lo demás eran añadiduras, agua pasada, hojarasca.

Andaba Rocco pensando en el rostro de Nora, en sus curvas y en sus tobillos,

cuando le sobrevino un mazazo en plena frente: acababa de recordar lo que ella le había dicho la noche anterior, mientras estaban abrazados en la cama. «Mañana cumpla cuarenta y tres años y soy la reina. Así que tienes que portarte bien», y le había sonreído con sus dientes blancos y perfectos.

Rocco había seguido besándola y estrujando sus senos grandes y carnosos sin responder. Aun así, mientras seguía gozando del cuerpo de Nora, había sabido que al día siguiente tendría que comprarle un regalo, y quizá incluso llevarla a cenar y perderse el Roma-Inter, el partido del viernes.

«Nada de colonias —le había advertido—, y odio los pañuelos, de cualquier tipo, y las plantas. Los pendientes, las pulseras y los collares me los compro yo, igual que los libros. De cedés ni hablamos. Bueno, ya sabes por lo menos qué clase de regalo no hacerme, a no ser que quieras fastidiarme el cumpleaños».

¿Qué otra cosa podía regalarle? Nora lo había puesto en un aprieto. Peor, estaba obligándolo a pensar, a reflexionar sobre qué hacer. Los regalos, fueran de Navidad o de cumpleaños, se contaban entre las cosas que Rocco más detestaba. Tendría que perder tiempo, pensar en algo, dar vueltas por las tiendas como un tonto y sin ninguna gana. Pero si quería volver a meterse bajo sus sábanas y seguir homenajeándose con aquel cuerpo, tendría que pensar algo. Y tenía que pensarlo pronto, porque ese día era el cumpleaños de Nora.

—Hay que joderse —murmuró justo cuando llamaban a la puerta.

Rocco se apresuró a abrir la ventana para airear el despacho, olisqueó un par de veces el aire como un sabueso, para asegurarse de que ya no se percibía el olor a hierba, y por fin gritó un «¡adelante!». La inspectora Caterina Rispoli entró en su despacho. Y lo primero que hizo fue husmear el aire y poner cara rara.

—¿A qué huele?

—¡A los emplastos de romero que me pongo para el resfriado! —respondió Rocco.

—Pero si no está resfriado.

—Porque me pongo emplastos de romero, por eso mismo.

—¿Emplastos de romero? No lo había oído nunca.

—Homeopatía, Caterina, cosa fina.

—Mi abuela me enseñó a hacerlos con eucalipto.

—¿El qué?

—Los emplastos.

—Mi abuela también me enseñó a hacerlos.

—¿De romero?

—No, de lo que a ti no te importa. Bueno, ¿piensas decirme qué haces aquí?

Caterina desplegó sus largas pestañas como si fueran plumas y, cuando recuperó la calma, le dijo:

—Tenemos una denuncia a la que tal vez merezca la pena prestar atención.

—Le enseñó el papel a Rocco—. Al parecer, un hombre asegura que, por las noches, hay un trasiego considerable en el parque de la estación hasta las tres de la madrugada.

—¿Putas? —había preguntado Rocco.

—No.

—¿Droga?

—Me da que sí.

Rocco echó un vistazo a la denuncia.

—Habrá que hacer un seguimiento... —Pero entonces se le ocurrió una idea estupenda que iba a dar a la jornada un color muy distinto—. Anda, llama a esos cretinos.

—¿Perdón?

—A D’Intino y Michele Deruta.

La inspectora salió del despacho, asintiendo. Rocco aprovechó para cerrar la ventana. Estaba helando. Pero la excitación por la idea que acababa de tener le impedía percibir el frío que se había adueñado de la habitación. No habían pasado ni cinco minutos cuando D’Intino y Deruta entraron, acompañados de Caterina Rispoli.

—D’Intino y Deruta —dijo, muy serio, Rocco—, tengo una importante misión para vosotros. Exige dedicación y sentido de la responsabilidad. ¿Os veis capaces?

Deruta sonrió y se balanceó, haciendo oscilar sus ciento diez kilos sobre sus piececillos de la talla 38.

—¡Claro que sí, jefe!

—Por supuesto —añadió con entusiasmo D’Intino.

—Entonces, atentos. Lo que necesito de vosotros es un operativo de vigilancia. Nocturno. —Tenía a los dos policías pendientes de cada una de sus palabras—. En el parque de la estación. Sospechamos que se trata de tráfico de drogas. No sabemos si caballo o coca. —Deruta miró excitado a D’Intino: por fin una misión a su altura—. Tenéis que buscar un sitio donde no deis el cante. Pedid la cámara para sacar fotos y registrarlo todo. Quiero saber qué hacen,

cuánta mercancía venden, quiénes son los camellos y, sobre todo, quiero nombres. ¿Os veis capaces?

—Claro —respondió D’Intino.

—Yo es que tengo la panadería de mi mujer... —replicó Deruta—. Ya sabe que a veces le echo una mano de madrugada. Y esta misma noche he...

Rocco se levantó con un bufido e interrumpió al agente.

—¡Michele! Me parece estupendo que le echés una mano a tu mujer en el horno y que te deslomes con dos trabajos. Pero ante todo eres policía, ¡leche! ¡No panadero!

Deruta asintió.

—Coordina la inspectora Rispoli.

Deruta y D’Intino reaccionaron como si los obligaran a tragarse un bocado amargo.

—Pero ¿por qué ella? ¡Siempre coordina ella! —se atrevió a decir D’Intino.

—Primero, porque Rispoli es inspectora y vosotros no. Segundo, porque es mujer y no puedo mandarla a un trabajo de campo tan duro como el que os he encargado a vosotros. Y tercero, y lo más importante, porque aquí se hace lo que yo digo, D’Intino, y, si no, te meto una patada en el culo que te mando a Chieti. ¿Entendido?

D’Intino y Deruta asintieron a la vez.

—¿Y cuándo empezamos?

—Esta noche. Ahora largo, que tengo que hablar de un par de cosas con Rispoli.

La inspectora se había mantenido en silencio, algo apartada. Al salir, los dos agentes le lanzaron una mirada torva.

—Jefe, así me pone en una posición difícil con esos dos.

—Tú tranquila, Rispoli, que nos los hemos sacado de encima. Pero necesito que me des un consejo. Siéntate.

Caterina obedeció.

—Tengo que hacer un regalo.

—¿De cumpleaños?

—Exacto. Te doy las coordenadas: mujer, cuarenta y tres años, en forma, vende vestidos de novia, es de Aosta, tiene buen gusto y además goza de una buena situación económica.

La inspectora se tomó su tiempo para reflexionar.

—¿Amiga íntima?

—Asunto mío.

—Recibido.

—Descarta las flores, los pañuelos, las plantas, las joyas, los libros, las colonias y los cedés.

—Tendría que saber algo más. ¿Es Nora Tardioli, la que tiene la tienda en el centro? —Rocco asintió en silencio—. Enhorabuena, jefe, un buen partido.

—Gracias, pero lo dicho: asunto mío.

—¿Y le gustaría que la cosa pasara a mayores?

—No mucho. Considéralo más como el mantenimiento de un estatus. ¿Por qué?

—Porque, si no, podría regalarle un anillo con un diamante.

—Eso no es pasar a mayores, eso es entregarse atado de pies y manos al enemigo.

Caterina sonrió.

—Déjeme pensar. ¿Tiene alguna afición?

—Que yo sepa... le gusta ir al cine, pero yo evitaría también los DVD. Va a nadar dos veces a la semana, y otras tres al gimnasio. Hace esquí de fondo. Y creo que también monta en bici.

—Pero ¿quién es, Josefa Idem?

—Ahora mismo son... —Rocco miró la hora— las diez y cuarto. ¿Crees que para mediodía podrás darme alguna idea?

—¡Lo intentaré!

Justo en ese momento, entró abriendo la puerta de par en par Italo Pierron, el único agente, aparte de Rispoli, al que Rocco consideraba digno de pertenecer a la policía. A él se le permitía entrar en el despacho del subjefe sin llamar, así como tutearlo fuera de las cuatro paredes de la jefatura. Saludó con la mirada a Caterina.

—¿Jefe?

—Italo, ¿qué pasa?

El joven agente tenía la cara pálida y expresión de alarma.

—Es urgente.

—Pues cuéntame.

—Hemos recibido una llamada. Parece que unos ladrones de casas se han

atrincherado en via Brocherel, en la vivienda de Patrizio y Ester Baudo.

—¿Atrincherado?

—Eso ha dicho Paolo Rastelli, un exbrigada retirado y medio sordo. Y eso es lo que he entendido mientras de fondo oía chillar a una mujer: «¡Están dentro! ¡Están dentro! ¡Lo han destrozado todo!».

Rocco asintió.

—Vamos, entonces...

—¿Voy con vosotros? —preguntó Caterina.

—No, déjalo. Te necesito aquí. No te apartes del teléfono.

—Recibido.

Mientras se saltaban a la torera los cruces de la ciudad con la sirena apagada, Rocco cogió un cigarrillo del paquete de Italo, observando las calzadas totalmente despejadas de nieve.

—Se ve que aquí el Ayuntamiento funciona bien, ¿no? En Roma, basta con que caigan dos copos para acabar con más muertos que en la operación salida del puente de agosto. —Encendió el cigarrillo—. ¿Por qué no compras Camel? Los Chester me dan asco.

Italo asintió en silencio.

—Ya lo sé, Rocco, pero a mí me gustan más.

—Haz el favor de no empotrarte contra un muro ni arrollar a ninguna vieja.

Italo dobló por la avenida Battaglione Aosta, cambió de marcha, adelantó a una furgoneta y pisó a fondo el acelerador.

—Si no fueras policía, serías perfecto para atracar furgones blindados.

—¿Y eso, Rocco? ¿Es que tienes pensado dar un golpe?

Ambos rieron.

—¿Sabes lo que te digo, Italo? Que creo que deberías dejarte perilla o barba.

—¿En serio? Pues no te digo que no lo haya pensado. No tengo labios.

—Exacto. Así te parecerías menos a una garduña.

—¿Me parezco a una garduña?

—¿Nunca te lo había dicho? He conocido a bastante gente con cara de garduña. Aunque no en las fuerzas del orden.

Tras seis meses trabajando juntos, ambos habían llegado a conocerse y se entendían. A Italo le caía bien Rocco, se fiaba de él desde que la habían montado hacía un tiempo, cuando interceptaron un alijo de marihuana en un camión

holandés y se repartieron un buen botín de unos cuantos miles de euros. Italo era joven, y Rocco veía en él las mismas motivaciones que habían llevado al subjefe a hacer carrera en la policía: el azar. En el momento fatídico en que sus compañeros de colegio habían acabado trabajando en las calles entre pipas y balazos, él se había visto con el uniforme puesto como por casualidad. Ni más ni menos. Para alguien nacido en el Trastévere a principios de los años sesenta, en el seno de una familia obrera y con unos vecinos cuya segunda casa era la cárcel, ésas eran las dos únicas salidas posibles. Como cuando eran pequeños y jugaban al lado del centro parroquial a polis y cacos. Tal cual. A Rocco le había tocado ser poli, y a Furio, Brizio, Sebastiano, Stampella y los demás, cacos. Pero seguían siendo amigos.

—¿Cómo se las arreglan unos ladrones de casas para «atrincherarse», Italo? No es un banco con rehenes y todo ese rollo.

—Tampoco yo me lo explico.

—Me refiero a que, si quienes los han denunciado son un viejo medio sordo y una mujer, los ladrones podrían haber salido, haberlos molido a palos y haberse largado por patas en menos de un minuto.

—A lo mejor el viejo va armado. Es un exbrigada del ejército.

—La gente está fatal... —dijo Rocco mientras miraba las calles y los coches que iban pegando frenazos y tocando la bocina al paso del BMW de Italo.

—Y digo yo, Rocco, ¿no sería mejor poner la sirena? Lo mismo si se dan cuenta de que somos la policía no nos embisten y eso...

—Le tengo manía a la sirena.

Y así, a ciento veinte kilómetros por hora, llegaron ante el edificio de via Brocherel.

Rocco se abrochó el loden y, con Italo detrás, se acercó a la pareja que estaba delante del portal haciéndoles señas con los brazos. Un hombre mayor y una mujer de unos cuarenta años, de pelo rubio pajizo, con las medias rotas y sangre en una rodilla.

—¡Policía, policía! —gritaba la mujer, haciendo reverberar su acento eslavo por la calle desierta. Desierta, salvo por el puñado de caras curiosas que habían aparecido tras los cristales de las ventanas.

El otro, el viejo, se apresuró a pararle los pies a la mujer con un gesto de la

mano, como diciéndole: «Déjeme hablar a mí: esto es cosa de hombres». A sus pies, un chucho con los ojos fuera de las órbitas le ladraba a una señal de prohibido estacionar.

—¿Policía? —preguntó el hombre, mirando a Rocco e Italo.

—¿Usted qué cree?

—Normalmente, la policía va con la sirena en el techo.

—Normalmente, la gente no se mete donde no la llaman —respondió, serio, Rocco—. ¿Es usted quien nos ha avisado?

—Sí. Soy el brigada Paolo Rastelli. La señora asegura que en el piso hay unos ladrones atrincherados.

—¿Es su casa? —le preguntó el subjefe.

—No —respondió el brigada.

—¿Entonces, es suya? —Rocco miró a Irina.

—No, yo vengo a limpiar en el lunes, el miércoles y el viernes —respondió la mujer.

—¡A callar! —le chilló el viejo al perro, al tiempo que tiraba con tal fuerza de la correa que los ojos ya ciegos del animal parecieron salirse aún más de las órbitas—. Perdone, comisario, pero este bicho no para de ladrar y me saca de quicio.

—Es lo que tienen los perros —comentó con calma el subjefe.

—¿El qué?

—Que ladran. Está en su naturaleza. —Se agachó y, con una sola caricia, apaciguó a *Flipper*, que le lamió la mano sin dejar de menear la cola—. Y por cierto, no soy comisario; ese cargo ya no existe. Subjefe Schiavone. —Acto seguido, miró a la mujer, que todavía tenía cara de susto y el pelo erizado por alguna fuerza electrostática, irradiada seguramente por el jersey de nailon azul que llevaba—. ¡Deme las llaves! —le pidió a la mujer.

—¿Del piso? —preguntó con candidez la rusa.

—No, de la ciudad. ¡Pues claro que del piso, mujer! —estalló el brigada retirado—. ¿Cómo quiere que entren, si no?

Irina bajó la mirada.

—Me he olvidado dentro al escapar.

—Hay que joderse —masculló Rocco—. Bueno, vamos a hacer una cosa. ¿Qué planta es?

—Aquél... tercero —le dijo Irina, señalando el edificio—. ¿Ve? Ventana de arriba con cortinas es salón, y luego, al lado, persianas bajadas es estudio.

Después, última a izquierda es aseo y...

—Señora, que no quiero comprar la casa. Me basta con saber cuál es —la interrumpió bruscamente el subjefe. A continuación, alzando la barbilla le señaló a Pierron el piso de la tercera planta—. ¿Qué dices tú, Italo?

—¿Qué quiere, jefe, que me ponga a trepar? Va a hacer falta un cerrajero. Rocco suspiró y miró a la mujer, que entretanto parecía haber vuelto en sí.

—¿Cómo es la cerradura?

—Tiene dos agujeros —respondió Irina.

Rocco puso los ojos en blanco.

—Sí, pero ¿cómo es? ¿Blindada, de doble paletón, de tambor?

—No... no sé. Puerta de casa.

Rocco abrió el portal.

—¿El número lo sabe, o tampoco?

—Once —respondió sonriente Irina, orgullosa de poder por fin ayudar a las fuerzas del orden.

Italo siguió al subjefe.

—¿Qué hago yo? —preguntó el brigada retirado.

—¡Quédese aquí y espere refuerzos! —le gritó Rocco, que casi tuvo la sensación de que el hombre entrechocaba diligentemente los talones.

En cuanto se abrieron las puertas metálicas del ascensor, Rocco giró a la derecha e Italo a la izquierda.

—El once está aquí —lo avisó el agente.

El subjefe volvió sobre sus pasos hasta donde estaba Italo.

—Es una Cisa de las antiguas. Perfecto.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó las llaves de su piso.

—¿Qué haces? —le preguntó Italo.

—Espera. —Rocco llevaba una navaja suiza en el llavero, de ésas con veinte mil hojas y tijerillas. Sacó con cuidado el destornillador pequeño, se agachó y empezó a trastear alrededor de la cerradura. Cuando logró extraer los dos tornillos, sacó la lima de uñas—. ¿Lo ves? Así hacemos un poco de hueco entre la madera y la cerradura. —Metió la lima por la ranura y la forzó un par de veces—. Es contrachapado. En Roma ya nadie tiene puertas de éstas en su casa.

—¿Y eso?

—Porque se abren que da gusto. —Y nada más decirlo, el subjefe desencajó

la cerradura.

Italo sonrió.

—¡Está visto que te equivocaste de oficio!

—No eres el primero que me lo dice.

Rocco abrió la puerta. Pero Italo lo detuvo con el brazo.

—¿Voy yo delante? —le preguntó mientras desenfundaba la pistola—. Mira que si están ahí atrincherados...

—Qué atrincherados ni qué historias, Italo. No digas chorradas —replicó, y entró sin más.

Franquearon la puerta corredera y pasaron al salón. Italo fue hacia la cocina. El subjefe siguió por el pasillo y echó un vistazo en el dormitorio. Cama deshecha. Siguió avanzando. Al fondo del pasillo había otra habitación. Puerta cerrada. Italo se le unió justo cuando Rocco asía el picaporte con la mano.

—Nadie en la cocina. Un buen estropicio, pero no hay nadie. Cualquiera diría que ha pasado un tornado.

Rocco asintió y abrió la puerta.

Oscuridad.

Las persianas bajadas, no se veía nada. Pero el subjefe captó un olor desagradable: dulzón, con un toque a vómito y orina. Dio con el interruptor y lo pulsó. Un haz de luz iluminó por un instante el cuarto, hasta que un cortocircuito hizo saltar la corriente y surgieron del techo unas chispas que sobrevolaron la oscuridad como diminutas estrellas fugaces. La habitación había vuelto a sumirse en la penumbra, pero aquel haz de luz eléctrica, igual que el flash de un fotógrafo, ya había fijado en la retina del subjefe una imagen que ponía la piel de gallina.

—¡Mierda! Italo, llama a la central. Y que venga Fumagalli.

—¿Fumagalli? ¿El forense? ¿Qué pasa? ¿Qué has visto, Rocco?

—¡Haz lo que te he dicho!

Italo retrocedió y volvió al pasillo, donde sacó el móvil e intentó marcar el número del hospital, una operación hartó complicada con la Beretta en la mano.

Rocco avanzó a tientas y fue siguiendo el perímetro de la habitación.

Rozó con los dedos una librería, después una vez más la pared, y luego la esquina. Pasó la mano por el papel pintado, apartó la cortina y dio por fin con la correa de la persiana. La agarró y pegó un primer tirón. La gris luz del día penetró lentamente en el cuarto. De abajo arriba. Primero cubrió el suelo, dejando ver una banqueta volcada. Tras el segundo tirón, iluminó dos pies

desnudos y colgantes, y con el tercero, las piernas, los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Sólo entonces, cuando la persiana estuvo subida hasta arriba, la escena se reveló en toda su macabra sordidez. La mujer colgaba de una cuerda fina atada al gancho de la lámpara. La cabeza caída hacia delante, la barbilla contra el pecho y el pelo moreno y rizado sobre la cara. En el suelo, una mancha en el parquet.

—Madre mía del... —Salió como un silbido de la boca de Italo, que estaba con el móvil pegado a la oreja.

—Que llames a Fumagalli, te he dicho —insistió Rocco, mientras se apartaba de la ventana y se acercaba al cuerpo de la mujer.

Los pies, delgados y huesudos, recordaban a los de un Cristo crucificado. Pálidos, casi verdes. Le faltaban los agujeros de los clavos para parecer salidos de un cuadro de Grünewald. La mujer tenía las rodillas desolladas, como las de una niña que vuelve de dar su primer paseo en bici. Estaba en camisón. Verde aguamarina. Tenía un tirante roto. Se le había deslizado bajo la axila, y un agujerito dejaba a la vista un trozo de piel del costado. Rocco no le miró la cara. Se volvió y salió del cuarto. Al pasar, cogió el paquete de Chesterfield del bolsillo de Italo y sacó un cigarrillo, justo en el momento en que éste por fin conseguía contactar con el hospital.

—Aquí el agente Pierron... Póngame con Fumagalli. Es urgente.

—Ven a fumarte un cigarro, Italo, que si no se te queda grabado en la retina y no ves otra cosa en dos semanas.

El agente siguió a Rocco como un autómatas, con el móvil en la mano izquierda y la pistola en la derecha.

—Y enfunda la pipa. ¿A quién coño quieres disparar?

Ester Baudo y su marido aparecían en todas las fotografías enmarcadas que había sobre la tapa de un piano de pared. Había una foto de su boda, una en la playa, bajo una palmera, e incluso otra delante del Coliseo. A Rocco le bastó un vistazo para saber que la habían tomado desde la esquina de via Capo d’Africa, en la calle de la marisquería sarda a la que solía ir con Marina cuando tenían algo que celebrar. La última vez, hacía ya más de cinco años, había sido por la compra del ático en Monteverde Vecchio. Ester Baudo sonreía en todas las instantáneas. Pero sólo con los labios. No con los ojos. Los tenía muertos, profundos y negros, y no sonreían. Ni siquiera el día de su boda.

El marido era el extremo opuesto. En todas sonreía al objetivo. Feliz. El pelo, inexistente en la coronilla, le adornaba tan sólo los lados de la cabeza. De la boquita de piñón le asomaban unos dientes blancos y bien dispuestos. Orejas pequeñas y de soplillo.

Rocco salió del salón para echar un ojo a la cocina. En el umbral de la puerta había un móvil roto. Lo recogió. La pantalla estaba hecha añicos, le faltaba la batería y la tarjeta SIM estaba también en paradero desconocido. Luego recorrió la cocina con la mirada. Italo tenía razón. Un auténtico estropicio. Parecía que por ella hubiera pasado una manada de búfalos. El suelo era un despropósito de botes, paquetes de pasta, cubiertos e incluso un cuchillo de pan. Dejó el móvil destrozado sobre el suelo de mármol, al lado de una báscula de plástico.

Volvió a examinar la habitación del fondo, el estudio. Y lentamente, atraído sin remedio, como por un imán, dio media vuelta. La mujer seguía allí. A Rocco le habría gustado bajarla. Le resultaba insoportable verla colgada como un animal en el matadero. Se mordió los labios y se acercó. Lo primero que llamaba la atención era el rostro tumefacto. Abotargado, con un corte en los labios del que había salido sangre. Tenía un ojo abierto, y el otro más cerrado e hinchado como una ciruela. El alambre plastificado que tenía alrededor del cuello era de los que se usan para tender la ropa. La mujer lo había enganchado al garfio que sostenía la lámpara y luego lo había anclado a las patas de un armario. Como un viento de tres metros de largo, para asegurarse de que soportaba el peso. Aun así, había cedido un poco, porque había arrancado los cables de la lámpara y provocado el cortocircuito. En el suelo había una banqueta de tres patas, de esas que se utilizan para sentarse al piano. Al volcar se le había soltado el cojín. Tal vez Ester le había dado un puntapié en el momento del último despegue, cuando había decidido que su trayecto por esta tierra había llegado a la última parada. Tenía el cuello pálido, aunque no en la zona de la garganta, donde había un cerco morado de dos dedos de grosor. Morado como la mancha en el parquet.

—Es el tercer suicidio en un mes —bufó el patólogo forense a su espalda. Rocco no se molestó en volverse y, fieles a la costumbre que habían adquirido hacía unos meses, se ahorraron los saludos—. ¿La has encontrado tú?

Schiavone asintió. Alberto se le acercó y se puso a mirar el cuerpo. Parecían dos turistas delante de una instalación en el MoMA.

—Mujer, treinta y cinco años, causa probable de la muerte, asfixia —afirmó el médico.

Rocco asintió y dijo:

—¿Y para decir eso te han dado un título?

—Estaba bromeando.

—¿Y cómo puedes?

—En este oficio, o bromeas o estás acabado. —Alberto señaló el cadáver con un movimiento de cabeza.

—¿Vas a bajarlo?

—Debería... pero estoy esperando a que lleguen un par de los tuyos para hacerlo.

—¿Quién está subiendo?

—La chica y el gordito.

O lo que era lo mismo: la inspectora Caterina Rispoli y el agente Deruta.

Rocco salió de la habitación para ir a su encuentro.

Deruta estaba ya en el recibidor, cubierto de sudor y jadeando. Caterina Rispoli, en cambio, seguía en el rellano, retorciendo los guantes de cuero del uniforme mientras hablaba con Italo Pierron.

—¿Has venido por las escaleras, Deruta?

—No, he subido en ascensor.

—¿Y por qué jadeas?

Deruta no contestó a la pregunta.

—Jefe, estaba yo pensando...

—¡Vaya!, gran noticia, Deruta...

—Pensaba... ¿no será demasiado duro el espectáculo?

—¿Para quién?

—Para Rispoli.

—¿Qué espectáculo, Deruta? ¿Verte en acción?

Algo molesto, el agente hizo una mueca.

—¡Que no! ¡Por el muerto de dentro!

Rocco lo miró.

—Deruta, la inspectora Rispoli es policía.

—Pero ¡es una mujer!

—¿Y qué culpa tiene la pobre? —terció el subjefe, yendo ya hacia el rellano.

En cuanto se asomó, Caterina lo miró.

—Subjefe...

—Pasa, Rispoli. No me dejes sólo a Deruta, que es capaz de ahorcarse también.

Caterina sonrió y entró en el piso.

—Ah, jefe...

—Dime, Rispoli.

—Se me ha ocurrido una idea para lo del regalo.

—Perfecto. Nos vemos dentro de diez minutos.

Mientras Caterina desaparecía en el salón, Rocco se dirigió a Italo:

—Vamos por un café.

—Si no le importa, jefe —dijo Italo, pasando a un usted más formal—, prefiero quedarme. Tengo el estómago un poco revuelto.

Negando con la cabeza, Rocco Schiavone bajó las escaleras.

La via Brocherel se había llenado de gente. Gente en las ventanas, gente delante del portal. De las cabezas de los curiosos se elevaba un murmullo de olla en ebullición: «¿Un cadáver?...». «¿Que no había ladrones...?». «¿Y quién es? Ha sido en casa de los Baudo...».

Sólo se hizo el silencio por un momento, cuando se abrió la puerta del edificio y apareció Rocco Schiavone enfundado en su loden verde. El único que estaba impidiendo el paso a los curiosos era el agente Casella.

—Comisario... —lo saludó.

—Subjefe, Casella, subjefe, ¡hostia ya! Por lo menos tú, que eres policía, haz el favor de aprendértelo. —Miró a su alrededor, pero no vio ni rastro de bares o tiendas. Se acercó al brigada retirado—. Oiga, perdone, ¿sabe si hay algún bar cerca?

—¿Cómo? —preguntó el viejo, ajustándose el audífono.

—Bar. Cerca. Dónde.

—Doble la esquina. Coja por la via Monte Emilus y, a unos cien metros, verá el bar Alpi. Pero, oiga, ¿es verdad que han encontrado a la señora ahorcada? Irina lo miraba también con aprensión.

—¿Sabe usted guardar un secreto? —le preguntó en voz baja Rocco.

—¡Claro! —respondió Paolo Rastelli, hinchando orgulloso el pecho.

—¡Yo también! —Se sumó Irina.

—¿Y acaso creen que yo no? —repuso Rocco, alejándose y dejándolos con la boca abierta.

Como era de esperar, *Flipper*, el perro del brigada retirado, volvió a ladrarle a la señal de prohibido estacionar. El exmilitar miró con furia al chucho y entonces, con un gesto tajante, apagó el audífono. Por fin todo se volvió silencioso, atenuado. Un gran acuario que poder observar sin necesidad de participar. Con una sonrisa y un leve gesto de la cabeza, se despidió de Irina y retomó su paseo diario, de vuelta a casa y a sus crucigramas.

Con el viento insuflándole aire frío por debajo del loden, Rocco pensó que, a fin de cuentas, podría haber sido peor. Un suicidio sólo exigía despachar unos cuantos trámites, algo que podía finiquitarse en una tarde de trabajo. El plan era simple: encargar las tareas burocráticas a Casella, hablar con Rispoli y ver qué se le había ocurrido para el regalo de Nora, volver a casa, una siestecita de media hora, ducha, salir a comprar el regalo, ir a cenar con Nora a las ocho, fingir a la hora y media una cefalea en racimos, acompañarla a casa y correr a la suya para ver la segunda parte del Roma-Inter. Era factible.

Justo en el momento en que el viento amainaba y una llovizna sutil y fría como la mano de un muerto empezaba a picotear el asfalto, Rocco entró en el bar Alpi. En el acto lo asaltó un olor a alcohol y azúcar glas. Acogedor como el abrazo de un amigo.

—Buenos días.

El hombre de detrás de la barra le sonrió.

—Buenas. ¿Qué va a ser?

—Un café con una nube de leche... y un cruasán, si tiene.

—Claro... cójalo usted de allí... —le dijo, señalando una vitrina de plexiglás donde los dulces se mantenían calientes y lucían de lo más apetecibles.

Rocco cogió un *strudel* mientras el camarero metía a presión el portafiltros. Oyó un restallido de bolas de billar proveniente de la otra sala del bar. Se fijó entonces en que las paredes del local estaban empapeladas con fotos de la Juventus y bufandas blanquinegras. Luego volvió a la barra y echó medio sobrecito de azúcar en el café, tan denso que tardó lo suyo en tragárselo todo. Señal de que era un buen café. Lo probó. Estaba realmente rico.

—Tiene usted un café estupendo —le dijo al camarero, que estaba secando vasos.

—Me enseñó a hacerlo mi mujer.

—¿Napolitana?

—No, de Milán. El napolitano soy yo.

—O sea, ¿que es usted un napolitano hincha de la Juve al que una milanese le enseñó a hacer café?

—Y encima desafino —respondió el otro.

Se echaron a reír.

Otro restallido en la sala contigua. Rocco se volvió.

—¿Quiere echar una partida?

—¿Por qué no?

—Ojo, que esos dos son profesionales.

Roccoapuró de un sorbo el café y pasó a la otra sala, mientras le daba el último bocado al dulce y se sacudía las migas del loden.

Había dos hombres, uno con mono de obrero y otro con traje y corbata. Habían puesto la bola blanca en medio de la mesa y se disponían a jugar a tres bandas. En cuanto vieron a Rocco, sonrieron.

—¿Quiere echar una partidita? —le preguntó el obrero.

—No, dadle vosotros. ¿Puedo mirar?

—Pues claro —dijo el que tenía toda la pinta de ser agente inmobiliario—. Fíjese bien en la paliza que le voy a dar aquí al amigo Nino. ¡Hoy no voy a tener piedad, Nino!

—¿Diez euros al mejor de tres? —propuso el obrero.

—¡No, diez euros la partida!

Nino sonrió.

—Entonces, hoy me saco la paga extra —dijo, y le guiñó un ojo al subjefe.

El agente inmobiliario se quitó la chaqueta mientras el obrero, con una sonrisilla malvada, frotaba la tiza azul en la punta del taco.

¡Tac! Y se fue la luz de los tres plafones que iluminaban el tapete verde del billar.

—¡Me cago en...! ¡Gennaro! —gritó el agente inmobiliario.

De la barra llegó la respuesta del dueño del local:

—¡Siempre salta con este viento! —chilló.

—¡Tú paga la factura y verás como no te vuelve a pasar! —replicó el obrero, riéndose a carcajadas con su amigo.

Rocco, en cambio, se había quedado muy serio, apoyado en la pared y enfrascado en sus pensamientos.

—¡Me cago en la puta! —masculló entre dientes—. ¡Soy idiota! Pero ¿cómo no se me ha ocurrido antes? —exclamó, y, entre maldiciones, salió de la sala bajo la mirada sorprendida y algo atemorizada de los dos jugadores.

—Albè, ¡dime que no puede ser lo que estoy pensando!

—Repíte, Rocco —le pidió el patólogo forense, que estaba agachado delante del cadáver de la señora Baudo.

—Cuando entré, encendí la luz. Y saltó. Lo que quiere decir que antes estaba apagada... ¿Me estás escuchando?

—Sigue, sigue, te escucho.

—Es evidente que la pobre, al dejarse caer, arrancó dos cables y que yo, al darle al interruptor, provoqué el cortocircuito. Pero ¿qué quiere decir eso? Pues que se ha ahorcado a oscuras. ¿Qué ha hecho entonces? ¿Ha bajado las persianas, se ha apretado el nudo y se ha dejado caer?

—No tiene ningún sentido —reconoció Fumagalli—, pero ¿entonces?

—Pues entonces tenía compañía. Las persianas las han bajado después del ahorcamiento. ¡Me cago en todo! —imprecó entre dientes Rocco.

—Pues, ya puestos, tengo otra cosita para ti. Mira esto —le dijo, señalándole la piel blanca de la víctima.

Ambos se acercaron aún más al cadáver, que Deruta y Rispoli habían depositado sobre el parquet.

—Este alambre es demasiado fino para dejar una marca así. ¿La ves? —Alberto Fumagalli señaló el cerco morado del cuello. Tenía un grosor de casi dos dedos—. Al penetrar en la carne, el alambre sólo ha dejado este otro cerco más fino, ¿te das cuenta? Vamos, que no ha muerto estrangulada con este cable. Es evidente. ¿Y tú le has visto bien la cara?

Rocco se hundió en el sillón de piel del estudio.

—Claro. La han agredido. ¿Y sabes lo que significa?

Fumagalli no respondió.

La voz del subjefe pareció salir de lo más profundo de su pecho, un gorjeo siniestro y lejano como el trueno que anuncia la tempestad:

—Significa que no es un suicidio. Significa que tengo que dar el callo y significa ¡una serie de tocadas de cojones estratosféricas que ni te imaginas!

Fumagalli asintió.

—Yo voy a llevarme a esta pobre a la sala de autopsias. Será mejor que

llames al juez y a los de la Científica.

Rocco pegó un brinco del asiento. Le había cambiado el humor con la velocidad del viento de altura, que, en un visto y no visto, cubre de nubarrones cargados de agua lo que poco antes iluminaba el sol.

Al salir de la habitación se quedó mirando a Deruta y a Caterina.

—Rispoli, llama a la Científica de Turín. Deruta, ve a hacer lo que te mandé esta mañana con D’Intino.

—Pero el operativo es por la noche —replicó el agente.

—Entonces, vete a descansar o a hacer el pan de tu mujer, pero apártate de mi vista.

Deruta salió flechado del piso, como un perro apaleado. Caterina no preguntó nada. Al contrario que el otro agente, había aprendido que cuando el humor del subjefe se volvía negro negrísimo, lo mejor era callarse y obedecer.

—¡Pierron! —gritó Rocco.

En el acto, Italo se personó en el salón.

—Dígame, jefe.

—Despéjame la calle de gente. Quiero el nombre de la rusa que entró la primera en el piso y el del brigada medio sordo. Dile a Casella que se ponga las pilas y que mantenga a raya a la prensa. Interrogad a todos los vecinos, y que alguien llame a la fiscalía. Esto es otra tocada de cojones de décimo grado, Rispoli, ¿te das cuenta?

En realidad no estaba hablando con la pobre Rispoli, que andaba ocupada al teléfono con Turín; les hablaba a todos y a ninguno, y agitaba las manos como si estuviera en un precipicio y hubiera perdido de pronto el equilibrio.

—¡Es una tocada de cojones de décimo grado y subiendo!

Italo asintió, plenamente de acuerdo con la opinión de su jefe. Sabía que Rocco había catalogado en grados los incordios o tocadas de cojones de la vida. Del sexto para arriba.

En esa escala de valores tan personal, el sexto grado correspondía a los niños que gritan en los restaurantes, los niños que gritan en las piscinas, los niños que gritan en las tiendas y, en general, los niños que gritan. Seguían las llamadas de teléfono que ofrecen contratos integrales e increíbles para luz-agua-gas-móvil, el edredón que se sale del colchón y te deja los pies al aire en una fría noche de invierno y las «apericenas». En el séptimo grado estaban los restaurantes con servicio lento, los entendidos en vinos y el compañero que había comido ajo la noche anterior. En el octavo, los espectáculos que duraban más de una hora y

cuarto, hacer o recibir regalos, las maquinitas de póquer electrónico y Radio María. En el noveno, las invitaciones a bodas, bautizos, comuniones o cualquier tipo de fiesta; los maridos que se quejan de sus mujeres, y las mujeres que se quejan de sus maridos. Y en el décimo grado, en lo alto del podio de las tocadas de cojones, en la cúspide de lo que esta vida de mierda podía endilgarle para fastidiarle el día, estaba el rey absoluto: un caso de homicidio al canto. Y en cuestión de minutos, el de Ester Baudo se había convertido en eso mismo ante sus propios ojos. De ahí el cambio repentino de humor. Para quienes lo conocían, un viraje emocional más que esperado; para quienes no lo frecuentaban, una reacción desproporcionada. Tenía ante él un caso atroz e inútil, con una tácita exigencia de resolución que era incapaz de rehuir y a la que, por tanto, se veía en la obligación de encontrar respuesta. Respuesta que estaba en algún punto del pozo de fango de los horrores, en el fondo, en los abismos de la estupidez humana, en la sordidez de una mente enfermiza. En ese momento, cuando el caso acababa de brotar como una flor enferma entre los rastrojos de su vida, justo en esos primeros minutos, si Rocco hubiese tenido a mano al culpable, lo habría borrado para siempre de la faz de la tierra.

Se sorprendió sentado en medio del salón. En la habitación contigua, Alberto Fumagalli seguía trabajando en silencio con la víctima. Los agentes se habían diluido como la nieve al sol, dispuestos a cumplir las órdenes recibidas. Se restregó la cara y se puso en pie.

—Venga, Rocco —se dijo a media voz—, vamos a ver qué tenemos por aquí.

Se puso los guantes de cuero que llevaba en el bolsillo y miró la casa con otros ojos. Fríos, distantes.

El desorden del salón no era más que un desorden cotidiano. Revistas desperdigadas, los cojines de los sofás revueltos, una mesita delante del televisor llena de cachivaches, mecheros, facturas pendientes y hasta dos jirafas africanas de madera. Lo que no cuadraba era el follón de la cocina. Si de verdad habían entrado ladrones en el piso, ¿qué andaban buscando allí? ¿Qué puede haber de valor en una cocina? Los armarios estaban abiertos. Todos, salvo el de debajo del fregadero. El subjefe lo abrió. Había tres cubos para el reciclaje: orgánica, envases y papel. Husmeó en su interior. El de orgánica estaba lleno, así como el de los envases. El cubo del papel, en cambio, estaba casi vacío, sólo contenía un cartón de huevos, propaganda de un viaje a Medjugorje con venta de ollas incluida, y una elegante bolsita negra con asas de cuerda; tenía en medio una

especie de blasón: una corona de laurel con un apellido impreso, «Tomei». A Rocco le sonaba que había una tienda con ese nombre en el centro. Dentro de la bolsita, una tarjeta: «Felicidades. Ester».

En la pared de al lado de la nevera había un folleto del Ayuntamiento. Un gráfico con los días de recogida de la basura. Rocco lo ojeó: en esa calle el papel se recogía los jueves. El día anterior. De ahí que el cubo estuviese casi vacío.

El subjefe se concentró en el móvil que había dejado sobre el suelo de mármol. Ahí tenía otro interrogante. ¿De quién era? ¿De la víctima? ¿Y por qué estaba destrozado? ¿Adónde había ido a parar la tarjeta SIM?

El dormitorio tenía toda la pinta de haber sido inspeccionado con cautela. Los ladrones se habían puesto serios y se habían aplicado a fondo. Si en la cocina parecía que hubiese habido un terremoto, en el dormitorio, en cambio, se intuía la mano de alguien que había buscado algo con precisión quirúrgica. Sólo las sábanas estaban revueltas y, si uno se fijaba bien, el colchón estaba desplazado unos centímetros sobre el somier.

Las únicas puertas abiertas eran las del armario, mientras que la cómoda y las mesillas de noche estaban intactas. Bajo la ventana, medio escondida por el estor, había una cajita de terciopelo azul. Rocco la cogió. Estaba vacía. La dejó encima de la cómoda, al lado de otra foto enmarcada de la pareja; estaban sentados a una mesa, abrazados. Rocco se quedó mirando la cara de la mujer. Le prometió para sus adentros que encontraría al hijo de puta. En respuesta, Ester se lo agradeció con una sonrisa apagada.

El subjefe había decidido regresar a pie, desafiando al viento, que, una vez más, formaba pequeños remolinos con el polvo de nieve de los tejados y las ramas de los árboles, y los levantaba por el asfalto de las calzadas. Iba caminando a grandes zancadas, con las manos bien metidas en los bolsillos del loden, que lo protegía poco o nada de esas temperaturas. Levantó la mirada, pero unos gruesos nubarrones habían cubierto el cielo y las montañas. Lo único que alcanzaba a ver tras los edificios eran prados blanqueados por la nieve o ennegrecidos por el fango. No quería volver directamente a la jefatura, no tenía ganas de hablar con su superior y menos aún de explicarle al juez con qué tendrían que vérselas, porque ni él lo sabía. Iba cruzándose por la acera con personas que no lo miraban, cada una enfrascada en sus cosas. Era el único que

no llevaba sombrero. Los dedos gélidos del viento le masajearon el pelo. Seguramente acabaría pagándolo con una sinusitis y dolor de cervicales. El aire era una mezcla de leña quemada y el humo de los tubos de escape de los coches. Cruzó sin mirar por el paso de peatones, desafiando a la suerte. En Roma ya lo habrían aplastado contra el asfalto. En Aosta, en cambio, los coches se paraban sin protestar. Iba pensando en lo que lo esperaba, en lo que tenía por delante; aparte del Fiat 500 que aguardaba a que cruzase, trabajo y sólo trabajo; y una vida en una ciudad que le era extraña y lejana. Allí no tenía nada, y nada tendría, ni aunque se quedara diez años. No podía acabar en los bares hablando con los viejos sobre las excelencias vitivinícolas de la región o sobre el mercado futbolístico. Incluso su intento incierto y vacilante de empezar una historia amorosa era más débil que una hoja de papel cebolla. Echaba de menos a sus amigos, que en momentos así sabían estar ahí para aliviar tocadas de cojones inabordables como aquélla. Pensó en Seba, que por lo menos había ido a verlo. Furio, Brizio. ¿Dónde estaban? ¿Seguirían sus colegas en libertad o los habrían metido en el hotel Roma? Habría dado un dedo de su mano congelada por una pizza en el Trastévere, una saludable fumada nocturna en el Janículo o una partida de póquer en casa de Stampella. Sin darse cuenta, había llegado a Porta Pretoria. Por lo menos el viento no conseguía penetrar por aquellas cuatro piedras antiguas. ¿Cómo había ido a parar allí? La jefatura estaba en la otra punta de la ciudad. Tendría que volver sobre sus pasos hacia la piazza Chanoux y seguir recto. Decidió pararse en el bar de la plaza. Empezó a caminar de nuevo, a paso más lento, ya con una meta, cuando en el bolsillo del abrigo sonó el *Himno de la alegría* de Beethoven. Era su particular melodía del móvil.

—¿Quién es?

—Cielo, soy Nora. ¿Te pillo en un mal momento?

—Sí.

—¿Te molesto, entonces?

—¿Por qué me haces preguntas que implican una respuesta grosera?

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dado?

—¿Quieres saberlo? Pues te lo voy a decir: un homicidio de tres pares de cojones. ¿Suficiente?

Nora hizo una pausa breve.

—Pero ¿por qué la tomas conmigo?

—La tomo con todo el mundo. Y conmigo el primero. Voy de vuelta al despacho. Espera y te llamo dentro de media hora.

—No, que después se te olvida. Sólo quería decirte que he organizado una cena en casa para esta noche. Van a venir unos cuantos amigos.

—¿Para qué? —preguntó Rocco. Los últimos acontecimientos de via Brocherel habían pasado por su memoria como un borrador por una pizarra.

—¿Cómo que para qué? —le preguntó Nora, subiendo el volumen. El subjefe seguía sin caer en la cuenta—. ¡Hoy es mi cumpleaños, Rocco!

«Joder, el regalo», fue el pensamiento relámpago que le atravesó la mente.

—¿A qué hora?

—A las siete y media. ¿Podrás?

—Lo intentaré como sea. Te lo prometo.

—Bueno, haz lo que te parezca. Nos vemos luego. Si puedes. —Nora colgó. Aquellas últimas palabras habían sido más frías que la acera de la piazza Chanoux.

Lo que cuesta mantener relaciones humanas... Hace falta tesón, perseverancia, hay que mostrarse disponible y, sobre todo, sonreírle a la vida. Cualidades de las que Rocco Schiavone carecía por completo. A él la vida lo arrastraba por los pelos, algo lo empujaba a poner un día delante de otro, más o menos como sus Clarks en ese momento. «Un paso más, sólo uno más», se decían los del Cuerpo Alpino para resistir los cuarenta grados bajo cero del invierno del cuarenta y tres en Ucrania. «Un paso más, sólo uno más», se repetía el subjefe Rocco Schiavone todos los días desde aquel lejano 7 de julio de 2007, cuando su vida se había hecho añicos para siempre, cuando el barco había zozobrado y lo había obligado a cambiar de rumbo.

Un 7 de julio romano, caluroso y pegajoso, que se llevó a Marina. Y con ella, todo lo que alimentaba a Rocco Schiavone. Seguir adelante en la vida era puro instinto de supervivencia.

El hombre se acercaba al portal de via Brocherel. Casco y gafas de sol aerodinámicas, camiseta y *culotte* ajustados de *lycra power* roja y azul con propaganda, calcetines altos de color blanco y unas zapatillas que tenían la puntera más alta que el talón y lo hacían andar como un payaso del circo Togni.

Tric, trac, tric, trac, iban haciendo las láminas de hierro del calzado mientras Patrizio Baudo, con la bicicleta cogida por debajo del sillín, avanzaba a grandes pasos. Se quedó observando la escena apocalíptica a las puertas de su edificio. Policías, curiosos, e incluso un tipo con una cámara de televisión. «¿Qué ha

pasado?», pensó sin detenerse. Se acercó a una agente rubia, de cara agradable y ojos bonitos y profundos, y dio voz a sus pensamientos:

—¿Qué ha pasado?

—Que ha habido un homicidio —bufó la agente.

—¿Un... cómo?

—¿Quién es usted?

—Patrizio Baudo. Vivo aquí. —Levantó una mano enfundada en un guante sin dedos para señalar las ventanas de su piso.

La inspectora Rispoli clavó la mirada en la cara del hombre, hasta el punto de verse reflejada en sus lentes oscuras.

—¿Patrizio Baudo? Creo que... sígame.

No había tenido tiempo de cambiarse. Sentado en camiseta y *culotte* delante del jefe, Patrizio Baudo sólo se había quitado las gafas de sol y el casco. Había confiado la bici a un agente; un modelo de seis mil euros no se deja sin vigilancia en la calle, aunque se viva en Aosta. Tenía la cara pálida y dos marcas rojas bajo los ojos. Parecía que le hubieran dado una paliza durante una hora y media. Aturdido, miraba boquiabierto a Rocco, que estaba sentado al otro lado del escritorio. Temblaba, bien por el miedo, bien por el frío, y tenía las manos enfundadas todavía en los guantes de cuero, entrelazadas y remetidas entre las piernas. Cada dos por tres, se llevaba la mano derecha al crucifijo de oro que le colgaba del cuello.

—Voy a pedir que le traigan algo para que se abrigue —le dijo el jefe, levantando ya el teléfono.

Phascolarctos cinereus. Nombre común, koala. Patrizio Baudo se parecía a un osito australiano, y eso era lo primero que había pensado Rocco al verlo entrar en la habitación y estrecharle la mano. Lo segundo fue preguntarse cómo no había captado el parecido al ver las fotos repartidas por el piso. Las proporciones, se respondió. Se aprecian mucho mejor al natural; los ojos definen los espacios y las unidades de medida mejor que cualquier objetivo. Bastaba una mirada a esas orejas de soplillo, a esos ojos minúsculos y distantes y a esa narizota justo en medio de la cara que casi le tapaba una boca pequeña de labios muy finos. Por no hablar de la barbilla retraída. Todo en aquel rostro gritaba «¡koala!». Aunque, evidentemente, había diferencias. Aparte de la alimentación y el hábitat, lo que distinguía a Patrizio Baudo del animal eran los pelos: el osito

tiene un pelaje muy bonito y mullido, mientras que Patrizio estaba más calvo que una bola de billar. Rocco tenía esa manía, la de comparar la cara de la gente con los rasgos de algún animal. Algo que se remontaba a su infancia. Al regalo que le había hecho su padre al cumplir los ocho años: una enciclopedia de animales que tenía un apartado con hermosas láminas de dibujos de finales del siglo XIX en las que aparecían un montón de pájaros, peces y mamíferos. Rocco se pasaba las horas muertas mirándolas sobre la alfombra de la salita del Trastévere, memorizando los nombres y entreteniéndose en encontrar semejanzas con sus maestros del colegio, sus compañeros y los vecinos del barrio.

Casella entró con un abrigo negro que Patrizio Baudo se apresuró a echarse por la espalda.

—¿Cómo... cómo ha sido? —preguntó con un hilo de voz.

—Todavía no lo sabemos.

—¿Qué quiere decir? —Los ojillos negros y apagados de Patrizio se encendieron de repente, como si alguien le hubiera puesto una llamita en los iris.

—Lo que quiero decir es que la hemos encontrado ahorcada en el estudio. — Patrizio se llevó las manos enguantadas a la cara. Rocco siguió—: Pero la situación todavía no está clara.

El hombre respiró hondo y miró al policía con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que no está claro?

—No está claro si su mujer se ha suicidado o si la han asesinado.

Patrizio bajó la cabeza y se pasó la mano por su barbilla retraída.

—No... no lo entiendo. Si se ha ahorcado... ¿cómo es posible que la hayan asesinado? ¿La han ahorcado? Se lo ruego, no entiendo...

Caterina Rispoli entró entonces con un vaso de té para Patrizio Baudo, quien se lo agradeció con una media sonrisa, pero no bebió.

—Explíquemelo, por favor. No lo entiendo...

—En la muerte de su mujer hay algunas cuestiones que no cuadran. Cuestiones que nos llevan a barajar algo distinto al suicidio.

—¿Qué cuestiones?

—Todo apunta a que ha sido un montaje.

Sólo entonces Patrizio Baudo tomó un sorbo de té, seguido inmediatamente de un temblor. Volvió a tocarse el crucifijo con la mano derecha enguantada. Rocco miró de reojo al agente Casella.

—Voy a mandar que lo acompañen a casa. Le ruego que coja todo lo que

vaya a necesitar. Por desgracia, no puede quedarse en su piso. Los de la Científica están tomando muestras. ¿Tiene algún sitio donde quedarse?

Patrizio Baudo se encogió de hombros.

—¿Yo? No... ¿En casa de mi madre?

—Por ejemplo. El agente Casella lo acompañará a casa de su madre. ¿Está aquí, en Aosta?

—Cerca, en Charvensod.

Rocco se levantó.

—Lo mantendremos informado, no se preocupe.

—Pero ¿quién ha sido? —estalló de pronto Baudo—. ¿Quién ha podido hacer algo así? A Ester... a mi Ester...

—Le prometo que haré todo lo posible por descubrirlo, señor Baudo. Se lo aseguro.

—No es posible. No me lo puedo creer. ¿Así? ¿De repente? ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser?

Se quedó mirando a su alrededor con la mirada perdida. Caterina había bajado los ojos y Casella había clavado la vista en un punto indefinido del techo del despacho, mientras Rocco seguía de pie, frío y distante. Por dentro, sin embargo, alimentaba una rabia muy similar a la del desdichado, quien por fin rompió a llorar.

—No puedo... —murmuró, arrebuñado en la silla como un trapo olvidado.

Rocco le puso una mano en el hombro.

—Mañana, ya más tranquilamente, tendré que hablar con usted, Baudo. Creemos que ha habido un robo en la casa.

Patrizio seguía sollozando. Después, tal como había llegado, la tempestad emocional se fue. Sorbió por la nariz y asintió.

—Mañana no. Ahora.

—Pero ahora está usted...

—¡Ahora! —insistió Patrizio, poniéndose en pie de un brinco—. Quiero ver mi casa. Quiero volver a mi casa.

—Ya de paso, podría cambiarse, ¿no? —comentó Casella en mala hora. Rocco lo fulminó con la mirada—. No puede andar por ahí como un payaso —añadió en voz baja para justificarse ante Rispoli.

—De acuerdo, don Baudo, vamos —le dijo Rocco, cogiendo el vaso todavía lleno de té y dejándolo en el escritorio.

—No me llame «don». Ni siquiera tengo estudios.

Dicho esto, salió a paso rápido de la habitación, seguido de Rocco y de la inspectora Rispoli.

Italo conducía el BMW de la jefatura estirando las marchas, despacio y evitando los socavones más profundos. En Aosta era fácil evitar los socavones más profundos: no había. Todo lo contrario que en las calles de la capital, donde los romanos le habían puesto nombre a cada agujero, y donde acelerar sobre los adoquines del centro era la manera ideal de provocarse un aborto. Patrizio Baudo iba mirando por la ventanilla.

—Estoy empezando a odiar esta ciudad.

—Normal —respondió el subjefe desde el asiento trasero.

—Yo soy de Ivrea. Pero ya se sabe, aquí hay trabajo y, bueno, Ester es de aquí, de Aosta. Éramos muy amigos... antes de casarnos, me refiero. Ni yo sé cómo sucedió. Éramos amigos y acabamos enamorándonos. Y, luego, vino el resto.

A Patrizio le temblaban ligeramente las piernas blanquecinas. Con las manos sobre los muslos, intentaba contener el temblor. Se había despegado el velcro de los guantes, pero no se los había quitado.

—Señor Baudo, ¿cómo estaba esta mañana su mujer?

—No la he visto. Los viernes sólo trabajo por la tarde y me levanto a las seis para dar una pedalada. ¿Usted monta en bici?

—No, yo no. Antes jugaba al fútbol.

—A los veinte estaba en un equipo, quería ser ciclista profesional, pero es un mundo muy sucio y muy duro. Se arriesga uno a pasarse la vida de segundón y a correr sólo los *sprints*. Quizá no era lo bastante fuerte... De vez en cuando participo en carreras de aficionados.

Italo paró en el semáforo. Patrizio sorbía por la nariz pero, como mantenía la cara vuelta hacia la ventanilla, Rocco no sabía si estaba llorando o si era sólo un principio de resfriado.

—Usted fue el último en ver con vida a Ester. Anoche...

—Sí, ayer por la noche. Como siempre. Se acostó a las diez, diez y media. Yo me quedé viendo un rato la tele. Pusieron una película de uno que introduce el salmón en Yemen. Para hacer pesca deportiva. ¿Sabe cuál le digo? —Rocco no respondió. Patrizio estaba dando voz a pensamientos desordenados, nada

más; sus palabras encubrían el dolor que todavía no se había manifestado con claridad ni en el corazón ni en la cabeza—. No estaba mal. La película, quiero decir. Lo que no entiendo es cómo luego se queda uno delante del televisor haciendo *zapping* sin ver nada en concreto. ¿A usted le pasa?

Patrizio volvió a sorber por la nariz, pero esa vez también le temblaron los hombros. Y Rocco supo que estaba llorando.

En via Brocherel ya estaba aparcada la furgoneta de la Científica y había dos agentes descargando el material. Un tercero, rubio y bajito, estaba poniéndose un mono blanco. Cuando Italo hubo dejado el coche en doble fila, el subjefe avanzó hacia el portal seguido de Patrizio Baudo. Aún no había periodistas, lo cual resultaba extraño; pero, claro, una reunión en la delegación del Gobierno sobre una futura carrera deportiva era mucho más atractiva para la prensa. «Una tocada de cojones menos», pensó Rocco.

El agente rubio se le acercó.

—¡Subjefe! Agente especial Carini, de la Científica...

—Bienvenidos. ¿Ha llegado tu jefe?

—No, Farinelli se nos unirá más tarde. Ha bajado a Turín por un caso de homicidio.

Era la primera vez que Rocco oía lo de «bajar a Turín». Para él, a Turín siempre se había «subido». «Subo a Turín». Pero así eran las cosas en Aosta. Un poco como cuando, por debajo del ecuador, el agua se cuele por el desagüe del lavabo haciendo el remolino en sentido contrario a las agujas del reloj.

—Tenemos que entrar en el piso, Carini. Este señor es el marido de la víctima.

El agente especial miró a Patrizio Baudo, todavía vestido de ciclista.

—En realidad, habría que preguntarle al jefe... Lo llamo ahora y...

—No tienes que preguntarle a nadie. Dame los cubrezapatos y los guantes y deja de dar por culo.

El agente especial asintió.

—Claro. Espere aquí, que le traigo todo lo necesario. —Se acercó a la furgoneta donde lo esperaba su compañero, preparado ya con el mono y el maletín.

Patrizio estaba mirando el edificio como si lo viera por primera vez.

—¿Mi... mi mujer sigue arriba?

—No lo creo, señor Baudo —le contestó Rocco, que le preguntó entonces a un agente joven que custodiaba el portal—: ¿Han llegado ya los de la morgue? —El agente asintió—. ¿Y quién hay arriba?

—Creo que está Scipioni.

Rocco miró a Patrizio.

—¿Seguro que se ve capaz?

—Claro, es mi casa.

Patrizio no se decidía a entrar en el piso. Estaba con el gorrito de papel en la cabeza, los guantes de látex y los cubrezapatos de plástico mirando la puerta de su casa desde el rellano, mientras los policías organizaban sus pertrechos. El agente Scipioni, que custodiaba el piso, estaba enfrascado en una conversación con una señora bastante mayor, una vecina muy pálida y con el cabello teñido de azul, a juego con la bata. «Los punkies de King's Road de finales de los setenta no habrían sido tan osados», pensó Rocco mirándole el pelo. La mujer asentía con las manos entrelazadas delante de la cara.

—¿Entramos? —preguntó Rocco.

Patrizio abrió la puerta y las bisagras rechinaron.

—¡La han forzado! —exclamó el agente Carini, observando la cerradura.

—No, he sido yo al entrar —le aclaró Rocco mientras seguía al dueño de la casa.

Baudo se movía lenta y silenciosamente, con ojos tristes y concentrados. Echó un vistazo por la cristalera, que daba a un balcón. Alguien había dejado allí su bicicleta. Lo primero que hizo fue meterla dentro y apoyarla en el aparador del salón. A Rocco, que lo miraba atentamente, le pareció que el hombre, más que tocar material deportivo, estuviera acariciando a una hija.

—Es una Colnago... más de seis mil euros —dijo casi como justificándose—. ¿Dónde... dónde la han encontrado?

Rocco señaló el estudio. Patrizio se acercó hacia allí con el sigilo de una sombra. Abrió la puerta. El alambre colgaba del gancho de la lámpara. Se quedó en el umbral observando en silencio. Parecía estar olisqueando el aire. Después respiró hondo y se dirigió hacia el dormitorio.

—En casa sólo tenemos una cosa de valor —dijo, pasando por delante del subjefe. Nada más ver la habitación, se sobresaltó—. ¡Aquí también han entrado...! —Fue directo a abrir un cajón de la cómoda pequeña que había bajo

la ventana. Pero los ojos se le fueron a la cajita de terciopelo azul que Rocco había dejado allí encima. Comprobó el interior y sonrió con amargura—. La han encontrado.

—¿Qué había?

—Era donde guardábamos las joyas.

—¿Qué joyas?

—Nada, poca cosa. Un reloj, algunas pulseras, mis gemelos y el broche que le regaló mi madre a Ester. Un broche muy bonito, de un pavo real. Con piedrecitas verdes y azules. Era de mi abuela, figúrese... —Se sentó en la cama. Las lágrimas le brotaban de los ojos como de un grifo abierto—. ¿Tan poco valía la vida de mi mujer?

«No ha salido tan mal parada; la de la mía no llegó ni a un euro: el precio de una bala del calibre nueve», le habría gustado responder a Rocco, pero se contuvo.

—Ester nunca tuvo mucha suerte —comentó Patrizio, mirando al suelo y acariciando la cama como si su mujer estuviera allí adormilada—. Siempre le dolía la barriga. ¿Sabe cómo la llamaba yo? *Esterichia coli* —dijo, riendo sin fuerzas—. *Esterichia coli*... pero se le pasaba si le daba un masaje. Yo creo que era cosa de los nervios. —Se enjugó las lágrimas y luego miró a Rocco—. Yo soy creyente, comisario, pero le juro que ahora mismo ya no estoy seguro de nada. ¿Dónde estaba Dios cuando mataron a mi mujer? ¿Me lo puede decir? —Rocco Schiavone era el menos indicado para responder a esa pregunta—. Por favor, lléveme a casa de mi madre. No puedo... no puedo más.

El subjefe llevaba más de media hora sentado en la sala de espera de la fiscalía, mirando las vetas de la puerta de madera del juez Baldi. Era curioso, pero siempre veía formas distintas. En aquel frío día de marzo, despuntaron un delfín y una rosa que casi parecía una alcachofa. Y si se miraba del revés, se convertía en un elefante de una sola oreja. La puerta se abrió y el imaginario fresco de madera desapareció para convertirse en la cara del juez Baldi.

—¡Hombre, Schiavone! ¿Hace mucho que espera? —Rocco se levantó y le estrechó la mano—. Pase, siéntese. —Al lado de la librería, de pie, un joven con traje y corbata estaba recogiendo unas carpetas enormes llenas de documentos—. Le presento al juez Messina. Aldo, éste es el subjefe Schiavone, destinado aquí desde hace unos meses y ya con un brillante resultado en su haber. ¿Me

equivoco?

El juez Messina tuvo que dejar en la mesa todas las carpetas para darle la mano a Rocco.

—He oído hablar mucho de usted —le dijo con evidente énfasis.

—¿Y aun así me da la mano?

Messina sonrió.

—Eso no se le niega a nadie. Si me permite... —Recuperó los archivos y salió de la habitación.

Lo primero en lo que se fijó Rocco fue en la ausencia de la fotografía de la mujer del juez sobre la mesa. La última vez estaba puesta del revés, boca abajo. Ahora seguramente yacía en un cajón. Mala señal. El matrimonio del magistrado estaba en la fase más negra: en vísperas de la separación. Baldi se arregló el tupé rubio con una pasada rápida de la mano y se sentó al escritorio.

—A ver, ¿qué me cuenta de la historia de via Brocherel?

—Es un caso de homicidio, estoy convencido. A la víctima, que se llamaba Ester Baudo, la golpearon y la estrangularon. Para mí el ahorcamiento es un montaje. Además, la habitación donde encontramos el cadáver estaba a oscuras, con las persianas bajadas. Pero yo encendí la luz al entrar y provoqué un cortocircuito. Señal de que la mujer se ahorcó a oscuras...

—O puede que, después de ahorcada, alguien bajara la persiana. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Y se ha hecho alguna composición de lugar?

—Por ahora no. Estoy olfateando.

Baldi se desperezó.

—¿Y huele bien?

—A mierda, como siempre.

—¿Y el marido?

—Es comercial de material deportivo. Está limpio, ni una denuncia, como mucho alguna multa. Pero en la casa ha habido un robo.

El juez asintió pensativo.

—¿Ladrones pillados in fraganti que se molestan luego en hacer todo ese montaje?

Rocco se encogió de hombros.

—¿Por qué no? A lo mejor montaron ese follón de la hostia para desviar la atención. Aunque hay algo que me descoloca.

—Cuénteme.

—Dos cosas, más bien. La primera es la cocina, donde parece que haya pasado un tornado. Un caos importante. Pero luego, en cambio, tenemos el dormitorio, donde estaba el tesoro, una cajita de terciopelo con las joyas de la familia, que fue inspeccionado con precisión científica: no abrieron más que un par de cajones.

—Como si supieran exactamente dónde buscar. Y entonces, ¿qué pasa con la cocina?

—Pues eso, que no me cuadra. Y además, me da que los ladrones habían estado antes en la casa.

—¿Por qué lo dice?

—La puerta no tenía indicios de haber sido forzada, ni tampoco las ventanas. Si entraron tuvo que ser o bien porque la señora Baudo los conocía, o bien porque...

—Tenían las llaves —concluyó el juez, levantándose del asiento. Era un hombre hiperactivo, no podía estar más de cinco minutos quieto escuchando. Se acercó a la ventana y se puso a tamborilear en el cristal—. Me temo que va a tener que apañárselas solo, Schiavone. Yo tengo varios problemillas pendientes. —Al instante, en la mente de Rocco se materializó la fotografía de la mujer del magistrado metida en un cajón, si no directamente en la papelera. Baldi dejó de tamborilear y empezó a silbar. Rocco reconoció el aria *Toreador* de la *Carmen* de Bizet—. Estamos trabajando con Hacienda y los carabineros en un caso de evasión fiscal de los más extraordinarios que me he echado a la cara. Lo de las evasiones fiscales es un no parar, ¿lo sabía usted?

—Me lo imagino. Yo, con mi nómina, poco puedo evadir.

Baldi se volvió y sonrió.

—Si todo el mundo pagase sus impuestos, la presión fiscal sería menor. Usted lo sabe, yo lo sé. Pero parece que a los italianos no les entra en la cabeza. Aunque el nuestro es un país raro, ¿verdad?

Rocco se preparó para escuchar otra perla de sabiduría del juez Baldi, quien siempre parecía tener una solución para las crisis político-económicas del país. Sus ideas iban desde fichar en el extranjero a ministros y secretarios de Estado, al estilo de los clubes de fútbol —«para tener gente preparada, seria y honrada en el Gobierno»—, hasta la erradicación de los billetes para que los pagos se efectuasen con tarjeta de crédito y quedara así constancia de todas las transacciones, de modo que fuera imposible no declarar los ingresos al fisco.

—Es raro y derrochador —lo provocó Rocco.

Baldi no se hizo de rogar.

—Sí, ya. Le pongo un ejemplo: la financiación de los partidos. Ahora perciben dinero con el «reembolso electoral», ¿no es eso?

—Exacto.

—Yo con eso no me meto. Prefiero que sea dinero del erario público que de algún poderoso *lobby* de chantajistas. Pero vea mi razonamiento. —Se apartó de la ventana y volvió a su puesto tras el escritorio—. Yo digo que los parlamentarios, los ministros y los subsecretarios dejen de cobrar del Estado, con el consiguiente ahorro en gasto público. Mi idea es que a los diputados, senadores y demás les paguen directamente sus partidos. ¡Así sí que íbamos a tener políticos con sueldos justos! Y piense en el dinero que se ahorrarían las arcas del Estado. ¿Qué me dice? ¿No sería una buena idea?

—Pero eso sería bajarse del todo los pantalones y admitir que este país está en manos de los partidos.

—¿Y acaso no es verdad? Los diputados, los senadores, los asesores y los consultores no están al servicio del Estado, Schiavone, sino de sus propios partidos. Así que... ¡que se los paguen ellos!

Rocco arqueó las cejas.

—Tendré que reflexionar al respecto.

—Hágalo, Schiavone, hágalo. Y hágame el favor también de aclarar el asunto de Ester Baudo. Lo dejo en sus manos. Ya he visto que puedo fiarme de usted. —La mirada de Baldi había cambiado: una luz siniestra le brillaba en el fondo de las pupilas—. Y tanto que puedo fiarme... —La boca del magistrado se estiró en una sonrisa falsa y amenazadora—. Y, puestos a confiar, me gustaría oír su versión, la verdad.

—¿De qué?

—De lo que pasó en Roma.

«Hay que joderse», pensó Rocco, pero no lo dijo.

—Pero si ya lo sabrá usted todo, seguro que ha leído todas las denuncias y los expedientes que hay. ¿Por qué quiere revolver el pasado?

—Deformación profesional. Me gustaría oír su versión. Lleva aquí seis meses; ya es hora de que me la cuente, ¿no?

—Bueno, venga. —Rocco respiró hondo, se acomodó en su asiento y empezó—: Giorgio Borghetti Ansaldo, de veintinueve años. Tiene un vicio muy feo: violar chiquillas. Yo lo sigo, le paro los pies, pero es intocable. Resulta que

su padre, Fernando Borghetti Ansaldo, es el subsecretario de Exteriores. Me imagino que lo habrá visto en los periódicos. —Baldi asintió, concentrado—. Bien. A Giorgio no se le quita el vicio, de modo que continúa, hasta que un día deja al borde de la muerte a Marta De Cesaris, de dieciséis años, que pierde la visión del ojo izquierdo y que ni con cien años de terapia volverá a ser la chica guapa y despreocupada que era cuando iba al instituto Virgilio de Roma. Yo me encabrono, voy a ver a Giorgio y le zumbo a base de bien.

—Traduzca «zumbo».

—Le meto. Le doy de hostias de tal manera que ahora tiene que usar bastón. Pero sigue siendo el hijo del subsecretario. Y éste me lo hace pagar caro. Fin de la historia.

Baldi asintió una vez más y luego miró a Rocco Schiavone a los ojos.

—No es lo que se espera de un agente de la ley.

—Lo sé. Pero ¿sabe qué le digo? Que me la suda.

—A usted se le escapa la sutil pero innegable diferencia que existe entre un policía y un juez.

—Pues le respondo lo mismo, me la suda.

—Bien. Le agradezco su sinceridad. Pero voy a decirle algo, y abra bien los oídos porque sólo pienso decírselo una vez: si usted sigue haciendo bien su trabajo policial, no tendrá nada que temer, ni de mí ni de nadie de la delegación del Gobierno. Sin embargo, como se entrometa en mi esfera de decisiones, haré que su vida sea un infierno, incluso aquí en medio de las montañas. Le patearé el culo hasta que le salgan almorranas. Adiós. —Y sin más, volvió la cabeza a los papeles.

Rocco se despidió y salió del despacho pensando que un ciclotímico como aquél no debería estar en la fiscalía, sino en una casa de reposo para ponerse hasta las cejas de medicinas y curarse con largos paseos meditativos.

Fuera empezaba a atardecer. Y Rocco caminaba en compañía de la palpable sensación de que se le había pasado algo. Algo importante, fundamental. Se encendió un cigarrillo y repasó los acontecimientos de la jornada; pensó en Ester Baudo, en su marido, en la casa patas arriba, en Irina, en el brigada retirado. Nada. Quemaba neuronas en vano. Decidió pararse en el bar de la piazza Chanoux para tomar un café; a lo mejor eso lo ayudaba.

Se estaba bien allí dentro. Hacía calor y había bastante gente en las mesas, charlando. Eran conversaciones en un idioma que Rocco no entendía. Lanzó una mirada a Ugo, que estaba echando una tónica en la ginebra de un cliente. El

camarero le respondió indicándole con la nariz que el sitio frente a la cristalera, el de Rocco, estaba libre.

El subjefe fue a sentarse y Ugo se acercó a él enseguida.

—Perdone, pero esta tarde tenemos bastante jaleo. Los viernes siempre se pone igual. ¿Qué le traigo?

—Un café doble.

—Si quiere, puedo servirle, para que lo pruebe, un Blanc de Morgex que quita el sentido.

Rocco se lo pensó. Tras mirar los labios de Ugo y aspirar el aroma etílico que impregnaba el bar, decidió que podía ser una buena ocasión para probarlo. Ugo, feliz como si le hubiera hecho un favor o algo parecido, volvió detrás de la barra. El subjefe miró a su alrededor. A su lado había dos estudiantes enfrascados en una conversación muy intensa; hablaban en voz baja, mirándose a los ojos con las manos en los vasos de cerveza. A la derecha, en cambio, había dos señoras; rubias, con el pelo corto, recién salidas de la peluquería, y ya por la tercera copa de tinto. Reían, elegantes y despreocupadas. Pasaban de los cincuenta. Hablaban en italiano, y Rocco captó un fragmento de la conversación:

—Te lo digo como lo pienso: haces bien. —Estaba diciendo la de los ojos azules—. Es guapo y te quiere. —Levantó un poco la copa y le dio un sorbo al vino—. Y, además, algo muy importante: es rico. ¿Sabes lo que decía siempre mi madre?

—No, ¿qué decía?

La mujer bajó el tono de voz, pero aun así Rocco la oyó:

—Decía que cuando los pechos no apuntan ya a las estrellas, sino a los pies, ¡lo mejor es llevar zapatos muy caros!

Se echaron a reír y volvieron a beber. Incluso Rocco se sumó a las risas, pero justo entonces afloró a su mente lo que tenía la sensación de haber olvidado y que en vano había intentado recordar mientras andaba por la calle: ¡Nora!

Abrió de golpe la puerta de la inspectora Rispoli.

—¡Dame una buena noticia!

Caterina estaba delante del ordenador. Se levantó de un salto.

—¿Sobre qué, jefe?

—El regalo.

La inspectora sonrió, abrió el cajón del escritorio y sacó una revista.

—Eche un vistazo.

Rocco cogió el semanario. Se veía el logo de un hotel de Chamonix, en Francia. Fotografías de una piscina y una chica medio desnuda tendida en una camilla, recibiendo un masaje de manos de una asiática.

—¿Qué es esto?

—Tres días de relax total en el Romantic Hotel Aguille du Midi... Tratamientos de belleza ayurvédicos, masajes de *shiatsu*, tres piscinas climatizadas, cromoterapia... y todo ello en el marco incomparable del paisaje alpino.

—Pareces un comercial. —El subjefe dejó la revista en el escritorio—. ¿Y tengo que regalarle esto?

—Es un *romantic hotel*. Serán tres días maravillosos, jefe. Y seguramente la hará feliz.

—Yo no tengo tres días.

—Un puente.

—Gracias, Caterina, pero es comprometerse demasiado, créeme. Demasiado. Joder, son ya las seis y sigo en las mismas. —La inspectora asintió—. ¿Y qué me dices de unos zapatos?

Caterina hizo una mueca.

—Dicho así, parece algo para salir del paso.

—Pero no unos corrientes. Tú, que eres mujer, dime: ¿qué zapatos son los que una mujer querría tener a toda costa?

—¿Personalmente? Unos Prada. O unos Jimmy Choo. Sin olvidarnos de los Manolo Blahnik... Pero lo suyo es que pueda probárselos. ¿Sabe por lo menos el número de la señora?

—Un treinta y ocho.

—¿Seguro? Mire que con los zapatos no es fácil, hay tallas medias, planta ancha, planta estrecha y esas cosas...

—En el peor de los casos, siempre puede cambiarlos. Dime alguna tienda en Aosta, anda.

—En el centro; si no, no le da tiempo.

—No nos da tiempo. Anda, ponte el abrigo y vente conmigo.

Caterina rodeó el escritorio.

—Es que dentro de poco D'Intino y Deruta van a hacer la vigilancia, y tendría que...

—Ya se las apañarán solos.

—Ay, es que además están todos los interrogatorios que han hecho Scipioni y Pierron a los vecinos de los Baudo.

—Ahora no, Caterì, ahora no, que nos cierran las tiendas.

La agente Caterina Rispoli y el subjefe Rocco Schiavone atravesaron a grandes zancadas la via de Tillier, la bonita calle mayor de Aosta, llena de tiendas y restaurantes. Algunos transeúntes los miraban alarmados, convencidos de que se traían entre manos algún caso de extrema urgencia.

—¿Dónde está la tienda, Caterì?

—¡Ya casi hemos llegado!

Esquivaron a una pareja a la salida de un pub que tenía colgados fuera la bandera tricolor irlandesa y unos banderines verdes con el trébol y el arpa celta. El quiebro de los policías desató el ladrido de un yorkshire vestido con un abrigo escocés.

—Podríamos haber venido en coche.

—Es zona peatonal, jefe.

—Y nosotros somos la policía, de algo tiene que servir, ¿no?

Pero entonces Rocco se quedó parado como un mulo delante del rótulo de una tienda.

—¡Ésa no es, jefe!

Rocco, sin embargo, ya no la oía.

—Espera, ahora vuelvo —le dijo, y salió disparado hacia la *boutique* de caballeros Tomei.

Era una tienda de estilo *british*, con falsos cuadros antiguos de golfistas y jinetes cazando zorros, parafernalia de críquet colgada por las paredes y —cómo no— una Union Jack de tela detrás de la caja. Vendían prendas de *tweed* y Príncipe de Gales, y pañuelos de cachemira de muchos colores, dispuestos en fila sobre repisas de madera. Las paredes estaban revestidas con un papel pintado que recordaba al tartán escocés. En el suelo, sobre la moqueta verde azulada, los Church's, mientras que, colgados de perchas, en la pared más larga, se alineaban los chaquetones Burberry. Un hombre con traje y corbata se acercó al subjefe. Por sus andares, se lo veía convencido de parecer un miembro de la familia Spencer. A Rocco, en cambio, le recordó al portero de noche de un hotelucho de dos estrellas.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó el falso lord, frotándose las

manos.

—A lo mejor. Me gustaría ver sus bolsitas.

El hombre pareció no entender.

—¿Qué bolsitas?

—Las que utilizan para guardar los productos y dárselos a los clientes.

—¡Ah, las bolsas! Pero no están a la venta.

—Ni yo quiero comprarlas. Sólo quiero verlas.

—¿No le parece una petición un tanto extraña?

—Desde luego, míster, pero resulta que soy el subjefe de la brigada móvil de Aosta y estoy investigando un caso.

—¿Policía?

—Se podría decir que sí: un subjefe es una persona que trabaja en la policía.

El dueño se sintió avergonzado.

—Caray... pues claro, claro... Venga conmigo, sígame.

Y a la velocidad del rayo se dirigió hacia la caja. Se agachó y sacó por fin dos bolsas rojas de papel, lo bastante grandes como para meter un jersey.

—No, pequeñas. Las más pequeñas que tengan.

El hombre sonrió, volvió a agacharse, trasteó un poco más y sacó otra: negra, con las asas de cuerda y el logo de Tomei rodeado por una corona de laurel.

—¿Así?

—¡Exacto! Ésa es. Ahora me gustaría pedirle que se concentre un momento. Podría serme de gran ayuda.

—Por supuesto. Dígame. —El señor Tomei clavó sus ojos de un azul desvaído en los de Rocco.

—Ayer o hace pocos días estuvo aquí una señora, tal vez le suene: ¿Ester Baudo? ¿De unos treinta y cinco años, con el pelo rizado?

El hombre miró pensativo al techo.

—No... no me acuerdo. ¿Una señora, dice?

—Sí.

—A lo mejor con una foto...

—Intente recordar.

—Verá, es que así, a bote pronto, no me suena. Además, no siempre estoy yo en la tienda. De vez en cuando me dan el relevo mi mujer o mi hijo... Y por las mañanas tenemos a una dependienta... *part time*. —Dijo «*part time*» arrastrando la «erre» y haciendo implosionar la «te» para subrayar su estupenda y refinada pronunciación anglosajona.

—¿Le dejo el número de mi *mobail*? —le preguntó Rocco, arqueando una ceja.

—Por supuesto.

—Se lo apunto aquí.

El policía se acercó a la mesa de brezo donde estaban la caja, el datáfono y dos cestitas llenas de calcetines de hilo de Escocia. Estuvo tentado de comprar un par, pero veintitrés euros le pareció un precio excesivo. Podía comprar tres pares por diez euros en cualquier tenderete; no de hilo de Escocia ni de cachemira, desde luego, pero con sus Clarks tampoco le habrían durado mucho. Después de escribir el número, se volvió de nuevo hacia el dueño de la tienda.

—Le haré llegar una foto de la persona que estuvo aquí.

—De acuerdo. Yo se la enseño a mi mujer, a mi hijo y a la dependienta *part time*. —De nuevo esa pronunciación impecable.

—Para hacerme una idea: ¿qué podría guardarse en una bolsita tan pequeña?

El señor Tomei le dio otra vuelta en las manos.

—Pues... déjeme pensar... Yo diría que una corbata... o un par de tirantes. Como mucho, unos calcetines. Y si se tienen unos Church's, puede que unos cordones de repuesto. Otra cosa no se me ocurre. Ah, bueno, sí, unos gemelos. Los de latón, ¿los ve? En aquella vitrina. —Señaló una pequeña estantería de madera llena de botones brillantes—. Reproducimos todas las banderas de la marina inglesa. Son de latón y esmalte, ¿quiere verlos?

—No. Por favor, llámeme si recuerda algo.

—Hoy estamos a punto de cerrar. Y mañana sólo abrimos media jornada. Es fiesta, ¿lo sabía?

—¿Fiesta?

—Sí, es festivo porque mi mujer es irlandesa y nosotros lo celebramos. Mañana es diecisiete de marzo.

—Sigo sin entender.

—¡Es el Saint Patrick Day! —También con el nombre del santo presumió de su dicción perfecta.

—Ah, por eso están los pubs del centro con los tréboles en la calle.

—Sí, es que en Italia se ha convertido también en una fiesta. Pero ¿sabe por qué? Porque es una excusa para beber, ni más ni menos. —Se echó a reír con ganas. Él solo.

—Ah, por cierto, ¿venden ustedes zapatos de señora?

—No, nos dedicamos sólo y exclusivamente a ropa de caballero *made in*

England.

—Elemental, supongo. Muchas gracias —se despidió, y salió de la tienda.

Caterina lo esperaba fuera mirando el reloj.

—Ha tardado una eternidad.

—Ya lo sé —respondió Rocco, retomando la marcha forzada con Caterina —. Pero ya sabes que tengo la manía de mezclar el deber con el placer.

—¿Y cuál es el deber y cuál el placer?

—El deber es hacer mi trabajo y comprarle el regalo a Nora.

—¿Y el placer?

—Hacerlo contigo.

Caterina se ruborizó, pero Rocco no se dio cuenta porque se había quedado medio metro por detrás.

Llamó a la puerta de Nora con la caja de zapatos envuelta en un lazo bajo la axila derecha y dos botellas de Blanc de Morgex compradas en el bar de Ugo en la mano izquierda. El vino le había costado una insignificancia; los zapatos, una paga extra. Le abrió Nora. Sonriente.

—Cielo... —Lo besó en los labios. Sabía a tabaco y azúcar—. Has venido...

—Eres muy observadora. —Le puso el regalo en la mano sin más preámbulos—. Para ti. Felicidades. —Por fin se había librado de ese peso de una vez por todas.

A Nora se le iluminaron los ojos. Era una caja grande y bonita, y se preguntaba qué contendría.

—¿Qué es? ¿Un aspirador de mano? —dijo, riendo.

—Una plancha.

—No pesa tanto.

—De fibra de carbono. ¿Puedo entrar o nos montamos la fiesta aquí en el rellano?

Nora se hizo a un lado, le plantó otro beso y por fin le dejó pasar al piso. Mientras abría ansiosa el paquete, Rocco había dejado las botellas y estaba quitándose el loden.

—Ah, por cierto. Hay una persona a la que conoces. He pensado que te gustaría verla.

—¿Quién?

—El jefe superior.

Rocco abrió mucho los ojos.

—¿Has invitado a Costa?

—Sí. Compró el vestido de boda de su hija en mi tienda. Me pareció que era... ¡Madre mía! ¿Jimmy Choo? —exclamó soltando un grito. Acto seguido, se sentó en la silla del recibidor y abrió la caja.

Caterina había escogido unos zapatos de salón de color guinda, elegantes, con un tacón de doce centímetros que, según le había dicho, eran de lo más sexy y sofisticados.

—¡Dios Santo, son monísimos!

Nora no perdió el tiempo. Se quitó los zapatos viejos y se puso los nuevos sin pensárselo. Los miró, los contempló en el espejo, dio un par de pasos.

—Cielo, son maravillosos.

La favorecían: le estilizaban las piernas, le resaltaban los finos tobillos y, si uno se fijaba bien, incluso los glúteos se beneficiaban de aquel calzado.

—¿Cómo te quedan?

—Perfectos, son justo mi número. ¿Te soy sincera? Había hecho una apuesta con mi amiga. Y he ganado. Ven, que te presento a los demás. —Traqueteando por el parquet con sus zapatos nuevos, abrió camino hacia el salón.

Había preparado un aperitivo. Dos cubiteras en las que asomaban los tapones del champán, botellas de Aperol con tónica al lado, tartaletas de caviar, salmón y, sobre una mesita, un pata negra para ir cortando jamón. De fondo, música *lounge*, de la que vale tanto para los ascensores como para la sala de espera VIP del aeropuerto.

—Atención, os presento a Rocco.

El subjefe miró a los invitados e hizo un cálculo rápido: tres hombres y cuatro mujeres. El jefe superior Costa no estaba entre ellos. Mientras Rocco iba dando la mano a los presentes y olvidando al instante el nombre de cada uno de ellos, Nora se acercó a enseñarle los zapatos a Anna, una mujer de unos cuarenta y tantos, de muy buen ver, con ojos de loba, piernas delgadas y musculosas y unos pechos blancos y pulposos que asomaban por el escote de una camiseta negra.

—¿Qué me dices?

—*Oh là là!* Ideales.

—¡He ganado la apuesta! —exclamó, y a continuación le dijo a Rocco—: Anna había apostado a que me regalarías un fin de semana de masajes. Yo le había dicho que te lo currarías más.

Rocco dibujó una sonrisa socarrona.

—¿Masajes? Bueno, tampoco era una mala idea —comentó con ironía—. Veo que tu amiga no me tiene en alta estima.

—¿Y hago mal? —respondió Anna, guiñándole un ojo y cruzando las piernas veladas por un par de medias negras.

La media sonrisa desafiante y los párpados ligeramente entornados y marcados por una sombra oscura que le alargaba aún más los ojos matadores excitaron sobremanera al policía. La habría tumbado allí mismo en el parquet y habría estado lamiéndola dos horas seguidas. Sin embargo, aquella imagen de sexo decadente y banal se disipó al sentir el tacto de la mano que se le posó delicadamente en el hombro.

—Schiavone.

Se volvió. Era el jefe superior Andrea Costa. Lo miraba sonriente a través de sus gafas de titanio.

—Me alegro de verlo por aquí. —Se dieron la mano—. Sé que estamos de celebración, pero a ver si después de la cena puede ponerme al corriente de lo sucedido. Así mañana no tengo que pasarme el día entero persiguiéndolo.

—Claro.

El subjefe lanzó una mirada fulminante a Nora, quien en cambio le sonrió con sus dientes blancos y relucientes como perlas.

—Luego vamos a ir a cenar a un restaurante nuevo que han abierto en el centro. Todos juntos. ¿Feliz, Rocco?

—Como una perdiz, Nora —le respondió avieso el subjefe.

Acababa de comprender que también se perdería la segunda parte del Roma-Inter, adelantado al viernes. Como mucho, tendría que conformarse con la repetición de las mejores jugadas.

Estar más de una hora sentado a la mesa lo ponía nervioso. Empezaban a entrarle pequeños temblores entremezclados con oleadas de calor. Rocco había catalogado los restaurantes lentos como una tocada de cojones de séptimo grado. Y aquella *trattoria* nueva, con el imaginativo nombre de La grolla, por la copa de madera tan típica del valle, no es que fuese lenta, sino que prácticamente no

andaba. A las diez y media pasadas, tras dos horas y cuarto extenuantes, todavía no habían terminado con los segundos.

Anna estaba en la otra punta de la mesa y Rocco no la había mirado en toda la cena. Sólo en una ocasión, de pasada, mientras le contaba amablemente a su superior la fea historia de la pobre Ester Baudo, la había mirado de soslayo, y ella había apartado inmediatamente la vista fingiendo interés por lo que le contaba Pietro Bucci Nosequé, interiorista. «¡Te pillé!», había pensado Schiavone. Aún tenía que esperar a que sirvieran los cafés y la tarta, el acto final. El camarero se acercó solícito para rellenarle la copa, pero Rocco se lo impidió con un brazo.

—Oiga, pero ¿cuánto falta todavía para los cafés?

—Están saliendo ya —le aseguró el camarero.

—Pues habrá que ver luego a qué hora vuelven... —replicó Rocco con ironía.

No podía más. Estaba rendido. Tenía ganas de vomitar y sentía el culo cocido y hormigueante. Costa estaba ya preocupado por qué decirles a los gacetilleros —así llamaba él a los odiados seres de la prensa—, y había empezado con la cantinela de siempre.

—Cuénteme más, Schiavone, que mañana tengo que darles algo.

Rocco sonrió.

—Jefe, usted tiene siempre a los periodistas comiendo de su mano.

Y mientras su superior empezaba a esbozar algunos puntos para una posible rueda de prensa el sábado en las oficinas de la jefatura, Rocco decidió afrontar el frío helado de la noche para fumarse un cigarrillo, una pausa que sin duda necesitaba.

—Voy a fumar —le susurró a Nora.

Justo al levantarse se le ocurrió una genialidad, la idea que lo sacaría de aquella tocada de cojones y con la que podría dar carpetazo a la noche. Se metió la mano en el bolsillo. Llevaba el móvil.

—Por cierto. —Lo detuvo su superior—. El delegado del Gobierno nos necesita imperiosamente. Está organizando una carrera ciclista de aficionados para finales de abril. Una historia benéfica que se llama... no me acuerdo... algo en plan Aosta-Saint Vincent-Aosta. Luego le doy más datos. Tenemos que mostrarnos dispuestos a colaborar.

—Claro, jefe, claro —respondió, y se alejó de la mesa con una sonrisa en los labios y el paquete de tabaco en la mano.

Nada más llegar a su asiento, de vuelta en el restaurante, se apagaron las luces. Era el momento del postre que había escogido Anna, el preferido de Nora, tiramisú. Un bloque de mascarpone, nata, cacao y bizcocho que habría tumbado a un búfalo. Rocco picoteó un poco, pero ya no le quedaba hueco para semejante bomba calórica. Le asombraba que los amigos de Nora, todos tan delgados, esbeltos y enjutos, pudieran seguir engullendo pese a haberse metido entre pecho y espalda un primero, un segundo, la guarnición, el queso y la fruta. La aclimatación a ese frío y esas temperaturas debía de moldear el estómago de los valdostanos, que, a la vista estaba, quemaban calorías como si fueran termitas comiendo madera. Nora sopló las velas. Aplausos y cancioncita. Y entonces sonó el móvil del subjefe.

—Perdón —dijo, al tiempo que se felicitaba para sus adentros por la sincronización perfecta del agente Italo Pierron, su preferido de la comisaría, al que había avisado diez minutos antes, mientras estaba a la intemperie dándole unas rápidas caladas al Camel y siendo abofeteado por el viento invernal de rigor. «Italo, ¡llámame dentro de diez minutos y me dices que es urgente!», le había dicho—. Vaya por Dios, es de la jefatura —dijo, leyendo la pantalla.

Nora lo miró con la cucharilla metida en la boca.

—Dime, Italo.

Aunque no era Italo, sino Caterina.

—Jefe, siento interrumpirle la fiesta... pero Deruta y D'Intino...

—¿En qué lío se han metido?

—D'Intino ha acabado en el hospital. Deruta está aquí, en la jefatura.

—Pero ¿se puede saber qué ha pasado?

—Han tenido un altercado.

Rocco asintió y cortó la comunicación. Extendió los brazos, como resignado.

—Lo siento mucho —dijo, mirando a Nora, y toda la mesa guardó silencio—, tengo a un agente gravemente herido y a otro con una conmoción...

El jefe superior lo miró de inmediato.

—¿Qué ha pasado?

—Dos de mis mejores agentes. Estaban haciendo un operativo de vigilancia por un posible tráfico de heroína... Y al parecer ha habido algún problema.

—Pero no puede ser —dijo Nora con un puchero.

Costa le dio una palmadita en la pierna y, como para infundirle valor, le dijo:

—Me temo que la vida de los policías es así de dura, querida.

Con todo, si uno se fijaba bien, podía comprobar que la mano de su superior se había quedado en la rodilla de Nora mucho más de lo que exigía la típica palmadita de consuelo.

El resto de los invitados miraron también cabizbajos a Rocco, aunque sin dejar de engullir el postre. Todos menos Anna, que seguía con su media sonrisa y parecía estar diciéndole: «Déjate de historias. A mí no me la pegas». Rocco volvió a prometerse que el asunto no quedaría ahí.

—Perdonadme, pero tengo que irme.

—Rocco, ¿vienes luego a casa? —le preguntó en voz baja Nora.

—Todavía no sé lo que ha pasado. Pero tranquila, que lo intentaré como sea.

—No te creo.

—¿No he ido al aperitivo?

—Llámame, aunque sea tarde. Recuerda que hoy todos mis deseos son órdenes para ti, yo soy la reina y tú mi súbdito.

—Y tú recuerda que soy un subjefe de la República y no atiende a jerarquías monárquicas.

Acto seguido se despidió de todos con una sonrisa.

—Schiavone, no se olvide —le dijo Costa.

—¿De qué?

—De la carrera. Aosta-Saint Vincent-Aosta. El delegado cuenta con nosotros.

—Grabado en la base de datos, jefe.

Cuando se volvió para salir, tropezó con el camarero, quien por fin estaba trayendo los cafés. La bandeja y las tacitas acabaron en el suelo. El camarero sonrió.

—No se preocupe, caballero. Ahora mismo preparo más.

—Mejor prepare capuchino y cruasán. Igual así quizá llegan a su hora.

Eran las once pasadas. Al otro lado del escritorio tenía a un muchacho, de veintipocos años y con la cara llena de granos, que no paraba de mascar chicle. Deruta había conseguido atraparlo durante el operativo nocturno. El otro, su compinche, después de haberle partido el tabique nasal a D'Intino, les había dado esquinazo por las callejuelas de la zona de la estación. El veinteañero tenía una cara inexpresiva, era como un rumiante que no paraba de masticar. Rocco lo

observaba en silencio. El ruido de los carrillos y del batido de dientes y saliva percutía en el sistema nervioso del subjefe, sometido ya a una dura prueba durante aquel día de mierda que no parecía querer acabar.

Ñam-chas, ñam-chas, ñam-chas, hacían las mandíbulas del delincuente. Llevaba el pelo rapado al cero y coronado por una cresta que la gomina mantenía erguida, siguiendo los dictámenes de la moda entre los futbolistas. Reinaba un silencio ficticio que rompió el paso solitario de un coche por la calle. Rocco se había perdido en la contemplación de los labios rojos del muchacho. Contrajo los nudillos de las manos, que tenía puestas sobre la mesa.

—Hazme un favor —dijo el subjefe al chico, rompiendo por fin el silencio—: escupe ese chicle o hago que te lo tragues.

El chico lo miró indolente y siguió masticando con desdén, a pesar de que Italo Pierron se había sacado un pañuelo del bolsillo para recoger el chicle. Rocco se levantó de la silla, fue a mirar por la ventana del despacho y se quedó observando la escena. Caían lentos copos de nieve. Tocó el cristal. Estaba helado. Respiró grave y fatigosamente, y se volvió para encararse de nuevo al joven camello. El sonido de los dientes y la lengua seguía llenando la habitación. Italo abrió la boca e hizo ademán de ir a decir algo, pero Rocco lo detuvo con un gesto de la mano. Con dos pasos, se plantó delante del muchacho.

—Venga, Righetti, levántate.

Éste obedeció sin comprender. Rocco lo miró fijamente a los ojos.

—Vamos a ver si podemos reconducir este diálogo por una vía de respeto mutuo, ¿te parece?

Y entonces, de improviso, le endilgó un puñetazo en la barriga; el chico se dobló en dos y tuvo que sentarse para recobrar el aliento. Tenía los ojos encendidos por el dolor y la rabia. Fabio Righetti se había tragado el chicle.

—¿Lo ves? ¿Tanto costaba? —le dijo el subjefe, volviendo tras el escritorio—. Vamos a ver: Fabio Righetti, nacido en Aosta el veinticuatro de julio del noventa y tres... Eres un tipo duro, ¿verdad? —El muchacho no dijo nada. Seguía cogiéndose la barriga con las manos e intentando respirar—. Repasemos los hechos. Mis agentes os han pillado a tu amigo y a ti vendiendo papelinas. Coca. —Fabio Righetti no respondió, y Rocco prosiguió—: Tu amigo le ha dado un cabezazo al agente D'Intino que le ha partido el tabique nasal, y luego ha salido huyendo. Tú, grande, gordo y pardillo como eres, has dejado que te pille Deruta, un agente de ciento treinta kilos y con un serio principio de enfisema. Y eso, perdona que te diga, no te honra. —Una sonrisa cómplice asomó al rostro

del agente Pierron—. Llevabas encima otras cuatro papelines de coca cortada. Lo que te manda directamente a la cárcel. —Nada que hacer, el chaval era testarudo. No hablaba—. Supongo que no querrás contarme quién te la ha dado ni dónde, ¿verdad?

Pierron se acercó al muchacho.

—Venga, Fabio, si le cuentas algo al subjefe, podremos echarte un cable.

El muchacho por fin habló:

—¡Que os den por culo!

La vía paternalista no pareció funcionar. Rocco se lo había imaginado, pero, en su fuero interno, alabó el intento de su agente.

—Está bien, Italo, aquí Righetti es un tipo duro y no piensa decirnos nada. ¿Verdad?

El camello siguió allí, sentado y mudo cual estatua de sal. Rocco se miró la mano que había golpeado al muchacho en el abdomen y luego abrió un cajón. Dentro había seis canutos gordos, listos para su consumo. Necesitaba uno, o, si no, las cosas no iban a acabar bien.

—¿Te importa, Pierron?

Italo asintió y el subjefe se encendió uno. A Fabio Righetti se le desencajaron los ojos y se le dibujó una leve sonrisa, mientras Schiavone le daba una calada honda, retenía el humo unos segundos en los pulmones y lo soltaba por fin con los ojos cerrados.

—Me los preparo con una maquinilla. Nunca se me ha dado bien liar...

El camello sonrió.

—¿Fumas porros o qué?

—Pero, bueno, ¿esto qué es? ¿Ahora me tuteas?

—¿Fuma porros o qué? —se corrigió Righetti.

Pese a aquel aire de gánster de barrio, con aquella cresta de indio hurón y la serpiente tatuada que le asomaba por el cuello, era un muchacho de buena familia. Rocco lo sabía.

Se dejó el canuto entre los labios y se puso a mirar los apuntes que tenía en la mesa.

—¿Hasta qué curso hiciste?

Righetti no entendía.

—Hasta segundo —respondió inseguro, sin saber adónde quería ir a parar el policía.

—Entonces, no lo habrás estudiado. ¿Has oído alguna vez hablar de Hegel,

por casualidad?

—Es un central, ¿no?

—No, ése es Hagen, que es defensa libre y jugó también con la selección noruega. No, me refiero a Hegel, el filósofo. Pero ¿qué vas a saber tú? Bueno, el caso es que ese señor decía que el periódico era la oración laica de la mañana. ¿Pillas el concepto? Un creyente le reza por las mañanas a su Dios, mientras que una persona que no cree en Dios lee el periódico. Para mí, en cambio, es esto. — Le dio otra calada al canuto—. Antes de empezar el día tengo que fumarme uno, si no, me irrito, no razono y me pongo de mala hostia. Y a veces también me sienta bien por la noche. —El muchacho asintió con una sonrisilla idiota—. ¿Tú tienes una oración laica de la mañana, Fabio?

El muchacho caviló.

—Francesca.

—¿Quién es ésa?

—Mi chica.

—Estupendo. ¿Te han metido preso alguna vez? —Fabio se limitó a negar con la cabeza—. Entonces, voy a darte unos datos: dentro hay gente muy mala, y alguien como tú podría convertirse en la oración laica de la mañana de un tipo de dos metros de alto y cien kilos de peso. Pero no como Deruta, el que te arrestó. Me refiero a cien kilos de puro músculo, con veinte años encima por homicidio y que lleva por lo menos tres sin ver a una mujer. ¿Me sigues? No es muy agradable, la verdad. Además, tú eres un chavalito mono, lástima de esos granos de mierda, más te valdría dejar de comer la porquería que comes. Pero ahí dentro serías Miss Italia, créeme. No es algo agradable, para qué engañarnos. Puedes creerme. —Dejó el porro en el cenicero—. Vale, sé que no puedes decirme los nombres, porque, si lo haces, acabas en una alcantarilla abierto en canal como un cabrito en Pascua. Pero a lo mejor sí puedes decirme el de tu amigo, el que agredió a mi agente. Lleguemos a un acuerdo. Nos lo traemos aquí, os damos un poco por culo y, si no hacéis más tonterías en los próximos años, lo mismo hasta podéis llevar una vida tranquila.

—Es que yo no conozco al que estaba conmigo. Era la primera vez.

—Y yo soy un veterano de la Primera Guerra Mundial.

—¿En serio? —preguntó, convencido, el camello.

Rocco miró a Italo, que extendió los brazos, resignado.

—Es tarde, estoy hasta los mismísimos y me voy a la cama. Pierron, llévatelo al calabozo y mañana llamamos a la fiscalía. Un bonito juicio exprés y

para adentro. Nos vemos, Righetti, saluda de mi parte a Francesca cuando vaya a llevarte naranjas. Ah, y ya que estás, dile que te lleve también vaselina. Ayuda.

Al salir de la jefatura, se cruzó en la puerta con el agente Scipioni.

—¿Adónde va, jefe? ¿Al hospital a ver a D’Intino?

—En eso estaba yo pensando... Me voy a dormir. ¿Qué hora es?

—Casi las doce.

—Joder. —Se había perdido ya hasta las mejores jugadas del Roma-Inter—. ¿Sabes cómo ha acabado el partido?

—Dos cero para el Inter.

—¡De puta madre! Anda, cuídate y hasta mañana.

—Cuídese, jefe. Y si quiere un consejo, cambie de equipo. Al menos tendría alguna satisfacción en esta vida.

—¿Y qué hago, me hago de la Juve, como tú?

—Pero ¡qué Juve ni qué Juve! Yo soy del Palermo.

—Entonces necesitaría un psicólogo. Buenas noches, Scipiò.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —le digo a Marina nada más entrar. No sé dónde se ha metido. En alguna parte de la casa, seguro—. ¿Y si dejo el piso y me voy a un hotel? ¿No sería mejor?

—Nunca te han gustado los hoteles —me responde—. No los soportas.

Es verdad, no sé por qué, pero me paso todo el rato con miedo a que entre alguien con el aspirador mientras estoy desnudo o en calzoncillos. En los hoteles no hay intimidación. Lo saben todo de ti: a qué hora te levantas, cómo tomas el café y hasta quién te llama por teléfono.

Estoy congelado. Me quito el loden, el jersey y la camisa de franela y me estremezco. Este frío de mierda se me ha metido en los huesos y no consigo quitármelo de encima. No puede ser que estemos ya en marzo y que siga nevando.

—No puede ser que estemos ya en marzo y que siga nevando —le digo a Marina, que aparece en el umbral de la puerta.

—Aosta es así. Y no me extrañaría que hasta en mayo hubiera nieve.

Tiene un bloc de notas en la mano. Siempre a la caza de palabras nuevas. Las busca en el diccionario, o a veces las lee en algún libro, las apunta y se las

aprende de memoria. Una vez miré el bloc. Está casi vacío. Me da que va arrancando páginas todos los días, como en un almanaque.

—¿Quieres que te diga la palabra del día?

—Venga, a ver.

Corre a la cama descalza. Siempre hace lo mismo. En casa va ligera, coge frío y luego tiene que meterse bajo las mantas. Dice que así lo disfruta más.

—Pues la palabra de hoy es: «hemiplejia». Parálisis de la parte izquierda o derecha.

—¿Una parálisis?

—Sí, física. O anímica.

—¿Soy hemipléjico?

Pero no responde. Deja la libreta en la mesita de noche, se tapa con la manta hasta la barbilla y hace «brrr» mientras ríe con los ojos. Ahora es mi turno, me toca a mí. Sé que va a enfadarse, pero también que lo hace en broma. Me meto bajo las mantas.

Y se enfada:

—¡Apesta a tabaco!

Intenta apartarse, pero la aprieto aún más.

—¡Por lo menos podrías ducharte!

Ni caso, ¿qué se ha creído? Me quedo. Y la abrazo. De todas formas, es siempre igual. Cuando nos metemos por la noche en la cama, ella está helada y yo caliente. Después, por la noche, me roba todo el calor y me deja así, congelado y solo en mi mitad de la cama. Por la mañana, ella está caliente y yo frío. Y si intento abrazarla para calentarme, me da la espalda y refunfuña. A mí me entra siempre la risa. Marina es celosa de su calor.

Siempre lo ha sido.

Yo del mío no. Se lo daría todo.

Se lo daría todo con tal de volver a abrazarla. Aunque fuera sólo una vez. Una última vez, y ya...

SÁBADO

D'Intino estaba tumbado en la cama número catorce de la habitación tres, en la unidad de Traumatología del Umberto Parini. Tenía la nariz vendada y una brecha en la parte derecha de la frente, que la tintura de yodo hacía aún más horripilante. Respiraba despacio, con los ojos cerrados. El médico de guardia había acompañado al subjefe hasta la cabecera del accidentado.

—Fractura de nariz y un par de costillas rotas —le había dicho.

Rocco observó al paciente. Le sorprendió experimentar por aquel desgraciado un sentimiento peligrosamente cercano a la compasión. Hasta la víspera lo habría mandado sin pensárselo a cualquier jefatura perdida entre los montes de la Majella; sin embargo, verlo allí indefenso en aquella cama de hospital casi le inspiraba ternura.

—¿Cuándo le darán el alta, doctor?

—Lo dejaremos unos días más, y luego reposo en casa. Las costillas tienen que soldarse.

En ese momento, D'Intino abrió los ojos.

—Subjefe... —dijo con un hilo de voz—. ¿Ha visto lo que me ha pasado?

—Sí, lo he visto. Al menos ahora estarás unos días descansando en tu casa. Ayer Deruta y tú os comportasteis.

—Gracias. Pero ¿los han cogido?

—Solamente a uno. ¿Recuerdas algo del que te atacó?

D'Intino intentó cambiar de postura y una mueca de dolor asomó a su rostro desfigurado.

—Poca cosa, jefe. El tipo se me echó encima y me dio un cabezazo en toda la nariz. Qué dolor... Vi todas las estrellas, ¿sabe?

—¿Todas, todas?

—No faltaba ni una. Después caí redondo, y tuvo que ser entonces cuando me fracturé las costillas. Porque también me las he roto...

—¿Le viste la cara?

—Apenas. Estaba muy oscuro. A oscuras todo el mundo se parece. Llevaba la capucha puesta. Era moreno. Tirando a negro, me pareció.

—¿Qué quiere decir «tirando a negro»?

—Que no era negro. Pero tampoco blanco.

Al ver que D'Intino estaba arrastrándolo a una conversación carente de sentido, el subjefe cambió de rumbo con rapidez y se dirigió al médico:

—¿Y ese corte en la frente? —Señaló el tajo de unos diez centímetros.

—¿Qué quiere que le diga? Es un corte superficial, como si se lo hubiesen hecho con un objeto metálico.

—¿Con un cuchillo?

—Es posible.

Rocco chasqueó los dedos delante de la cara de D'Intino para atraer su atención.

—¡Eh, D'Intino, mírame! ¿El agresor llevaba un cuchillo?

—No. Cuchillo no. Escapó.

—Eso ya lo sabemos.

—Rápido, era rápido. Tenía chispas en los pies. Fuego en los pies... —De pronto se quedó dormido, cual víctima de una repentina narcolepsia. Ya no podría sacar nada más de él.

Rocco estrechó la mano del médico, soltó un «muchas gracias» y abandonó la habitación que D'Intino compartía con dos muchachos con la pierna en tracción.

—¡Qué mala pata! —les dijo Rocco a los dos adolescentes, que respondieron levantando de forma ostensible el dedo corazón.

Mientras bajaba las escaleras, se acordó de que no había llamado a Nora. Hacerlo en ese momento sería un error, porque estaría hecha una furia. No hacerlo sería aún peor, supondría el final definitivo de su relación. Estaba empantanado en ese dilema hamletiano cuando le sonó el móvil. No era Nora, era el número de la oficina.

—¿Sí?

—Soy Italo. Estamos de suerte.

—¿Qué pasa?

—Anoche la cámara de seguridad de una farmacia grabó la escena de

D'Intino y Deruta. Tengo el vídeo aquí, en la jefatura.

—Voy para allá.

—Sí, pero prepárate.

—¿Para qué?

—En mi vida me he reído tanto.

En blanco y negro y sin sonido, así aparecía en el monitor del PC del subjefe el vídeo grabado por la cámara de seguridad de la farmacia.

Exterior, noche.

Oscuridad. Una calle. Unas vallas rodean una zanja. Zona de obras. Al fondo, dos chavales conversan sentados en un murete. Un tercero está montado en un ciclomotor.

—Páralo un momento —ordenó Rocco. Caterina detuvo la grabación—. ¿Los nuestros están en un coche?

—Mire —señaló Caterina, tocando con la punta del bolígrafo la parte derecha del monitor—. Ahí, ¿lo ve? Están detrás de ese arbusto.

—Ah, sí, vale —asintió Rocco.

Tras la negrura de un arbusto, a un lado de la vía, se vislumbraban apenas dos sombras.

—Parece que estén escondidos dándose el lote.

—A su edad, para colmo... —añadió Italo.

—Les pido que no den el cante y van y se plantan a diez metros de los chavales. En fin, no sé de qué me sorprende. Estamos hablando de Deruta y D'Intino. Anda, Caterina, dale.

—Ahora aparecen Righetti y su amiguito.

Caterina pulsó «enter» y el vídeo continuó.

De nuevo exterior, noche.

Por el fondo de la calle asoman de pronto dos sombras. Encapuchadas.

Los dos chicos se acercan al trío, que se vuelve hacia ellos. A continuación, se saludan entrechocando los puños y las palmas. Righetti y su socio se meten las manos en los bolsillos y sacan unas papelinas.

—Atención, que viene —avisó la inspectora Rispoli.

Desde el arbusto que oculta a D’Intino y Deruta, relampaguea el flash de una cámara de fotos.

—Pero ¡¿qué coño...?! —exclamó Rocco.

—Usaron el flash —admitió apenada Caterina.

Italo sacudía la cabeza.

—Hay que estar mal de la cabeza; ¡el flash!

Los cinco chicos se giran al unísono hacia el escondite de los policías.

Han descubierto el operativo de vigilancia.

Los tres que estaban charlando tranquilamente huyen como un rayo, dos en moto y el tercero a pie, mientras D’Intino y Deruta salen por fin de su escondrijo. Righetti y su colega se han quedado plantados en la acera y observan a los dos hombres salir de entre el follaje del arbusto. Deruta empuña la pistola. D’Intino, por su parte, blande la cámara de fotos como si fuera una escopeta corredera.

Righetti se hace a un lado y echa a correr por la calzada perseguido por Deruta, que arrastra afanosamente sus ciento treinta kilos; el otro chico, en cambio, se acerca a D’Intino y le tira la cámara al suelo.

Entretanto, Righetti tropieza con las vallas de las obras; Deruta, detrás de él, también se come las vallas, se tambalea como un bolo y acaba cayendo sobre el camello y perdiendo el arma en la caída.

El cómplice, por su parte, se encuentra en pleno altercado. Le asesta a D’Intino un cabezazo seco en toda la nariz. Mientras éste se desploma, el agresor se dobla por la cintura y se lleva la mano a la cara.

Sufre. No se oye nada, pero es evidente que está maldiciendo. El cabezazo también lo ha herido.

Deruta, indómito, ha conseguido agarrar a Righetti por los pantalones y, desde el suelo, mientras el otro patalea, intenta atraerlo hacia sí. Al final, los vaqueros con bolsillos laterales del camello se le escurren piernas abajo, y Righetti se queda en calzoncillos sentado en mitad de la calzada.

Al otro lado de la calle, su cómplice, aún plegado en dos por el dolor de la frente, echa a correr mientras D'Intino se retuerce por el suelo como una lombriz.

Righetti, en calzoncillos, ha vuelto a ponerse en pie. También ha perdido una zapatilla. Deruta voltea los pantalones de su adversario como si fuesen unas boleadoras y se los lanza. Los vaqueros se enredan entre las piernas del fugitivo, que se tambalea y vuelve a caer al suelo.

El agente de policía coge carrerilla, ejecuta un salto del ángel, planea en el aire igual que Rey Mysterio, el famoso luchador americano, y aterriza con sus ciento y pico kilos encima del pobre camello, que queda aplastado bajo todo aquel peso.

El agente Deruta se pone a pegar botes con el trasero sobre la barriga de Righetti, quien, en evidente estado de asfixia, trata inútilmente de quitarse de encima al paquidermo.

D'Intino se ha levantado por fin con la cara llena de sangre. Ha recuperado la cámara de fotos y se acerca a Deruta y Righetti, amenazando al muchacho con la Canon. Pero, en cuestión de un segundo, desaparece engullido por el pavimento.

Ha caído en el hoyo de la zanja, y no queda ni rastro de él.

Deruta, aprovechando que el chico está semiinconsciente, ha recuperado la pistola. Se la pasa de una mano a otra como si fuera un pez recién pescado. De repente, en medio del blanco y negro del vídeo, surge una llamarada de la Beretta y el cristal de un portal cercano se rompe en mil pedazos.

Righetti se ha quedado paralizado de miedo. Ahora Deruta está solo, en mitad de la calzada, apuntando con la pistola a un chico en calzoncillos, mientras, finalmente, empiezan a aparecer más personas en la escena. Gente, curiosos que acuden para ayudar a los policías. Detrás de Deruta y del chico en calzoncillos, dos manos asoman despacio por el socavón de las obras. Las manos van unidas a unos brazos, y por fin aparece la cabeza de D'Intino, que ha logrado salir de esa fosa urbana. Nada más ponerse de pie al borde de la zanja, oscila hacia delante y hacia atrás como si estuviese en la cubierta de un buque, y acaba desplomándose en el suelo.

Desmayado.

Fundido en negro.

Rocco, Caterina e Italo se habían quedado mirando fijamente el monitor.

—Este vídeo lo guardamos en la jefatura y de aquí no sale, ¿entendido? — dijo con severidad el subjefe.

—Claro, jefe.

—Y si tiene que salir, quiero una copia. Es una de las cosas más bonitas que me ha regalado esta ciudad desde que llegué. En comparación, el Gordo y el Flaco son una película de Bergman.

Los tres se echaron a reír.

—Por favor, Caterina, vuelve al momento en que el agresor de D’Intino huye.

Rispoli arrastró el ratón y reprodujo de nuevo el vídeo.

Volvió a verse a D’Intino doblado por la cintura y al agresor dándose a la fuga.

—Ponlo otra vez desde ese punto, Caterì, y fijaos bien en las zapatillas.

Italo y la inspectora Rispoli se concentraron en el monitor.

—Brillan —apuntó Pierron.

—Eso es. El caso es que D’Intino me ha dicho que tenía fuego en los pies, y, efectivamente, si nos fijamos...

Era verdad. El fugitivo parecía llevar unas zapatillas centelleantes.

—Son los modelos que están ahora de moda —intervino Caterina—. Americanas, se ven en la oscuridad, para cuando la gente sale a correr, por ejemplo.

—Ya, por ejemplo. —Rocco se levantó del escritorio y asintió en silencio. Italo y la inspectora lo seguían con la vista—. ¡Bueno! —exclamó de pronto el subjefe—. Pongámonos manos a la obra. Caterina, acércate a ver qué te cuentan los vecinos de los Baudo. Trata de enterarte de las costumbres de la pareja, sus conocidos... En definitiva, todo lo que puedas sacar sobre esa pobre mujer. Llévate a Scipioni, que parece un tío competente.

—Vale, voy para allá.

—¿Tienes ropa de paisano? —le preguntó Schiavone.

—¿Por qué?

—Porque cuando la gente te ve de paisano, es más fácil que hable. ¿No lo sabías?

—La tengo abajo, en el vestuario.

—Cámbiate y andando.

—Todos los días se aprende algo nuevo —dijo la inspectora con una sonrisa, y salió del despacho del subjefe.

—¿Y tú y yo qué hacemos, Rocco? —preguntó Italo en cuanto se quedaron solos.

—Tú y yo vamos a ver a Fumagalli al hospital.

—Vale, pero ¿tengo que entrar en el depósito?

—Sí, tienes que ir acostumbrándote.

—¿Por qué?

—Porque forma parte de tu trabajo, ¿o es que tengo que explicártelo otra vez?

Italo asintió poco convencido mientras Rocco se acercaba a la ventana. El subjefe entrelazó las manos detrás de la espalda y se quedó mirando por el cristal.

—¿Qué pasa? ¿No nos vamos? —preguntó Italo con la mano ya en el picaporte.

—Dame cinco minutos.

Había dejado de nevar, e incluso el viento se había tomado un respiro. Las nubes, sin embargo, seguían posadas entre las cimas de las montañas, y el sol debía de estar por ahí, en alguna parte, pero no conseguía penetrar aquel manto espeso y lanoso. Rocco Schiavone observaba a la gente que caminaba tranquila por las aceras, con los andares propios de una despreocupada mañana de sábado. Unos chicos colocaban unos esquís en la baca de un todoterreno, y un setter que un cincuentón paseaba con correa meneaba el hocico con la cabeza levantada; la cola tesa y quieta, había percibido algo en el aire. El subjefe sonrió al pensar en lo mucho que se le parecía aquel perro de caza: pasarse la vida intentando identificar un olor que no cuadra, una nota desafinada, y esforzarse por comprender el motivo.

La espera acabó por fin. Del portal de la jefatura vio salir primero al agente Scipioni y tras él a Caterina Rispoli. Falda por la rodilla, zapatos de tacón a pesar del frío y un abrigo negro sin abrochar. Los ojos del subjefe se habían transformado en dos afilados rayos láser. La inspectora tenía unos senos firmes que se apretaban orgullosos bajo el jersey ajustado, y unos tobillos muy finos. Las pantorrillas apenas torneadas, largas, estilizadas. Rocco se quedó mirando cómo Rispoli subía al coche, hasta que el movimiento descubrió una parte generosa de muslo.

Tenía razón, había acertado. Bajo el holgado uniforme de la policía se ocultaba una mujer de categoría. Lástima que el abrigo le tapase el trasero, aunque ya se había hecho una idea clara con los pantalones reglamentarios. Caterina Rispoli también iba bien servida en esa zona.

—¿Rocco? —lo llamó Pierron—. ¿Qué estás mirando?

—Tú a lo tuyo, Italo. Bueno, ahora que la vida nos ha concedido un destello de belleza, bajemos a los infiernos a hablar con el demonio Carón.

—Me toca trabajar incluso en sábado —rezongó Alberto Fumagalli mientras se ataba el delantal verde y manchado de óxido, que en realidad no era óxido—. ¿Vosotros qué os creéis? ¿Que yo nunca tengo nada que hacer? Dos muertos por envenenamiento, más un accidente en Verres y, para colmo, Ester Baudo. Yo los sábados podría ir a visitar a mis padres a Livorno, por ejemplo, en vez de quedarme aquí congelándome las pelotas, ¿sabéis?

—Alberto, ¿vas a decirme algo o sólo piensas tocarme los huevos? —preguntó Rocco, sentándose en la poltrona de la sala de espera contigua a la morgue.

—No te sientes, que ahora le toca el turno a esa pobre mujer. ¿Él viene también? —dijo, señalando a Italo con una sonrisa.

—Claro —respondió Rocco.

Alberto se acercó a la máquina de café y se guardó el bolígrafo.

—Venga, a ver si esta vez aguanta y no se vomita encima.

—No me haga reír, doctor —dijo Italo.

—Jamás he hablado más en serio —replicó el médico—. ¿Te apetece un café, Rocco? —Apretó un botón, y la máquina se puso en marcha—. ¿Quieres o no?

—¿Un café de esa cosa? ¿Tú estás loco? Luego tendrías que hacerme la autopsia para determinar qué es lo que me ha envenenado. Te ahorraré un poco de trabajo. —El subjefe se levantó del silloncito—. Termínate ya la porquería ésa y andando.

Reinaba el habitual olor a huevos podridos mezclado con desinfectante y orina rancia. Un grifo lejano goteaba marcando el tiempo, una unidad de medida que en aquel lugar sólo atañía a Rocco, a Italo y al doctor Fumagalli. Para los demás, metidos en los cajones del depósito como si fuesen prendas de otra temporada, el tiempo carecía ya de todo sentido y valor.

En la mesa central, cubierto, estaba el cuerpo de Ester Baudo. Una encimera de aluminio recorría todo el perímetro de la sala. Sobre ella había tres palanganas llenas de unos amasijos sanguinolentos. Los policías se quedaron mirando aquel muestrario, y Alberto se sintió en la obligación de hacer una puntualización:

—Eso no es de Ester; forma parte de los dos pobrecillos que han muerto envenenados cerca de una depuradora. Lo típico: hígado, cerebro y pulmones...

Italo se puso blanco.

—Lo siento, no puedo. —Tapándose la boca, salió corriendo de la sala de autopsias.

Alberto Fumagalli miró el reloj:

—Veintitrés segundos. Ha mejorado. La otra vez no aguantó ni diez.

—Sí, el chaval va progresando.

Alberto señaló los tres cuencos metálicos.

—¿Tendría que haberle dicho que son sólo paños sucios?

—Habría dado igual. Habría vomitado aunque hubiese visto a Scarlett Johansson en bolas.

—Oye, pues antes o después Scarlett Johansson en bolas acabará en un sitio parecido.

Rocco lo miró muy serio.

—¿Qué mierda de reflexión es ésa?

—No es una reflexión, es deformación profesional.

—A ver si lo he entendido: tú ves a Scarlett Johansson con las tetas al aire, no sé, en una revista, ¿y piensas en el día en que estará tumbada en una camilla de autopsias?

Fumagalli caviló.

—No. A veces no. Pero, si te soy sincero, para mí no hay nada menos erótico que un cuerpo desnudo. ¿Conoces a ese poeta francés que decía ser incapaz de besar a una chica porque se acordaba de que debajo de esa piel estaba el cráneo que un día reposaría roído por los gusanos en un ataúd?

—Vagamente.

—A mí la desnudez me provoca la misma reacción. —Y, de un sorbo, el médico se tragó el café, acompañándolo con una mueca de repugnancia—. ¡Aj, qué asco! —murmuró.

—¿Y por qué te lo bebes si tanto asco te da?

—Para tener bien presente que la vida es dura y está llena de dificultades.

—¿Y para eso necesitas esa porquería? ¿No te basta con echar un vistazo a tu alrededor?

—¿Por qué, qué tiene de malo este sitio? —preguntó, muy serio, Alberto.

Se acercaron al cuerpo de Ester. Tenía la cara amoratada. El labio partido, el ojo derecho hinchado y un cardenal del tamaño de la palma de una mano en la zona inferior del pómulo. Alrededor del cuello se veía claramente la marca de la cuerda que le había quitado la vida.

—Bueno, vayamos al grano —empezó Alberto Fumagalli—. No ha muerto por asfixia, sino por la compresión del nervio vago, con la consiguiente bradicardia y paro cardíaco. —El corte en el tórax del cadáver revelaba que el patólogo forense ya le había extraído los órganos internos—. También tenemos fisura del pómulo derecho, y le faltan dos molares en el mismo lado.

Rocco asentía mientras examinaba el rostro de la mujer. Su cabello caía desparramado por la camilla metálica. Vista desde arriba, Ester parecía estar flotando en agua.

—Le dieron una paliza —concluyó Rocco.

Alberto asintió en silencio.

—Ahora escúchame con atención, que la cosa se pone interesante. Normalmente, un estrangulamiento deja en el cuello la marca de la cuerda, debajo de la tráquea, pero también por todo el contorno. Casi hasta la nuca.

—¿Y en este caso?

—En este caso la marca aparece sólo en la parte delantera. Alrededor del cuello sólo hay un leve enrojecimiento, lo que nos lleva a pensar que la muerte se produjo por ahorcamiento. ¿Entro en detalles?

—Como quieras.

—¿Por qué respondes? Las preguntas retóricas no se responden.

—Yo siempre he pensado que las preguntas retóricas no tendrían que hacerse. No sirven para una mierda —replicó Rocco.

—Pues tú las haces.

—Yo también caigo, pero estoy intentando quitarme el vicio. ¿Te importa continuar? Y no es una pregunta retórica.

—Continúo. Cuando uno muere ahorcado, lo que provoca la muerte por estrangulamiento es el peso del cuerpo. Es decir, el peso que tira del cuerpo, de ahí que la marca de la cuerda quede sólo por delante. Si, por el contrario, a uno lo estrangulan, lo que provoca la muerte es la fuerza del asesino. La horca, la soga o lo que sea rodea todo el cuello, y por tanto deja una señal circular desde

la tráquea hasta la nuca.

—Entonces, ¿me estás diciendo que murió ahorcada?

—Ésa fue la primera hipótesis. Pero luego he estado reflexionando. ¿Y sabes lo que he pensado? Concéntrate en la escena: a Ester Baudo le dan una paliza. Se desmaya. Una vez en el suelo, el asesino se ensaña con ella y la estrangula. ¿Visualizas la escena, Rocco?

—Claro que la visualizo, en eso consiste mi trabajo.

Alberto soltó un bufido.

—Hablar contigo me quita años de vida.

—¡Dímelo a mí!

—Continuemos —prosiguió Alberto—. ¿Qué tenemos, entonces? Una víctima inconsciente en el suelo que no puede defenderse. Y el hijo de puta va y la estrangula. ¿Y cómo la estrangula? Piensa que Ester está boca abajo. Sólo tiene que presionar con una pierna la espalda de la víctima indefensa mientras le aprieta el esófago y la tráquea con una cuerda y *voilà!* Es pan comido. La mata estrangulándola sin dejar señal alrededor del cuello sino, justamente, sólo por delante.

—¿Y después escenifica el ahorcamiento?

Alberto caviló.

—Mira, yo no digo que el asesino lo supiera, digo que las marcas de una muerte por ahorcamiento y una por estrangulamiento son diferentes; digamos que podría haber actuado así y salirle bien de casualidad. Sí, puede haber sido pura casualidad, ¿me explico?

—Entonces, no descartamos ninguna de las dos posibilidades.

—Después de tantos años de experiencia, no, yo no descartaría ninguna posibilidad. Porque los golpes que la pobre se llevó en la cara no son ninguna broma. Me extraña que no muriera de eso.

Allí estaba el rostro de Ester, testigo mudo de la tesis del forense.

—¿Con qué la estranguló?

—Por desgracia, no he encontrado restos. Ni de cuero, ni fibras, ni nada. En cualquier caso, tuvo que ser con una cuerda de al menos este ancho. —Le indicó a Rocco dos dedos de la mano.

—Una cuerda de ese grosor no se encuentra por ahí así como así, ¿no?

—No, yo diría que no.

—¿Un cinturón?

—Por ejemplo. O una corbata.

El subjefe cubrió el cadáver con un gesto delicado.

—Y luego simula el ahorcamiento con el alambre de tender la ropa.

—A lo mejor porque la corbata o el cinto eran demasiado cortos. Una cosa es segura: la marca del cinto o de la corbata de dos dedos de ancho está clara, y también se aprecia, aunque más tenue, la del alambre de acero plastificado.

—¿Sugieres que la ahorcaron dos veces? Es raro, Albè, es todo muy raro.

—Eso es problema tuyo. Como de costumbre, yo te digo cómo y cuándo han muerto...

—¡Ya lo sé! El porqué me corresponde a mí. Por cierto, ¿cuándo fue?

—No más tarde de las siete.

—Me has ayudado mucho, como siempre. Me voy. —El subjefe Schiavone se encaminó hacia la puerta.

—Si tuviese que apostar, yo me jugaría cien pavos a que fue con una corbata —añadió Fumagalli, pensativo.

Rocco se detuvo en la puerta.

—¿Por qué?

—Porque un cinturón deja marcas más nítidas. Es de cuero, la corbata es de seda.

—Una corbata... ¿Te mando las que hay en casa de los Baudo para que les echés un vistazo?

—Claro. Si usó una de éstas para estrangularla, tiene que haber restos de piel.

—Ya, aunque seguramente el que la usó se habrá deshecho de ella. Pero por intentarlo...

—Perfecto. Mándame las corbatas de Baudo. Y los cinturones también, a ver si al final voy a perder los cien pavos de la apuesta. ¿Me la dejas? —preguntó Alberto.

—¿El qué?

—¡A Ester Baudo! ¿Hasta mañana como máximo, pongamos?

Rocco miró al patólogo forense con auténtica preocupación.

—¿Que si te la dejas? ¿Qué significa eso?

—Nada. Quiero terminar de explorarla en condiciones. Como me han llegado otros dos pacientes por un accidente en Verres, además de los envenenados de la depuradora, interrumpo ahora la tarea y la retomo esta tarde.

—¿«Pacientes»?

—Así los llamo yo. Y te aseguro que, con lo que les hago, pacientes lo son un rato.

—Albè, que están muertos. Como si pudieran quejarse...

—Ellos no. Pero, si escuchas con atención, a veces los oyes. Te piden muy amablemente, casi con un suspiro, que tengas cuidado.

Rocco se mordió el labio. Salió sin mediar palabra, pero con la convicción de que Alberto Fumagalli necesitaba con urgencia un descanso. Un paréntesis, vamos, quince días al sol en una playa, para recuperar la justa medida de las cosas y restablecer los límites que existen entre la vida y la muerte.

Se había preparado un discurso. Mejor aún, se había preparado una excusa plausible para convencer a Nora. Intentaba espiar el interior de la tienda de vestidos de novia a través del escaparate, pero un suntuoso modelo con la falda toda bordada de perlas impedía una visión clara. Tenía que entrar y plantarle cara al asunto. El problema era que no terminaba de decidirse. Y se sentía como un imbécil. Tanto camino hasta la tienda, para luego no entrar. Pero no era capaz. En parte también porque, en el fondo, no se sentía tan culpable. Él le había sido claro desde el principio. Nada de preguntas, perfil bajo y verse sólo cuando hubiera ganas o necesidad.

Entonces, ¿qué hacía allí plantado?

¿Serían los remordimientos? ¿Cuándo se había preocupado él por los remordimientos? Siempre había seguido su instinto, sin más. Y, la noche anterior, el instinto le había sugerido que se quedara en casa. Aunque fuera el cumpleaños de Nora. Aunque ella tuviese tanto interés en pasar la noche con él. Debía pedirle perdón, pero ¿para qué? ¿Qué ganaría? Una reconciliación, tal vez. Pero ¿era eso lo que realmente quería, reconciliarse? Pasados un par de días, la ignoraría o volvería a tratarla mal, caería de lleno en el mismo error. En todo caso, podía aprovechar la ocasión y quitarse de en medio, allí mismo, sin pedir disculpas. Si no daba señales de vida, se ahorraría una discusión de ruptura que, de todos modos, iba a llegar tarde o temprano. Una de esas discusiones agotadoras, infinitas, en las que incluso se dicen cosas que es mejor callar. Y, en lugar de zanjar el asunto con una eutanasia dulce y silenciosa, tendría que enfrentarse a una batalla en la que nunca hay ni vencedores ni vencidos.

«Mejor así, mejor dejarlo estar», pensó. Perfil bajo y nada de preguntas. Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas sin mirar atrás. De haberlo hecho, habría visto que Nora, de pie en la puerta del bar de enfrente con una taza de café en la mano, lo observaba desde que se había plantado ante el escaparate; y

que, en cuanto vio que se escabullía como un ladrón en dirección a la esquina, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es el barrio de Cogne —le informó Italo, arrancando en cuanto el semáforo se puso en verde.

—¿Por dónde queda?

—Aquí detrás. Cinco minutos y llegamos.

El viento había dejado de azotar la ciudad y unas nubes plácidas se habían agazapado en los montes, cubriendo todo el valle. Reinaba un gris uniforme, y Rocco sospechaba que con un par de grados menos volvería a nevar.

—Si nieva otra vez, me prestas la pipa y me pego un tiro en la sien —dijo, mirando por la ventanilla.

—Tranquilo, Rocco, que no va a nevar —le aseguró Italo—. Ha subido la temperatura, así que, como mucho, caerá un buen aguacero.

—¿Seguro que esa mujer estará en casa?

—Segurísimo. ¿Crees que nos la habremos ventilado para la hora de comer?

—¿Qué hora es?

—Y media.

—¡Ya lo creo! Para las dos, como mucho, estaremos fuera.

—Entonces, adiós almuerzo.

—Esa costumbre de comer a las doce y media como en los hospitales te la tendrías que quitar. A las dos, en Roma todavía es hora de almorzar.

—Aquí a las dos tomamos el té. —Italo redujo la marcha.

—En marzo también llueve en Roma, ¿sabes? —terció Rocco.

Italo puso los ojos en blanco: era el momento de la sonata nostálgica de Rocco Schiavone. Suspiró sin dejar de mirar la carretera, y se dispuso a escuchar. Era lo único que podía hacer.

—... Lo que pasa es que no es una lluvia fría. Es templada. Les viene bien a las flores y a los jardines. Con que salga un rayo de sol, se llenan de margaritas. Hay que abrigarse, pero es bonito pasear por Roma en marzo. Es como cuando de niño esperabas un regalo; sabes que está a punto de llegar, y esos minutos de espera son los más bonitos. Vas abrigado, pero sientes en los huesos que las cosas están a punto de cambiar. Que no falta mucho para la primavera. Miras a tu alrededor y te das cuenta de que las mujeres ya la han advertido. La primavera. Lo saben mucho antes que tú. Un buen día te despiertas, sales de casa y las ves. Por todas partes. Acabas con tortícolis de tanto mirarlas. No se entiende dónde se habían metido todo ese tiempo. Son como las orugas y las

mariposas. Están en letargo y de pronto revientan y tú pierdes la cabeza. En primavera se rompen todos los esquemas: ya no hay flacas ni gordas, no hay callos ni bellezas. En primavera en Roma sólo tienes que pararte y observar en silencio el espectáculo. Y disfrutarlo. Sentarte en un banco y verlas pasar. Y darle gracias a Dios por ser hombre. ¿Sabes por qué? Porque tú no alcanzarás ese grado de belleza en tu vida, y cuando te hagas viejo no tendrás mucho que perder. Pero ellas sí. Todos esos colores se apagarán un día, se evaporarán, como el cielo de esta puta ciudad, que casi nunca se ve. La vejez es algo espantoso. La vejez es la venganza de los feos. Porque es una capa de barniz que mata toda belleza y reduce a cero las diferencias. Y mientras las contemplas desde tu banco, piensas que algún día también esas criaturas dejarán de reconocerse cuando se miren al espejo. ¿Sabes lo que te digo, Italo? Que las mujeres no deberían envejecer nunca.

Se encendió un cigarrillo. Pierron había detenido el coche delante del portal de Irina Oligova, en el número 33 de via Volontari del Sangue.

Bajaron del vehículo. Rocco tiró el cigarrillo.

—¿Y esto es un barrio desfavorecido? —preguntó, al tiempo que cerraba la puerta.

—Digamos que es un barrio con ciertos problemas.

Rocco se echó a reír pensando en Tor Bella Monaca, en el Laurentino 38, en el hidropuerto de Ostia. En comparación, el barrio de Cogne era una zona residencial para familias nobles.

Tras subir a pie las cuatro plantas, vieron que Irina los esperaba en el umbral del piso. En las escaleras se mezclaban varios olores, pero por encima de todos triunfaba el del *curry*, que Italo había confundido con sudor de axilas, señal inequívoca de que en ese edificio vivían, sobre todo, extracomunitarios.

—Irina Oligova, ¿se acuerda de mí? Subjefe Schiavone.

La mujer hizo una leve inclinación de cabeza, le estrechó la mano y lo invitó a pasar.

Era un piso pequeño. En el saloncito, había un sofá que debía de servir también de cama, porque al lado del brazo tenía una lamparilla y un módulo en forma de cubo con una pila de cómics encima. La cocina estaba encajada en un entrante del salón. Dos puertas daban, presumiblemente, a un dormitorio y al baño. En el suelo, una alfombra marrón con flores, mientras que de las paredes

colgaban un azulejo añil con una inscripción en árabe y varias fotografías: las pirámides, un zoco, una pareja de ancianos norteafricanos y un pueblecito cubierto de nieve que parecía salido de un cuento de Chéjov.

«Como si no tuviéramos bastante con la nieve de aquí», pensó Rocco, observando el manto immaculado que cubría el tejado de una pequeña iglesia de madera. También había una foto de un hombre y un chico delante de un tenderete de fruta. El hombre, bigotudo y de cara jovial, sonreía, mientras que el muchacho estaba serio y llevaba un *piercing* en la ceja.

Irina se había peinado y llevaba una tirita en la rótula. Estaba nerviosa y no paraba de estrujarse las manos.

—Ahora que ya se ha calmado un poco, ¿puede contarme qué pasó ayer por la mañana?

La mujer cogió una silla de formica y se acomodó frente al sofá.

—A las diez entraba en casa y...

—Alto. Primera pregunta: ¿la puerta estaba cerrada?

—Sí, pero no con llave. Raro, porque yo encuentro siempre cerrada de llave. La señora vuelve a las once, que va a hacer compra. ¿Quiere usted saber... cómo se dice... convivencia?

—¿Convivencia?

—Coincidencia, perdón. Quería decir «coincidencia».

—Diga, diga.

—Hace compra en el mercado donde mi marido, Ahmed, tiene tenderete con fruta.

—¿Ahmed es ese de la foto? —Rocco señaló al hombre con el muchacho.

—Sí, sí. Ahí es con su hijo, Helmi.

—Continúe.

—Entonces yo entro. Encuentro todo desorden. Todo en cocina, todo revuelto. Y pienso en ladrones, ¿no? Y escapé. Luego abajo había el señor...

—El brigada —apuntó Italo.

—Eso, y llamamos a ustedes.

Rocco se quedó mirando a Irina.

—¿De dónde es usted?

—Soy de Bielorrusia. ¿Quiere ver los permisos?

—Gracias, pero me importa un carajo. ¿Y su marido?

—Egipcio. Pero no es mi marido. Vivimos juntos, pero no estamos casados. Él es del islam, yo ortodoxa. Hay un poco de problemas.

—Bueno, mientras haya amor... —dijo Italo sin venir al caso, ganándose una intensa mirada de Rocco, que entretanto se había puesto de pie. Irina no dejaba de mirarlo.

—¿Desde cuándo trabaja en casa de los Baudo?

—Yo trabajo desde casi un año. Lunes, miércoles y viernes.

Con la última sílaba de «viernes» se abrió la puerta de la casa. Entró un muchacho de unos dieciocho años, delgado, con una cazadora encima de una sudadera, pantalones anchos con bolsillos laterales y calzado con zapatillas fluorescentes, americanas, perfectas para trabajar de noche en una autovía con los operarios de carreteras. En la ceja izquierda, una tirita bien grande. En cuanto vio el uniforme de Italo, palideció. Rocco, en cambio, oculto por la hoja de la puerta, pudo escudriñarlo cómodamente.

—Ah. Éste es Helmi, el hijo de Ahmed.

El chico tragó saliva y miró a Italo con sus ojos negros y grandes de lobo hambriento.

—Encantado, Helmi. Yo soy Schiavone.

El chico se giró sobresaltado, como si hubiesen tirado un petardo a sus espaldas. Por fin vio a Rocco, que, enfundado en su loden y apoyado en la pared bajo la inscripción en árabe del azulejo, lo examinaba de los pies a la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo? —preguntó el chico—. ¿Qué he hecho?

—¿Tú? Nada. ¿Por qué? ¿Acaso has hecho algo? —se interesó Rocco.

El muchacho negó rotundamente con la cabeza.

Italo señaló a Irina.

—Estamos hablando con tu madre.

—No es mi madre. Es la mujer de mi padre —precisó.

—¿La mujer de tu padre no te ha contado nada?

Helmi se encogió de hombros. Iba recuperando poco a poco el control ante la situación. Cerró la puerta y se acercó a la cocina.

—¿Y qué tendría que haberme contado?

«Ya está —pensó Rocco—. Ya ha vuelto a ponerse la careta de *gangsta* despiadado».

—Que encontró a una mujer muerta en el piso al que va a limpiar.

Helmi miró a Irina, que asintió.

—¿Quién? ¿La señora Marchetti?

—No, la señora Baudo.

—Ah —dijo Helmi mientras se servía un vaso de agua.

—¿La conocías? —preguntó Rocco.

—¿Yo? No. ¡Como si tuviera que conocer a todas las señoras para las que ésta trabaja de esclava! Aparte, ¿por qué iba a conocerla? A mí me la sopla...

—Tienes razón, bien dicho. Mucho mejor que cada uno vaya a lo suyo. — Por fin, Rocco se despegó de la pared—. ¿Qué pone aquí? —le preguntó, señalando el azulejo.

—Es un verso del Corán.

—¿Puedes decirme qué pone?

—No lo sé. Yo no leo árabe. Lo hablo un poco y ya está.

—Pone: «La noche del destino es mejor que mil meses» —intervino Irina—. Lo sé porque me dijo Ahmed.

—¿Vas al instituto, Helmi? —preguntó Rocco.

El chico soltó una risita sarcástica.

—Se hace lo que se puede.

Rocco respondió con otra risita.

—¿Prefieres trabajar?

—A él no apetece hacer nada —comentó Irina—, espera que dinero le cae del cielo.

—Anda y déjame en paz. —El muchacho la fulminó con la mirada.

—Pues acuérdate que si comes es por dinero de tu padre y mío.

—¡Vete a tomar por culo!

Dio media vuelta y se abalanzó hacia la puerta. Rocco lo agarró por un brazo y le cortó el paso.

—¿Quién te ha dicho que puedes irte? No hemos acabado.

—¡Que me sueltes! —le espetó Helmi.

Rocco, sin embargo, apretó aún más.

—Primero: a mí me hablas de usted, que no soy ni tu padre ni tu amigo. Segundo: te sientas en el sofá y me escuchas. ¿Estamos?

Helmi se pasó una mano por el pelo, que llevaba rapado casi al cero, se liberó con un tirón de la mano del subjefe y se sentó en el sofá con las piernas muy abiertas. Cabizbajo, había cortado todo contacto con el resto del mundo. Se rascaba el antebrazo, por el que asomaba un tatuaje maorí. Movía nervioso un pie, haciendo que las bastas deportivas anaranjadas lanzaran destellos aquí y allá.

—Ha sido un homicidio —dijo Rocco al cabo de unos segundos. Irina puso los ojos como platos. Helmi, en cambio, se quedó mirando la alfombra marrón

con flores—. Quería contárselo porque conviene que lo sepa. La señora Baudo ha sido asesinada. ¿Puede decirme algo de ella? ¿Amigos? ¿Conocidos?

—¿Por qué la mataron? —preguntó Irina, trastornada por la noticia.

—Todavía no lo sabemos —intervino Italo—, pero estamos trabajando en ello.

—En fin, cuénteme algo que pueda servirme. ¿Tenía alguna amiga? ¿Familiares? ¿Hermanas?

—Familiares nada. La señora Baudo estaba huérfana. Esto sé porque me dijo ella. Hablábamos poco. Yo limpiaba y ella quedaba en cuarto leyendo o viendo televisión.

—¿No trabajaba?

—No. Sólo marido trabaja. Es comercial. De cosas deportivas.

Rocco se asomó a la ventana.

—Qué asco de tiempo, ¿eh?

—Tiene que ver en mi país —comentó Irina.

—¿Y tu país cómo es? —le preguntó a Helmi, que seguía con la cabeza gacha rascándose el antebrazo tatuado.

—No lo sé. Fui tres veces de pequeño. Hace calor, está lleno de gente y huele fatal.

—Coño, vaya un amor por la patria.

Helmi levantó la cabeza de golpe.

—¿Por qué, es que usted estaría orgulloso de un país de mierda como el mío?

—No, si no me dices cuál es.

—Egipto.

—Pues no sé si estaría orgulloso. Tú piensa que, cuando en Egipto estaban haciendo las pirámides, por estos lares no se había descubierto ni el fuego. Pero ¿cómo es que no estás en el instituto? —dijo Rocco, cambiando de repente de tema.

—Huelga... —masculló el chico.

—Bueno, Irina, ¿tenía la señora Baudo alguna amiga o no?

—Habla mucho al teléfono con Adalgisa. Era amiga suya.

—¿Puede decirme algo más?

—No, señor. Nada más.

—Muy bien, gracias. Pierron... —El agente se puso en movimiento y se dirigió hacia la puerta—. Ha sido de gran ayuda, Irina.

—Me gustaría saber quién hizo eso a señora Baudo.

—Me encargaré personalmente de decírselo el día que le echemos el guante.
Adiós, Helmi.

El muchacho no contestó. Y los policías salieron del piso. Irina lanzó un suspiro, colocó la silla en su sitio y se volvió hacia Helmi:

—¿Tienes hambre? ¿Te preparo algo?

—No. Como fuera.

Rocco y el agente Pierron salieron del edificio de Irina Oligova.

—Tendré que charlar un rato con la tal Adalgisa —explicó Rocco.

—¿Con quién?

—Adalgisa, la amiga de Ester Baudo. Me vuelvo a la central.

Italo lo miró con las llaves del coche en la mano.

—Pero ¿no vienes conmigo?

—No. Tú no vas a la central. Quiero que sigas al chaval.

—¿A quién, al egipcio?

—Exacto. Síguelo. Y cuéntame lo que haga.

Italo asintió con un gesto de la cabeza, pero preguntó:

—¿Puedo saber por qué?

—¿Es que no has visto la tirita de la ceja, o estás ciego? Si en vez de soltar gilipolleces le dieras al coco, o por lo menos echaras un vistazo a tu alrededor, sabrías tan bien como yo que ahí, en la ceja, llevaba un *piercing*.

—¿Y qué?

—Ponte otra vez el vídeo de la agresión a D'Intino y entenderás lo que te estoy diciendo.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—No es que lo crea, es que lo sé.

—¿Ves como yo llevaba razón? —terció Italo, encaminándose hacia el coche.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo del almuerzo. Sabía que al final nos lo saltaríamos.

—Habla por ti. Yo, que soy el jefe, voy a tomarme unos espaguetis antes de localizar a la tal Adalgisa.

No le costó mucho. Sólo tuvo que llamar a Patrizio Baudo para que le diera la dirección del trabajo de Adalgisa. Aunque, y no fue una simple impresión, Patrizio Baudo y Adalgisa no se llevaban precisamente bien. Bastó con mencionarle el nombre de la mujer al viudo para sentir a través del teléfono una

especie de corriente de aire helado. En cualquier caso, la mujer trabajaba en una librería del centro, cerca de la plaza donde estaba el edificio de Hacienda.

El edificio de Hacienda era una construcción del período fascista que desentonaba en Aosta como una espinilla en la piel de un recién nacido. En la mente de los arquitectos fascistas, el reloj del consistorio debía sustituir al campanario. Ya no serían las campanas de Cristo ni las sirenas las que regulasen las horas de trabajo, sino el reloj del *podestà*. Pero aquella chapuza geométrica tenía una virtud: marcaba la hora exacta. Las tres y diez.

Rocco abrió la puerta de madera de la librería. Parecía un refugio de montaña. Madera por las paredes, rebosantes de volúmenes con lomos de mil colores diferentes. Entrar en una librería le provocaba sentimiento de culpa. Porque cada vez que lo hacía se prometía, igual que se hace con las dietas, que algún día volvería a leer. Podía hacerlo cuando regresaba a su casa de la calle Piave, a ese piso sin nombre, sin color y sin rastro de amor ni de mujer. Pero no era capaz. Apenas cerraba la puerta, lo asaltaban las cuentas pendientes con el pasado. La casa se poblaba de pensamientos densos como el aceite que le impedían leer un libro o ver una película con una trama demasiado compleja. La nostalgia, el pasado, la vida que ya había quedado atrás cobraba todo el protagonismo, y los libros se quedaban allí, en las mesillas de noche y en la estantería, intactos, mirando a Rocco, cubiertos de polvo y cada día más ajados.

En la mesa de novedades había también un ejemplar de *La Stampa*, abierto justo por la página de sucesos. A la vista de todos, el artículo sobre la misteriosa muerte de Ester Baudo. Señal de que el jefe superior ya había empezado a hablar con los gacetilleros, como él los llamaba, y señal también de que Adalgisa ya estaba al corriente de la muerte de su amiga, aunque se hubiera enterado por un frío e impersonal artículo anónimo en un periódico. Fue a su encuentro una mujer de unos treinta y cinco años. Alta y robusta, con una nariz pronunciada que, sin embargo, encajaba bien en aquel rostro. Melena por los hombros.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Tenía los ojos grandes y negros, con esa tristeza que sólo los actores rusos de las películas en blanco y negro saben irradiar.

—Soy el subjefe Schiavone, brigada móvil de Aosta. —La mujer tragó saliva y permaneció en silencio, expectante—. Estoy buscando a Adalgisa.

—Soy yo —respondió, inclinando un poco la cabeza. Acto seguido, le tendió la mano—. Adalgisa Verratti. Ha venido por Ester, ¿verdad?

—Sí.

La mujer se volvió hacia el interior del local.

—¡Salgo un momento! —gritó—. Vuelvo enseguida. —Miró de nuevo a Rocco—. Vamos a tomar un café, ¿le parece?

Adalgisa mantenía la mirada fija en la taza mientras removía la cucharilla.

—Ester y yo fuimos juntas al instituto. Éramos amigas de toda la vida. De siempre. —Sorbió por la nariz. Adalgisa se apresuró a coger una servilleta de papel para secarse las lágrimas.

—¿Cuándo habló con ella por última vez?

—El jueves por la noche.

—¿Notó algo raro?

—Qué va, nada. Hablamos de lo mismo de siempre. Yo quería que se apuntase conmigo a pilates.

Rocco le dio un sorbo al café. Aguachirle. Dejó la taza aún medio llena en el platillo.

—Vayamos al grano. ¿Qué era lo que no iba bien en la vida de Ester?

Adalgisa sonrió estirando las comisuras en una mueca.

—¿Quitando que estaba insatisfecha con su vida y su matrimonio? ¿Y que no quería tener hijos pese a la insistencia de Patrizio? Nada, todo iba de maravilla.

—¿La cosa no iba bien con el marido?

—La cosa con el marido no iba y punto. Patrizio es un cabrón.

«*Voilà!*», pensó Rocco.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Celoso, posesivo, la obligó a dejar de trabajar. ¿Quiere que le diga por qué le retiré el saludo? Se le había metido en la cabeza que yo la llevaba por el mal camino.

—¿En qué sentido?

—Porque ya no estoy casada... Digamos que dirijo mi vida como mejor me parece.

—¿Y eso qué significa?

—Cuando ya no aguantaba más a mi marido, le pedí el divorcio y cada uno por su lado. Ahora vivo a mi manera, soy libre de salir con quien me apetece, hago lo que quiero con mi tiempo... y créame, es una sensación fabulosa. Incluso he adoptado dos gatos, cosa que con el plasta de mi marido era imposible. A mí me gustan los animales, los libros, el cine. No me interesan los coches, el fútbol o los móviles de última generación.

—Entonces, ¿Patrizio estaba convencido de que usted pretendía romper su

matrimonio?

—Podría decirse que sí. Y, si lo hubiese conseguido, usted y yo no estaríamos hablando ahora mismo, ¿verdad?

—No. Tal vez estaríamos en la librería, hablando de libros.

Adalgisa mordió un terrón de azúcar.

—¿Está usted casado?

—Sí.

—¿Y quiere a su mujer?

—Más que a mí mismo.

La mujer se metió en la boca la otra mitad del terrón.

—La envidio.

—No puede envidiarla, se lo aseguro.

—¿Por qué? Usted ama a su mujer, es feliz con ella, ¿no?

Rocco sonrió y asintió rápidamente un par de veces. Acto seguido, lanzó una ojeada circular al local, como para cerciorarse de que nadie pudiera oírlo. Pero no dijo nada. En las arrugas de sus ojos, o quizá en la mirada o tal vez en su sonrisa apagada, Adalgisa leyó un abismo de tristeza insondable. El corazón le latió con fuerza y se abstuvo de hacer más preguntas al subjefe. Sin decir nada, le cogió una mano.

—¿Cómo murió Ester? Dígame la verdad.

—Ahorcada, como dice la prensa.

—Tenía que pasar, tarde o temprano.

Una lágrima atravesó veloz el rostro de Adalgisa. No se la secó. La dejó correr por la mejilla hasta que desapareció.

—Mi pobre amiga...

—No se quitó la vida. Lo hizo otra persona.

Adalgisa puso los ojos como platos.

—¿Cómo? ¡¿Que la han matado?!

—Así es.

La mujer se quedó boquiabierta.

—No lo entiendo... ¿Ahorcándola?

—Un montaje para encubrir el homicidio.

—¿Y quién habrá...?

—Eso es lo que tengo que descubrir.

—No... —Una especie de silbido escapó de los labios de Adalgisa—. No, no, no. No puede ser. Es demasiado. —Se llevó las manos a los ojos.

Rocco se quedó en silencio, esperando a que Adalgisa se desahogara. El camarero que les había servido los cafés miró al policía con aire severo. Al subjefe le habría gustado proclamar su inocencia. Él no la había hecho llorar. Pero el anciano negaba con la cabeza y no le quitaba ojo de encima. Hasta que el subjefe, con un ademán, le sugirió que se fuera a hacer puñetas y los dejase en paz. Por fin, la mujer se recompuso y se enjugó los ojos de nuevo, que ahora parecían haberse convertido en dos círculos negros.

—Dios mío, seguro que parezco un mapache... —dijo, en un tono de forzada alegría.

—Un poco —convino Rocco—. ¿Si necesitara hablar otra vez con usted...?

—¿Cómo? —dijo la mujer, saliendo de sus pensamientos.

—Digo que si necesitara hablar otra vez con usted...

—Me encontrará en la librería. Siempre estoy ahí, hago jornada intensiva. Pero por las mañanas llego a las once. Tengo que ir al hospital.

—Nada grave, espero...

—No. Mi madre. Se ha partido el fémur. Le hago compañía un rato.

—Que se mejore —dijo Rocco. Cogió la cuenta, miró el total y dejó un billete de cinco euros encima de la mesa—. Adalgisa, no me estará usted ocultando nada, ¿verdad?

—¿Cómo iba a ocultarle nada? —respondió, sorbiendo por la nariz—. Usted, señor Schiavone, es un hombre competente; en esta ciudad hay cosas que se saben. Y yo jamás le escondería nada, se lo aseguro —insistió. Pero Rocco siguió mirándola de arriba abajo, sin decir ni una palabra—. ¿Le parezco de esas personas que se callan las cosas, subjefe Schiavone? En menos de cinco minutos le he contado detalles íntimos de mi vida que ni siquiera mi madre conoce.

—¿Y eso qué tiene que ver? Su madre es su madre. Yo soy un extraño. Es mucho más fácil abrirse con los extraños, ¿o no lo sabía?

Caminaba pegado a los edificios del centro como un gato callejero, tratando de cobijarse de la lluvia que había empezado a caer de nuevo. No había ni un taxi, tendría que ir andando a la jefatura.

El cingalés surgió del soportal como una bendición.

—¿Cuánto valen?

—*Sinco ero un paragua, siete ero do.*

—¿Y para qué quiero dos?

Rocco pagó y escogió el menos llamativo, uno rojo con lunares negros. Lo abrió y reemprendió la marcha hacia la oficina. Se metió la mano en el bolsillo y

sacó el móvil.

—¿Hola? ¿Farinelli? Soy Schiavone.

—Uy, a ti te andaba yo buscando. Oye... —El segundo de la Científica tenía la voz alterada, señal de que estaba a punto de soltar una bronca al subjefe—. Vaya follón me habéis montado aquí, en casa de los Baudo.

—Ya, ya lo sé, pero tengo que pedirte un favor urgente.

—Dime.

—¿Puedes mandarle a Fumagalli los cinturones y las corbatas que encontréis en la casa?

—¿Puedo saber para qué?

«Hay que joderse», pensó Rocco.

—Porque tiene que examinarlos. Posible arma del delito. —Farinelli rió con todas sus ganas. Era la primera vez que Schiavone lo oía reír—. ¡No le veo la gracia, Farinè!

—¿Qué te crees, que el asesino va a dejar el arma del delito en la casa?

—¿Y tú qué te crees, que yo no debería comprobarlo?

Al segundo de la Científica se le atragantó la carcajada.

—No, claro, tienes razón.

—Por favor, que el doctor está esperando. Y ya sabes la mala leche que se gasta.

—¿Ése? A ése más le valdría jubilarse, te lo digo yo. Oye, escúchame bien...

—¿Tra... falgar... las niñ... montón en primavera? —tartamudeó Rocco.

—¿Cómo?

—¡No... te... oig... bien! ¿Me oyes...? ¿Me oy...? —Colgó el móvil y, sonriendo, apretó el paso.

Las gotas de lluvia hacían lagrimear el cristal de la ventana. Por lo menos, así se fundiría la nieve que se amontonaba en las aceras y los tejados. Mientras observaba el asfalto picoteado por la tromba de agua, el teléfono del escritorio empezó a sonar y Rocco se sobresaltó.

—¿Quién es?

—¿Jefe? ¡Soy De Silvestri!

De Silvestri. El viejo agente de la comisaría Cristóbal Colón del barrio romano del EUR. El hombre con quien siempre podía contar, que hacía las cosas antes de que se las ordenaran, un fragmento añorado e importante de su vida anterior.

—¡De Silvestri! ¡Qué alegría oír tu voz!

—¿Cómo le va en Aosta?

Rocco recorrió el despacho con la mirada y sus ojos se detuvieron en el cristal mojado.

—¿Siguiente pregunta?

—Jefe, no se me ocurriría molestarlo si no se tratara de algo muy importante. Por desgracia, tenemos que hablar de un asunto.

—¿De tu jubilación? —preguntó Rocco con una sonrisa.

Al otro lado de la línea, la carcajada rotunda y cordial de De Silvestri resonó como en una cueva.

—No, jefe, para eso todavía me queda. Unos añitos. Pero ya tengo asumido que no me jubilaré hasta que me metan en una caja de pino.

—No digas esas cosas.

—Por cierto, tenía que contarle que su sustituto, Mario Busdon, es de Rovigo.

—Me alegro.

—Sí, pero no se entera de nada. No sabe moverse. Y habría que resolver un problema...

Rocco tomó asiento. De Silvestri se había puesto serio de repente.

—¿Puedes contármelo por teléfono?

—No, mejor que no. Mañana es domingo y voy a ir con mi hijo al fútbol. Es el Juve-Lazio.

—¿Para qué lo llevas a presenciar una masacre? Qué cruel eres, De Silvestri.

—Eso nunca se sabe, jefe.

—Se sabe, se sabe, tú hazme caso... Unas cuantas tarjetas y os volvéis a Formello.

—¿Como las que les sacaron ayer a los suyos en Milán?

—Déjate de ironías, De Silvestri, que aunque esté en Aosta sigo siendo tu superior. Total, que vais a Turín, ¿y...?

—Y me pillas de paso. ¿Nos vemos a mitad de camino?

—Vale. ¿Alguna idea?

—Voy en avión. ¿Le suena Ciriè?

—¿Ése quién coño es?

—Es un pueblecito cerca de Turín. Quedemos allí. Alquilaré un coche en el aeropuerto.

—Explícame por qué precisamente en Ciriè.

—Porque voy a visitar a un ser querido, y, además, ida y vuelta desde el aeropuerto son veinte kilómetros, así no tengo ni que reponerle la gasolina al coche de alquiler.

—¿Se te ocurre algún sitio?

—Claro. Hay un bar en via Rossetti. Nos vemos allí.

—¿A qué hora?

—A mediodía. Lo espero dentro.

—De Silvestri, yo de aquí no me muevo hasta que me digas quién es el ser querido al que vas a ver al pueblo ese cerca de Turín.

—¿Por qué quiere saberlo, jefe?

—Porque sí. ¿Una amante?

De Silvestri volvió a reír con todas sus ganas.

—Sí, una amante de ochenta y cuatro años. Es mi tía, la hermana de mi difunta madre. La única de la familia que me queda viva.

—Tienes un corazón que no te cabe en el pecho.

—No, Schiavone, lo que pasa es que mi tía ha vuelto a casarse y quiere presentarme a su marido.

—¿Con ochenta y cuatro años y ha vuelto a casarse?

—El marido tiene noventa y dos.

Rocco caviló.

—Que te digan qué comen en Ciriè, que parece la dieta perfecta para vivir muchos años.

—Cuenta con ello. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

¿Cuál sería el problema? ¿Algo relacionado con casos antiguos de Roma? ¿Tal vez algún amigo que se había metido en líos? Pero entonces De Silvestri no lo habría avisado. Lo habrían llamado Seba o Furio. ¿Algo que lo comprometiera? No había dejado nada pendiente. Había saldado deudas y créditos, y si el problema fuera su cuenta bancaria, lo habría llamado Daniele, el gestor, en ningún caso De Silvestri. Tendría que esperar hasta el mediodía del día siguiente para averiguar de qué se trataba. La tarde iba apagándose y, con ella, la luz del despacho de Schiavone. Quería volver al calor de su casa, pasarse por el local de comida preparada y comprar alguna guarrería para cenar, darse un baño y ver un poco la televisión.

Se había olvidado por completo de Italo Pierron, de quien no sabía nada desde las dos de la tarde, cuando lo había puesto a seguir a Helmi, el hijo egipcio de Irina.

En eso iba pensando cuando salió de la pizzería en la que se había comprado seis euros de pizza de mozzarella rancia. La lluvia estaba dando cierta tregua a la ciudad, y las aceras eran una plasta de agua y fango. A punto estuvo de chocar con la mujer que venía de frente.

—Perdone...

—¡Subjefe Schiavone!

Era Adalgisa. Estaba guapa incluso en vaqueros y botas, arrebujaada en un plumífero Moncler que le llegaba por las rodillas. La librera se quedó mirando el trozo de pizza envuelto en papel. Rocco se lo cambió de mano, como si deseara esconder aquel testigo de su soledad.

—Ahora mismo volvía a casa —le explicó la mujer—. Pero no se crea que mi cena es mejor que la que lleva usted en la mano. Supongo que... ninguna novedad, ¿verdad?

—Supone bien. ¿Y usted?

—La echo de menos. No soy capaz ni de borrar su número del teléfono. Hoy la habría llamado. Es la reunión del club. Tenemos un club de lectura en la librería, ¿sabe? Al principio Ester nunca faltaba, venía con su libreta, tomaba notas, daba su opinión. Pero luego lo dejó. Patrizio se lo prohibió. Estaba seguro de que en el club había alguien más interesado en su mujer que en Edgar Allan Poe.

—¿Por qué Edgar Allan Poe?

—Porque nos gusta. ¿A usted no?

—Y, dígame, ¿realmente había alguien más interesado en Ester que en la literatura?

—Sí, un contable de setenta y dos años recién recuperado de un ictus, y Federico, treinta y cinco años, emparejado desde hace siete con Raul, un bailarín de tango.

—Y, sin más, fin del club de lectura.

Adalgisa dio dos pasos con la vista clavada en el suelo.

—Eso es. Fin del club de lectura. Ester quería escribir. Era su sueño. A decir verdad, era el sueño de las dos, desde que íbamos al instituto. Empezaba relatos, pero siempre los dejaba a medias. Tenía una vena creativa ciclotímica. La alternaba con etapas depresivas. No había sitio para ambas.

—¿Y usted, escribe?

—Desde que vivo sola, sí. A lo mejor me publican una novela.

—¿Autobiográfica?

—No soy tan interesante. No: policíaca. Tal vez, no sé, si le paso la novela podría darme algunos consejos. Usted debe de haber visto de todo, ¿no?

Adalgisa sonreía. Pero sólo con los labios. Los ojos seguían tristes, velados, como si le hubiesen aplicado una pátina gris con un pincel.

—Sí, he visto de todo.

—Mi libro va de un crimen perfecto.

—Los crímenes perfectos no existen. ¿Y sabe por qué? Porque son crímenes, y eso lo dice todo. Si acaso, hay culpables con mucha suerte.

Adalgisa asintió.

—¿Usted lee?

—Me gustaría. Pero no tengo tiempo. De vez en cuando, por la noche... Mi mujer sí que leía —comentó Rocco.

—Ese imperfecto no me gusta nada.

—Pues imagínate a mí.

—Es usted todo nostalgia. ¿Cómo se las arregla?

—Fatal. ¿Tú también la sufres?

La mujer se limitó a encogerse de hombros, y a continuación señaló un portal.

—Yo me quedo aquí. ¿Te puedo tutear?

—Claro. Yo ya lo he hecho sin pedirte permiso.

—Ahora ya sabes dónde vivo. Llevas aquí seis meses, y me gustaría que me considerases una amiga.

Rocco examinó el pequeño edificio. Era de dos plantas, elegante.

—¿Cómo sabes que llevo aquí seis meses?

Adalgisa volvió a sonreír y se encaminó hacia su portal, escoltada por el subjefe.

—Porque leo los periódicos. En febrero seguí el caso de Champoluc. ¿No te he dicho que me gustan las novelas policíacas y la crónica de sucesos? Estuviste muy bien. Quién sabe, tal vez un día me cuentes qué hiciste para acabar aquí, en Aosta.

—Vacaciones pagadas.

Rieron a la vez. Adalgisa sólo con los labios, como antes. En ningún momento con los ojos.

—Ya que sabes tanto sobre mí, también sabrás dónde vivo.

—No. Eso forma parte de tu vida privada. Yo sólo sé cosas de tu vida pública. De la calle. Lo que cuentan los periódicos. Ya te lo he dicho, leo mucho. Y observo.

—Pero ¿tú qué llevas, un club de lectura o una peluquería?

—En el fondo, todos los aspirantes a escritor son unos chismosos.

—En Roma usamos otra palabra para referirnos a ese tipo de personas.

—¿Metomentodos?

Rocco sonrió.

—No podías hacer nada por Ester. No te sientas culpable. Y, sobre todo, no tengas cargo de conciencia.

—Es mucho más complicado de lo que parece, Rocco.

—Pues explícamelo.

—No vale la pena. Es una historia larga y compleja. Tal vez cuando seamos más amigos... —Sacó las llaves de la casa—. Hasta pronto, Rocco Schiavone.

—Espero que con mejores noticias.

—Encuentra al que lo ha hecho. Te lo suplico.

—Tranquila. Ese cabrón no va a ir a ninguna parte.

—¿Crees que fue un hombre?

—Sí. Para izar un cuerpo del gancho de una lámpara hay que tener fuerza, ¿no crees?

—No es fácil —admitió Adalgisa, y de nuevo los ojos se le velaron de tristeza.

Estaba imaginándose la escena: su amiga, colgada como un cuarto de buey en la cámara de una carnicería.

—Ya. ¿Cómo crees que lo hizo?

Adalgisa se había apoyado en la hoja abierta de la puerta de madera. La luz clara de las escaleras iluminaba una parte de su rostro.

—No es algo que me agrada imaginar.

—Dices que eres escritora de novelas policíacas. Dame tu versión.

La mujer exhaló un fuerte suspiro.

—Tal vez haría como los escaladores. Usaría un mosquetón y la levantaría.

—Sí, aquí, en medio de tantas montañas, me parece la imagen más apropiada. O sea, que se valió de un mosquetón. ¿O una polea, tal vez?

—Sí. Algo por el estilo, creo yo.

—Eso es. No hay otra manera.

—¿Fue así? —preguntó la mujer con un hilo de voz.

—Sí. Usó una cuerda de tender anclada a un mueble.

El Nokia de Rocco sonó. El subjefe se metió la mano en el bolsillo. Era de la jefatura.

—Perdona, tengo que contestar. —Con un ademán se despidió de Adalgisa —. Ya nos veremos —le dijo.

La mujer entró en el zaguán, cerró el portal y desapareció de la vista de Rocco.

—Soy el agente Pierron.

—En ti andaba yo pensando, Italo. ¿Qué me cuentas?

—Que he venido a la jefatura, pero usted ya no estaba. Tendríamos que hablar un rato. ¿Podemos quedar en su casa?

—¿Tú estás chalado? Ven al centro, te espero en el bar de la piazza Chanoux.

—Le dejo unos papeles a Deruta y voy para allá.

Pero Italo colgó mal el auricular y Rocco pudo captar un fragmento del diálogo entre ambos agentes.

—Deruta, he quedado con el subjefe. ¿Puedes finiquitar tú estos expedientes?

—¿Yo? ¿Y por qué yo? Todavía me dura el mal cuerpo.

—Te lo pido como un favor. Estamos siguiendo una pista importante.

—Rispoli y tú os creéis superiores, uña y carne con el subjefe, y a mí me dejáis los marrones. Pero un día de éstos subo a hablar con el jefe superior y pongo las cosas en su sitio.

—Haz lo que te dé la gana. Pero luego cuéntaselo tú a Schiavone. Y te daré un consejo: de Caterina, cuanto menos hables, mejor.

—Vete a la mierda.

—Que te den, gordinflón.

A continuación, se oyó a alguien revolviendo unos papeles, seguido de un portazo y un suspiro. Era evidente que Pierron había zanjado la discusión y se había largado.

Rocco se guardó el teléfono y se encaminó al bar, mirando el trozo de pizza envuelto que todavía tenía en la mano. Lo tiró en la primera papelera que vio. Se habría enfriado. Y lo que menos necesitaba en ese momento era quedarse en casa mascando una pizza más blanda que un chicle.

—Italo, explícame una cosa —le dijo Rocco en cuanto el agente se sentó a la

mesa frente a la ventana—. Es sábado por la noche. ¿Dónde está la gente joven?
—Señaló el bar semivacío.

—No te sigo.

—Estamos en el centro. Prácticamente sólo hay un bar, éste, que cierra dentro de un rato, luego un pub, y para de contar. ¿Qué hacen los sábados por la noche?

—No lo sé.

—¿Tú qué hacías?

—Yo no soy de aquí. Soy de cerca de Verres, y para mí venir a Aosta era ya el desmadre.

Rocco miró por la ventana. La lluvia volvía a martillar las calles. De vez en cuando pasaba alguien por los soportales, un par de paraguas; por lo demás, parecía una plaza metafísica de De Chirico.

—A lo mejor bajan a Turín. —Le encantaba decir eso de «bajar a Turín»—. Sí, en Turín hay más vida. Locales, pubs, discotecas, cines y teatros. Y hablando de Turín: Farinelli, el de la Científica, ha llamado tres veces. El último mensaje se lo ha dejado a Caterina. Ha vuelto a Turín, pero por lo visto tiene que hablar contigo.

—Sí, ya lo sé. Seguro que quiere dar por culo. ¿Por eso querías verme?

En ese momento apareció Ugo con dos copas de vino blanco. Rocco sonrió para darle las gracias, y el hombre volvió a la barra a despachar a tres jubilados que andaban embarcados en una discusión en su dialecto ininteligible.

—No —dijo Italo, jugueteando con la copa—. He seguido al chico, a ese Helmi, como me habías pedido. Y he descubierto una cosa interesante.

—Cuenta.

—Ha estado media hora en un salón recreativo y luego ha subido a Arpuilles.

—¿Adónde?

—Pasado Aosta, un buen trecho, siete u ocho kilómetros de curvas.

—¿Y qué se le ha perdido allí?

—Ha entrado en una especie de almacén pequeño, ha estado allí unos veinte minutos y luego ha vuelto a Aosta.

Roccoapuró el vino. Italo todavía no lo había probado.

—¿Y qué interés tiene eso?

—El almacén. Resulta que es un local de Gregorio Chevax. Sanitarios y alicatados.

—Sigo sin verle el interés.

—Porque no eres de aquí. Gregorio Chevax tiene ya cincuenta y tres años, pero en los noventa lo condenaron a cinco años por fraude y tráfico de objetos robados. Había vendido tres cuadros robados en una iglesia de Asti.

—Ahora sí, Italo. Una noticia que abre hermosas perspectivas. Bravo.

Por fin, el agente se bebió de un solo trago la copa de blanco. Sonrió y se secó los labios.

—¿Qué hacemos?

—Es sábado por la noche —respondió Rocco—. Vamos a divertirnos un rato.

Eran las nueve cuando Rocco, protegido por un paraguas negro, llamó al interfono de un chalet de la pedanía de Arpuilles.

—¿Quién es? —preguntó una voz dura y contrariada.

—Busco a Gregorio Chevax.

—Sí, pero ¿quién es?

—Subjefe Rocco Schiavone.

Silencio. Tan sólo el sonido de la lluvia golpeando histérica la tela impermeable del paraguas.

—Adelante. —Un chirrido electrónico y se abrió la cancela.

Rocco atravesó el jardín, apenas unos metros cuadrados, siguiendo un caminito de piedra que conducía a la casa. Se encendió una luz en la planta baja, y poco después la puerta se abrió de par en par. A contraluz, apareció una silueta de un metro setenta y cinco de altura, en mangas de camisa.

—Entre, entre...

—Schiavone, encantado. Perdona la hora, pero mi oficio no entiende de horarios.

El hombre no sonrió. Le estrechó la mano y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Cogió el paraguas de Rocco y lo metió en un paragüero. Una vez dentro, bajo los tres focos halógenos empotrados en el falso techo, Rocco pudo verle bien el rostro. El parecido con los peces ballesta era impresionante. Esos pececitos de colores que viven en las aguas cálidas de las barreras de coral y tienen una especie de hocico gigantesco, casi elefantino, y unos ojos diminutos plantados en medio del cuerpo. La boca, minúscula y de piñón, distaba más de cuatro dedos de la enorme nariz, un espacio tal que no lo habría cubierto ni el bigotón de Magnum. Parecía que los ojos, redondos e inexpresivos, y demasiado

alejados del nacimiento de la nariz, le hubiesen crecido en las sienes. Tenía cara de sorpresa, justo como el *Rhinecanthus aculeatus*, pequeño pero célebre entre sus colegas de la barrera por su forma de ensañarse con sus presas.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Una cosa muy sencilla.

No conseguía quitarle los ojos de encima. La monstruosidad de aquel rostro, humanizado por una barba de tres días, lo tenía hipnotizado. Debía borrar las imágenes de la enciclopedia de animales, o de lo contrario era capaz de pasarse la media hora siguiente absorto en aquella cara.

—Necesito que me ayude. Usted en el noventa y cinco tuvo algunos problemas con la ley, ¿no es cierto?

Gregorio sonrió.

—Deuda saldada.

—Sí, lo sé, no vengo por eso. Sé que ahora se dedica usted a los sanitarios y alicatados. Tiene un buen almacén, y creo que también un buen volumen de negocio, ¿no es así?

—No puedo quejarme, soy un emprendedor honrado.

—Eso también me consta. Pero aun así tal vez pueda echarme una mano. A lo mejor no lo sabe, pero últimamente ha habido por la zona un montón de robos en iglesias y colecciones privadas.

—No lo sabía.

—Pues ya lo sabe —precisó Rocco—. Y estamos intentando localizar el botín. —Se detuvo y miró a los ojos al hombre, que permanecía en silencio, esperando que Rocco continuara—. Usted estaba en el ramo. Y a lo mejor podría ayudarnos y facilitarnos algunos nombres, ¿no le parece?

Gregorio se apoyó en la pared, en la que podía verse una bonita marina napolitana.

—No, no me parece. Yo no conozco a nadie y ni siquiera sé de qué coño estamos hablando.

—¿Por qué se pone tan agresivo de repente? —preguntó, amable, Rocco.

—Porque son las nueve de la noche, porque estaba a punto de cenar, porque yo ya no tengo nada que ver con esa mierda y porque, si quiere hablar conmigo en condiciones, tendrá que citarme en la jefatura.

—Lamento haberlo molestado, señor Cheval.

—Es Chevax.

—Eso. Pero, entiéndame, yo tengo que rendir, si no, mi jefe me hace la vida

imposible.

—¿Y a mí qué me importa?

Rocco se echó a reír. Y la risa dejó descolocado al experista.

—Cierto, eso es, respuesta correcta. No puede ser más correcta. Pero ahora vamos a jugar a otra cosa. ¿Conoce el juego del «y si»?

—No, ni lo conozco ni me apetece jugar.

—Y si yo le digo: he robado joyas en un piso y tengo que venderlas, ¿adónde voy? ¿A quién recurro?

—¿Otra vez? Ya le he dicho que yo no sé nada, está abusando de mi paciencia.

—Hay que ver... Con lo amable que estoy siendo. —Chevax lo miró sin comprender—. Usted, en cambio, sigue haciéndose el tonto. ¿Le parece divertido?

—Voy a...

—Lo que vas es a cerrar esa boca y a escucharme. —Los ojos del subjefe se habían convertido en dos hendiduras—. No me trago tus cuentos, apestan a trola. Y yo nunca me equivoco. Así que se acabaron los juegos. Vamos a cambiar de tercio.

—Si se cree que...

—A callar. Tú no hablas hasta que yo termine. —Gregorio Chevax tragó saliva—. No has querido ayudarme y eso está muy pero que muy mal. Mañana me planto aquí con una orden del juez y te registro hasta los calzoncillos. La casa, el puto almacén de sanitarios, ¡todo! Un solo objeto que me huela mal, y te mando al trullo otra vez. —El subjefe agarró el paraguas a tal velocidad que Chevax se asustó y se apartó como para defenderse de un golpe en plena cara—. A partir de mañana tu vida va a ser un infierno.

—No tengo nada que ocultar, no me asusta.

—No estoy aquí para asustarte, sino para decirte que te has ganado un enemigo. El peor que podías echarte a la cara, créeme.

El subjefe abrió la puerta, desplegó el paraguas y salió de la casa con paso decidido. Chevax lo vio cruzar el jardín bajo la lluvia. Esperó a que franquease la cancela y cerró la puerta.

Nada más salir del chalet, Rocco echó mano del móvil.

—¿Italo? ¿Estáis en posición Caterina y tú?

—Sí, aquí estamos. Qué alegría de lluvia...

—¿Verdad? Yo me voy ya a mi casa, que estoy reventado. Por favor, no

encendáis los faros por nada del mundo ni salgáis del coche. Nada que dé el cante.

—Claro, jefe, claro.

—Pinta que os va a tocar esperar un buen rato. El capullo este no se moverá hasta bien entrada la noche. Tened paciencia.

—Está bien.

—Me ha llamado De Silvestri, tiene que contarme algo de Roma —le digo, pero Marina no me contesta—. ¿Dónde andas? ¿Estás aquí?

No está en el dormitorio, no está en el salón y tampoco en la cocina. La cama intacta y la lluvia, que sigue azotando los cristales.

—Si algo sorprendente tiene esta ciudad es la capacidad de soportar agua y nieve como si no fuera a acabar nunca. Si una décima parte de lo que cae aquí cayese en Roma, ¿te imaginas las riberas del Tíber? Muertos, heridos, un Apocalipsis bíblico. La pizza la he tirado, y el frigorífico está tan vacío que, si hablo dentro, suena el eco. Hay medio limón, un paquete que no quiero saber ni lo que es (igual dentro de poco empieza a moverse y se da una vueltecita por la casa), media botella de agua mineral y una de Moët. ¿Para qué coño la habré comprado? ¿Qué es lo que tengo que celebrar? ¿Qué se me ha olvidado? Mi cumpleaños no, es en agosto. ¿El de Marina, el 20 de este mes? Imposible. Para ese día le hice una promesa que no puedo romper. Nada que ver con champán. ¿Para recordar a mi padre, entonces? Mi padre se murió en noviembre. Y mi madre, a primeros de octubre. Aparte, para eso no pega una botella de Moët. No se descorcha champán para recordar a los muertos.

—¿Por qué la compré, cariño?

—¿Estás tonto? Por nuestro aniversario —me responde Marina. No consigo saber dónde está.

—Nuestro... ¡Ah, me cago en...! ¡Es verdad! El dos de marzo...

—Ya ha sido. —Me ayuda Marina.

—¿Y no lo celebramos?

—Claro que lo celebramos, Rocco. Lo que pasa es que compraste dos botellas.

El 2 de marzo de 1998. En el ayuntamiento de Bracciano, el pueblo de los padres de Marina. La vez que más he bebido en mi vida. La fiesta en el lago. Hay gente que todavía se acuerda. Yo no. Mis recuerdos de esa noche se

interrumpen sobre las nueve. Por lo visto, hasta me eché una carrera de «dos sin timonel» con un patín de remos de la playa.

—¿Qué me pimplé ese día, Mari?

—Mejor pregúntame qué no te pimplaste ese día. —En ese momento percibo su aroma. Me doy la vuelta y la veo apoyada en la puerta del salón—. Tienes que comer algo.

—No he hecho la compra.

—Prepárate una pasta.

—¿Sin parmesano ni nada?

—Pues baja al supermercado, compra lo que sea y mételo en el congelador, así al menos tienes algo que llevarte a la boca de vez en cuando.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Fumarme dieciséis cigarrillos, prepararme tres cafés y beberme el champán, verás como se me pasa el hambre.

—Eso sí que es vivir según unos principios nutricionales saludables. — Marina ríe. ¿Cuántos dientes tiene? Más que yo. Tan blancos que no parecen de verdad.

—¿Has vuelto a ir? —Sé a qué se refiere Marina. A mirar casas en la Provenza. Nuestro sueño. Acabar allí nuestros días, como elefantes viejos con los huesos al sol—. ¿Has ido o no? Desde aquí no se tarda ni dos horas.

—No, no he ido. Y, para serte sincero, tampoco he vuelto a mirar en internet los caseríos de Aix.

Me siento en el sillón sin mirarla. Pero ella me lo pregunta igualmente.

—¿Por qué?

—¿Que por qué no he ido? —¿Cómo se lo explico?—. Son demasiado caras, Mari.

—El dinero nunca ha sido un problema para ti.

—Y, además, la Provenza... Allí hablan francés.

—Sí, es lo que tiene que esté en Francia. Decías que lo aprenderías en seis meses. ¿Qué ha pasado? ¿Ya no te gusta?

No lo sé.

—No lo sé, Marina. Ya no es lo mismo.

—Pero debes tener un sitio adonde ir, Rocco. Si no, ¿qué vas a hacer?

Me vuelvo para mirarla, pero ha desaparecido. Seguro que ha ido al dormitorio a buscar la libreta en la que habrá anotado alguna palabra difícil.

—«Y puede que los mástiles, ansiando tempestades, sean de los que el viento, en los naufragios, parte, perdidos ya, sin mástiles, sin mástiles ni islas

paradisíacas. ¡Mas oye, oh, corazón, el canto marinero!».

Me doy la vuelta. Está otra vez en el salón. Lleva un libro en la mano.

—Qué bonito. ¿De quién es?

—Es un viejo libro tuyo. Deberías conocerlo. —Me muestra la cubierta. Distingo los colores, pero no al autor.

—No sé, no me acuerdo.

Se lo esconde detrás de la espalda.

—He copiado todos los versos, cariño. Son preciosos.

La miro. Se pasa la mano por la cara, me regala otra sonrisa y luego desaparece. Me quedo en el sillón, sin fuerzas para alcanzar el champán ni el mando a distancia. Siento que me hundo en un lecho de arena. Me abandono. Y pienso. Quizá morir sea eso. Cerrar los ojos y dejar que todo pase, para siempre, caer en una masa negra sin luz, dulce y cálida como el vientre de una madre, adoptar de nuevo la posición fetal, cerrar los ojos y volver a ser lo que se era antes de nacer. Una nota confusa que poco a poco armoniza con las demás...

DOMINGO

Eran las notas del último movimiento de la novena sinfonía de Ludwig van Beethoven y provenían del Nokia apoyado en la mesita de cristal de Rocco, que abrió un ojo y luego otro. Estaba hundido en el sofá, era de noche y ya no llovía, y sintió la boca reseca y pastosa. Alargó el brazo para alcanzar el aparato.

—¿Quién da por culo?

—Jefe, soy Caterina Rispoli. Lo tenemos aquí.

Rocco se incorporó, se sentó y se restregó los ojos.

—¿A quién tenéis ahí? ¿Qué hora es?

—Son las tres de la madrugada. Y tenemos a Gregorio Chevax delante del almacén. Creo que estaría bien que se acercara por aquí.

—¿Ha picado?

—Como un besugo.

—Explícame una cosa, Caterina. ¿Por qué se dice «picar como un besugo»? ¿Qué pasa con los besugos?

—No lo sé, es una forma de hablar.

—Vaya tontería. —Colgó el móvil y se puso en pie. Estiró el cuello y respiró hondo—. Pues nada, a hablar con el besugo. O mejor dicho, con el pez ballesta.

La carretera estaba negra y en el cielo no había una sola estrella. Al final de la recta, tras las copas de los árboles que escondían la curva, un fulgor iluminaba la oscuridad formando un cerco blanco y lechoso. Podía tratarse de un incendio.

Eran, sin embargo, los faros del coche de la jefatura entrecruzados con los de una furgoneta; los dos vehículos estacionados delante de la persiana metálica del almacén de sanitarios parecían desafiarse mirándose a los ojos. Rocco detuvo el coche y bajó. El aire era frío. Se distinguían las sombras negras de las montañas que comprimían el valle. Una brisa ligera mecía las ramas de los abetos. La

nieve sucia y embarrada había resistido la lluvia de la jornada y se amontonaba a ambos lados de la calzada.

Gregorio Chevax estaba apoyado contra el capó de la Ducato y, a un metro de él, Italo lo observaba mientras se fumaba un cigarro. Caterina estaba sentada en el coche con la puerta abierta, un pie en el asfalto y el otro en el vehículo. Sonriente, Rocco llegó a la altura del grupo. La inspectora se apresuró a salir del coche.

—¡Hombre, Gregorio! —lo saludó el subjefe, abriendo los brazos de par en par—. ¡Volvemos a vernos! —El hombre no dijo nada, estaba mudo—. Bueno, ¿qué ha pasado aquí?

—Venga a ver esto, jefe —le dijo Italo, dejando a Caterina encargada de vigilar al experista.

Rodearon la furgoneta. El portón trasero estaba abierto. Italo encendió la linterna. Dentro había un par de lavadoras envueltas en plástico, dos cajas de cartón cerradas y una caja metálica de herramientas abierta; no contenía ni destornilladores ni taladros, sino bolsitas de plástico.

—¿Quieres echarle un vistazo? —le preguntó Italo, mientras cogía y abría una bolsa. Rocco miró el interior y, a la luz de la linterna, aparecieron anillos, pulseras y collares—. Está lleno de cosas así —le explicó, cogiendo otra bolsita y abriéndola delante de los morros de su jefe.

—Perfecto.

—Hay material, ¿eh?

—A mí me interesa una cosa en concreto, a ver si la encuentro.

Rocco le quitó la linterna de las manos a su agente y se puso a rebuscar dentro del maletín. Apartaba monedas, gemelos, relojes. Italo lo observaba atentamente.

—¿Qué estamos haciendo, Rocco?

—¿Qué quieres decir? —respondió el subjefe con la cara dentro de una bolsita.

—Quiero decir si... ¿va a ir todo a la jefatura?

Rocco sonrió.

—Te voy a explicar algo, Italo: esto es mercancía robada. Lo que significa que el robo ha sido denunciado. ¿Sabes cómo se le llama a esto en argot? «Piezas de desguace». O sea, que el único valor que tienen es por el oro o las piedras que se saquen al desmontarlas, porque la joya en sí ya no puede venderse. —Dicho esto, sacó un bonito broche con forma de pavo real,

tachonado de piedras azules y verdes—. Mira ésta, por ejemplo: es antigua. Fíjate, podría valer unos diez mil euros, por la ejecución de la pieza, etcétera, etcétera. Pero, si se desmonta, se saca poco o nada. No, Italo, todo esto va directamente a la jefatura.

El agente se quedó chafado. Había fantaseado con quedarse algo, a modo de compensación por la noche de sábado pasada al raso.

—Una lástima. Me había hecho ilusiones... —le dijo a Rocco.

—Anda, abre también las cajas de cartón. Me da que contienen otro tipo de mercancía. Aquellas verticales, por ejemplo, parece que son cuadros.

Rocco volvió con Caterina y Gregorio. Llevaba en la mano el broche del pavo real.

—¿Qué, Gregorio Chevax...? Te sientes un poco estúpido, ¿no? —El hombre había perdido toda la chulería y la seguridad de unas horas atrás—. Caterina, cuéntame por encima lo que ha pasado.

—Claro. Chevax ha salido con una furgoneta de su almacén de material sanitario a la una y cuarenta y cinco. Casualmente, nosotros estábamos haciendo aquí un control y le hemos dado el alto. Enseguida se ha mostrado muy nervioso.

—Rocco miraba con una sonrisa al hombre, que en cambio tenía la vista fija en un punto lejano, en medio de los árboles. Caterina prosiguió—: De modo que al compañero y a mí nos ha parecido sospechoso, y le hemos pedido que nos enseñase el interior de la furgoneta. Allí hemos encontrado lo que acaba de ver.

Caterina había terminado el relato. Schiavone no hablaba; tenía los ojos clavados en Gregorio Chevax, a la espera de que éste dijese algo. Pero, además del aspecto de pez, también parecía haber adoptado los rasgos fonéticos del animal. Una brisa ligera hacía silbar las agujas de los pinos. Rocco se encendió un cigarro.

—Si hubiera sido más amable, Gregorio, ahora no estaríamos aquí, a las tres de la madrugada, con un frío del copón, enmarronados con este interrogatorio.

Chevax por fin levantó la vista.

—Quiero hablar con mi abogado.

—¿Lo ha llamado?

—Sí, pero no lo coge —intervino Caterina.

—Pues vaya mierda de abogado. Anda, vamos a darle un giro a la noche. Mientras usted prueba a llamarlo otra vez, mis hombres lo llevan a la jefatura. —Luego se dirigió a Caterina—: Llama a un par de coches. Vamos a requisar la furgoneta. Y dile a Deruta que haga una lista con los objetos encontrados y que

los fotografíe. Una foto por pieza, por favor.

—Hecho, jefe.

—Chevax, a partir de hoy empieza para usted un calvario que, en comparación, el de nuestro Señor Jesucristo fue una ruta de senderismo. —Levantó el broche con forma de pavo real—. ¿Se lo dije o no? Yo con esto me habría conformado y no habría metido las narices en sus chanchullos de mierda. Pero no... Tuvo que jugar a ver quién la tiene más larga.

—Cuando mi abogado meta mano en toda esta historia, a lo mejor el calvario empieza para usted.

Rocco sonrió.

—Mire, campeón, mi vida lleva siendo un calvario desde hace seis años por lo menos. ¿Sabe lo que decimos en Roma? Me la pela, Chevax. Usted y su abogado. ¿Quiere que le pinte la situación? A resultas de un control policial, lo han pillado con el botín, in fraganti; tiene ya antecedentes por hurto y tráfico de objetos robados, así que lo único que podrá alegar su abogado es enfermedad mental. Pero no creo que cuele. Porque, verá, usted problemas mentales no tiene: lo suyo es un problema de coeficiente intelectual, y no creo que técnicamente eso sea un atenuante.

Gregorio tenía la cara más blanca que las luces largas.

—¿Podemos llegar a un acuerdo? —preguntó en voz baja.

—¿De qué tipo?

—A usted le interesa ese broche. ¿Le digo quién me lo trajo y zanjamos el tema?

—Si me hubiera venido con ésas hace tres horas, me habría hecho muy feliz. Pero ahora ya es tarde. Póngase en mi pellejo. ¿Cómo quiere que esconda todo esto? —Señaló la furgoneta y a Italo, que estaba descargando las cajas embaladas—. Y luego hay otro asuntillo que usted ignora. Resulta que yo ya sé quién le llevó el pavo real. Lo único que quería era asegurarme al cien por cien. —Se abrochó el loden—. Un frío de cojones, ¿eh?

Regresó al coche, subiéndose el cuello.

—¡Schiavone! Lo primero: no me hace gracia que me despierten a las seis de la mañana. Si encima resulta que son las seis de la mañana de un domingo, digamos que la mala leche se eleva al cubo. Y segundo: no me hace gracia que me molesten en casa —respondió el juez Baldi con la voz pastosa por el sueño.

—Ya lo sé, señoría, pero en lo que dice hay dos imprecisiones.

—Dígame cuáles.

—En primer lugar, no son las seis, sino las siete y media. Y en segundo lugar, no lo molesto en casa, sino por el móvil. ¿Quién dice que el móvil tenga que estar necesariamente en casa?

—Lo normal, a las siete y media de un domingo, es que así sea.

—Yo lo creía ya inmerso en sus tareas, señoría. ¿Qué quiere que le diga si tengo esa imagen de usted?

—Schiavone, está visto que es usted incapaz de tomarse nada en serio, ¿verdad?

—Soy el colmo de la seriedad. Y lo llamo porque creo firmemente en las normas y en las instituciones.

—Váyase a tomar por culo y dígame qué quiere.

—Dos órdenes de arresto: para Gregorio Chevax y Helmi Bastiany.

—¿Y puedo saber la razón?

—Claro. Chevax por tráfico de objetos robados. Helmi por menudeo de estupefacientes, agresión y lesión a un agente de policía y hurto.

—¿Y para esa tontería me llama a las siete y media de un domingo?

—A lo mejor, si le digo que Helmi Bastiany cometió el hurto en casa de Ester Baudo, nuestra víctima de via Brocherel, me comprende mejor.

Rocco oyó un chasquido de lengua.

—Entiendo. Voy a prepararme un café... Mándeme a alguien, ¿o viene usted?

—Le mando a alguien.

—Hágame un favor. No me mande ni al agente gordito ni al de los Abruzos.

—No se preocupe. El gordito libra hoy y el otro está en el Umberto Parini.

—¿Y eso?

—Por culpa de ese tal Helmi, señoría.

—Explíqueme eso, Schiavone. ¿Cuándo ocurrió?

—Encargué una vigilancia a estos dos intrépidos agentes. Pero hubo un altercado. Tenemos incluso el vídeo. La cámara de circuito cerrado de una farmacia. Mire, voy a hacerle una copia y se la mando para que sepa de qué le hablo.

—Ya sé lo que son. Son esos vídeos en blanco y negro, a cámara rápida, que sólo entienden los de la Científica.

—Créame, señoría, vea el vídeo y me lo agradecerá.

—¿Por qué?

—Fíese de mí.

—¿Cuánto dura?

—Tres minutos. ¿Usted de pequeño veía «Oggi le comiche»?

—Claro, como todo el mundo, el sábado nada más volver del colegio. ¿Por qué?

—En comparación, Buster Keaton era un aficionado.

—Schiavone, ¡quiero ese vídeo en mi casa inmediatamente!

Les había encargado a Scipioni e Italo que arrestasen a Helmi por agredir a dos policías y lo mantuvieran incomunicado en un cuarto donde no pudiera ver a nadie, y menos aún a su amiguito y cómplice, Fabio Righetti, con quien traficaba. El abogado de Chevax no estaba en Aosta, no volvía hasta el día siguiente. A las once, Rocco se había montado en el coche, había programado la dirección de Ciriè en el navegador y había enfilado la autovía en dirección a Turín.

Nada más entrar en el Piamonte, el cielo se abrió y dejó paso a un sol tibio y descolorido que hacía lo que podía por calentar el campo. Se abstrajo en la contemplación de las viñas bajas y negras hacinadas a los pies de las montañas, y de los fortines saboyanos de piedra oscura, amenazadores, encajados entre montes de roca.

Cornejas enclenques sobrevolaban en círculo los rastrojos, en busca de comida. De tanto en tanto, alguna se aventuraba también por la mediana desierta, para arramblar con la carroña de algún pobre animalillo recién aplastado por un coche. Rocco odiaba aquellos pájaros. En Roma también habían tomado la delantera al resto de las aves. Se comían los huevos de los gorriones, de los petirrojos, de los carboneros, y cada vez eran más numerosas: estaban convirtiéndose en las dueñas de los cielos italianos. En la capital, las únicas que todavía les plantaban cara eran las gaviotas y las cotorras verdes, que habían colonizado los parques grandes de la ciudad. Éstas sí que eran rapaces auténticas, llegadas de Brasil, y con un apetito tan feroz como el de la corneja italiana. Cada vez que las veía por los parques de Villa Borghese o Villa Ada, volando en formación como si fueran Stukas, verdes y rojas y con sus estridentes chillidos, se acordaba del primer imbécil que había abierto la jaula y había dejado escapar a la Cotorra Alfa, la pionera de lo que había acabado convirtiéndose en una colonia enorme, agresiva y mortífera que estaba exterminando a los gorriones y al resto de los pájaros romanos. Eso sí, las

cotorras eran infinitamente más bellas que las cornejas, despeluchadas y poco agraciadas. Rocco esperaba con expectación el momento en que al cretino de turno se le escapara una anaconda en Roma: la Anaconda Alfa. Entonces sí que iba a ponerse interesante el asunto... Otra cosa quizá no, pero aquella plaga reduciría de manera exponencial la población de ratas romanas, gordas como perros alanos y ante las cuales más de un gato salía por patas. Sí, le habría gustado verlas delante de una anaconda del delta del Amazonas, de esas de diez metros de largo que son capaces de comerse una búfala campana en pocos minutos. Eso también podría considerarse un efecto colateral de la globalización, uno beneficioso, se decía Schiavone. Seguramente no sería fácil enfrentarse a serpientes enredadas en las ramas de los plátanos de la ribera del Tíber, pero al menos eran un enemigo más visible, menos taimado, aparte de elegante y agradable a la vista. Además, no eran portadoras de enfermedades infecciosas como los roedores. A lo mejor incluso se incrementaba la producción de bolsos y zapatos. Quién sabe.

Inmerso en aquel bestiario, Rocco llegó al pueblo de Ciriè y dejó el coche delante del bar de via Rossetti.

De Silvestri ya había llegado y estaba sentado a una mesa al fondo del local, ante dos vasos llenos de un líquido anaranjado y un platillo de cacahuets. Tenía la vista clavada en la puerta y, en cuanto vio entrar a Schiavone, se plantó con tres pasos en medio del bar para abrazar a su antiguo jefe como si fuera un hermano perdido. Mientras abrazaba al agente De Silvestri, Rocco se dio cuenta de que, después de tantos años trabajando codo con codo, era la primera vez que lo veía vestido de paisano. Se separaron para mirarse. De Silvestri tenía los ojos vidriosos.

—Lo veo en forma.

—Tú tampoco estás mal, De Silvestri.

—Bueno, bueno... Me he permitido pedir dos Aperol.

—Alfrè, ¿por qué no me tuteas?

—No me sale. Después de tantos años, no me sale.

Fueron a sentarse y entrechocaron los vasos. Rocco se bebió la mitad de un trago.

—Aaah, justo lo que necesitaba... ¿Has visto qué tiempo?

—Estamos en el norte, ¿qué esperaba?

—¿Cómo le va a mi sustituto?

—Es buena gente. Joven, y no se conoce Roma. Pero ya tendrá tiempo de

ganar experiencia. Para que se haga una idea, en menos de siete meses ya dice «tus muertos a caballo» y «me la suda». Tiene que mejorar el acento, pero progresa adecuadamente.

Rieron.

—¿Y cómo está mi preferida, Elena Dobbrilla?

—Se casa el mes que viene. Ya verá, seguro que acabará teniendo un puñado de críos y dejará el cuerpo.

—¿Tú crees?

—El marido es arquitecto. Con lo que gana, les basta y les sobra para los dos.

—¡Por Elena! —Los vasos volvieron a tintinear.

Sólo entonces De Silvestri mudó la expresión.

—Siento molestarlo, pero allí abajo tenemos un problema.

Rocco se acomodó en la silla y se acercó a un palmo de Alfredo De Silvestri, para que el agente pudiera bajar un poco el volumen de la voz.

—¿De qué se trata, Alfredo?

El antiguo compañero de Rocco dijo un nombre:

—Giorgio Borghetti Ansaldo.

En el acto, la cara de Schiavone se transformó en una máscara de arrugas y odio.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Lo de siempre. Ha violado a dos chiquillas. Una delante del instituto Vivona y la otra en el parque de los eucaliptos, al lado de la fuente de San Pablo.

—La mano de Rocco apretó con tal fuerza la madera de la mesa que se le pusieron blancos los nudillos—. El subjefe Busdon dice que no hay pruebas de que haya sido él. Pero no es cierto. Ni me lo plantearía si no estuviese segurísimo, Schiavone.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—La alumna del instituto Vivona le vio la cara. Y cuando le enseñé algunas fotos, reconoció al instante al hijo del subsecretario de Exteriores. Además, cojea de la pierna derecha y lleva gafas con lentes ahumadas. Es él, jefe.

Giorgio Borghetti Ansaldo había violado a siete chicas, una de las cuales se había quitado la vida. Hasta el día en que se cruzó en el camino de Rocco Schiavone, quien lo había dejado al borde de la muerte. Y por esa venganza atroz y brutal, al subjefe lo habían condenado a un traslado inmediato. Aun así, teniendo en cuenta el poder del padre del violador, no había salido tan mal

parado. Más de una vez, mientras esperaba el resultado de la investigación interna, Rocco había temido acabar entre rejas. Sin embargo, al final sólo lo habían enviado a trabajar a Aosta. Visto lo visto, había tenido suerte.

—¿Cómo puedo ayudarte, De Silvestri?

—No lo sé. Habría que darle un empujoncito a su sustituto, Busdon, pero lo más importante es pararle los pies a ese malnacido. Tendría que haber visto cómo le dejó la cara a esa chiquilla.

Rocco se levantó de la mesa. Dio un par de pasos por el local y apoyó la frente en la cristalera, bajo la mirada atenta de su amigo y del dueño del bar, que lo observaba sin comprender mientras hojeaba el *Tutto Sport*. El policía volvió entonces a su asiento.

—Tengo que bajar a Roma. ¿Me escribes en un papel el nombre de las dos chicas violadas?

—Por supuesto, es difícil olvidarlos. La del parque es Marta De Cesaris, a la que ya había violado anteriormente, seguro que la recuerda.

—Claro que me acuerdo. Violada otra vez. ¿Qué pasa, que se había dejado la faena a medias? ¿Y la otra? ¿La que lo reconoció?

El viejo agente bajó la mirada.

—Se llama Paola De Silvestri.

—¿De Silvestri? ¿Como tú?

—Es mi sobrina.

Mientras conducía, Rocco iba experimentando una intensa sed de sangre. Estaba cabreado, frustrado, impotente. Los latidos del corazón le resonaban en los oídos como si salieran de un bombo.

Bum, bum, bum.

Un ruido amortiguado y continuo que no conseguía ahogar ni el volumen de la radio. Al otro lado del parabrisas, aparte de la lengua de asfalto, aparecía reflejada en el cristal la cara de Giorgio Borghetti Ansaldo, tal como lo había visto aquel último día en la jefatura. Aquellos dientes salidos, los escasos pelos ralos a los lados del cráneo, los ojos bovinos, necios e inexpresivos, sus cadavéricas manos blancas y las pecas que salpicaban su rostro como una diarrea. Apenas había tenido tiempo de volver a casa y de recuperarse de las heridas que le había infligido el subjefe, y el muy mentecato ya había vuelto a la faena.

Tenía que regresar a Roma. Pararle los pies a aquel deficiente mental, al hijo de ese subsecretario, a quien, una de las pocas veces que lo había visto, Rocco había aconsejado una cura farmacológica para el hijo y, en caso de recaída, directamente la castración química. Pero el poderoso Borghetti Ansaldo no le había hecho caso, por supuesto, y había defendido a su hijo pregonando la inocencia de aquel treintañero medio idiota que se pasaba los días delante de la PlayStation y las noches entre los muslos de menores vociferantes. Cogió el móvil, lo encendió, introdujo el código PIN y se ajustó el manos libres. Marcó de memoria el número de Seba, uno de sus amigos de toda la vida, de éstos con los que podía contar en todo momento.

—Seba, soy Rocco.

—Ya lo sé, bestia parda, todavía leo la pantalla. ¿Qué te cuentas?

—¿Estás en Roma ahora mismo?

—Ahora mismo estoy en la taza del váter de mi casa, ¿quieres saber lo que estoy haciendo?

—No hace falta, gracias. Escucha, ¿y Furio y Brizio? ¿También...?

—¿Quieres saber si están también en mi baño?

—Si están en Roma, idiota.

—Creo que sí. Bueno, ¿vas a contarme qué pasa? ¿Tienes algún trabajito que proponerme?

—Hay una nota desafinada en Roma. —Seba no respondió, escuchaba en silencio—. Es una nota que molesta y que hay que parar como sea.

—¿Va contigo?

—No, pero me concierne, aunque sea indirectamente.

—Entiendo. ¿Bajas?

—Eso parece. No sé cuándo, pero te avisaré.

—Te esperamos. Con que me avises un par de horas antes, me vale.

—Gracias, Seba.

—No hay de qué, socio. ¿Y qué pasa por ahí, en Aosta?

—Llueve.

—En Roma también, si te sirve de consuelo.

—No me sirve.

—Ah, otra cosa y ya te dejo. Necesito saber algo más. ¿Hacen falta nenas?
—Seba estaba refiriéndose a las armas.

—Sí, y sin registrar, a ser posible —respondió Rocco.

—Recibido. Tengo ganas de verte.

—Lo mismo digo. Saluda a la gente de mi parte. Y un beso para Adele.

—Ya no estamos juntos.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Desde que la muy zorra se lo monta con Robi Gusberti.

—¿El Corbatas?

—El mismo. Hay que estar fatal, ¿no?

—Fatal es poco... Pero ¿ése qué edad tiene?

—¿El Corbatas? Setenta.

—¿Te ha levantado la parienta uno de setenta?

—Brizio dice que Adele ve en él una figura paterna.

—Pero si Adele no llegó a conocer a su padre...

—Por eso mismo, ¿no? Brizio dice también que eso se llama «transferencia».

Vamos, que ha proyectado en el Corbatas la figura paterna que nunca tuvo, y se ha enamorado.

—¿Y desde cuándo se ha metido Brizio a psicólogo?

—Pufff, son todo historias que le cuenta Stella. Esa mujer se pasa la vida leyendo revistas tipo *Focus*...

—¿Y tú te crees lo de la figura paterna?

—Rocco, yo lo único que sé es que los pillé en la cama donde dormía mi madre, que en paz descansa.

—Ah, entonces Adele se quería montar un trío...

—¿Cómo?

—Que quería hacer la transferencia con la figura paterna y la materna.

—Vete a la mierda, Rocco.

—Cuídate, Seba. Nos vemos. Y ya verás como Adele vuelve pronto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque a Robi Gusberti lo llamaban «Pic Indolor», como a las jeringuillas esas. Y no porque pusiera inyecciones.

Seba se echó a reír.

—Es verdad, Pic Indolor...

—Así que ya verás como vuelve contigo y te pide perdón.

—Pues no pienso perdonarla.

—Vas a perdonarla porque tú sin Adele no eres más que un oso encabronado y puedes acabar en la mierda. Y, en el futuro, a ver si haces menos el capullo. Olvídate de las gilipolleces de Brizio y de las transferencias, lo que pasa es que

Adele te las está haciendo pagar todas juntas, para demostrarte cómo es la vida sin ella. Seguro que la has cabreado como de costumbre y está ajustando cuentas. Una mujer que tiene intención de dejar a su marido no se lía con el Corbatas, y mucho menos en tu propia casa, sabiendo que ibas a pillarla seguro. Si Adele quisiera dejarte, se iría con un tío guapo e inteligente, de esos que llevan los años estupendamente.

—¿Como tú?

—Por ejemplo.

Los dos amigos rieron.

—¿Lo dices en serio, Rocco?

—Sí. Vamos, que si quieres me apuesto doscientos euros a que dentro de tres días saludas de mi parte a Adele.

—¿Doscientos euros? ¡Hecho! Si pierdo, te los daré encantado, ¿qué te crees?

—Ya me los pagarás, ya. Que vaya bien.

En cuanto colgó, le sonaron ni más ni menos que seis mensajes seguidos, como una metrallera.

—Pero ¿qué coño...?

Todos los mensajes eran del mismo número. Todos de la jefatura.

—¿Qué coño ha pasado? —se preguntó en voz alta, y el móvil volvió a sonar. Otra vez la jefatura—. ¿Quién es? ¿Qué pasa?

—Rocco, soy Italo.

—¿Y?

—Helmi... lo hemos perdido.

—¿Qué quieres decir?

—Desde ayer que no va por su casa.

—Ya voy. Estoy llegando. Nos vemos allí, en casa de Irina.

Esa vez, aparte de la mujer, estaba también Ahmed, el padre de Helmi, el frutero. No paraba de retorcerse el bigote mientras miraba alrededor con los ojos enrojecidos y angustiados, como si buscara algo que hubiese perdido.

—A ver si lo he entendido. Ayer Helmi salió de casa ¿y no ha vuelto? —preguntó Rocco.

—No exactamente —respondió Ahmed—. Volvió, pero no estábamos.

—¿Y cómo lo sabe?

—Cogió unas cuantas cosas suyas y se largó.

—Cogió mochila y ropa —precisó Irina—. Y su caja de madera. Ya no está. También desaparecido.

—¿Una caja de madera?

—Sí. Creo que es donde guardaba su dinero —apuntó el padre.

—¿Helmi tenía algún documento de identificación?

—Sí, claro, el pasaporte, ¿por?

—¿Y está en la casa?

Ahmed miró a Irina. De repente, se precipitó al mueblecito del recibidor y abrió el primer cajón. Sacó su pasaporte y el de Irina. Pero no había ni rastro del de Helmi. Siguió rebuscando y farfullando algo en árabe hasta que, todavía con las manos en el cajón, miró desconsolado a los policías.

—No está. Los guardábamos aquí los tres.

Rocco miró a Italo.

—¿Cómo lo ves?

—¿Yo? Lo veo bastante claro. En tren hasta Suiza y, una vez allí, un avión. ¿Adónde? A saber...

Rocco asintió.

—Habrá que pedir una orden internacional. ¡Hay que joderse!

—Pero ¿qué es lo que ha hecho? ¿Por qué se ha fugado?. —Preguntó Ahmed, acercándose al subjefe.

—Hurto y agresión a un policía.

—¿Hurto? ¿Dónde ha robado? —quiso saber Irina.

—En casa de los Baudo, señora. La mañana del homicidio.

Irina y Ahmed se miraron. El padre se llevó las manos a la boca y se echó a llorar.

—No... no... Helmi no...

Irina lo abrazó. El frutero, como un crío desesperado, hundió la cabeza en el pecho de su mujer. Y se puso a llorar a lágrima viva, con sollozos tan fuertes que eclipsaban el ruido de la calle y los cláxones. Irina lo mecía, con los ojos empañados, sin dejar de mirar a los policías. En aquella mirada había decenas de preguntas, pero no formuló ninguna. Los dos agentes de la ley no habrían podido dar una respuesta precisa a ninguna de esas preguntas, e Irina lo sabía.

—Con la madre... —murmuró Ahmed, cuando los sollozos dejaron de atenazarlo.

—¿Con la madre? —preguntó Rocco—. ¿Qué quiere decir?

—Yo diría que ha vuelto con su madre... A Egipto, a Alejandría.

—¿A cuántos años enfrenta? —preguntó Irina, haciendo gala de un pragmatismo insospechado.

—No lo sé. Por hurto y agresión, varios años, seguramente.

—Pero está también homicidio, ¿no? —insistió Irina.

Ahmed miró a Rocco a los ojos.

—No lo sé. Por eso queríamos llevarlo a la jefatura.

—¿Mi hijo, un asesino? Mi hijo, un asesino... —Ahmed se zafó del abrazo tierno de Irina y, lentamente, cabizbajo y sin mediar palabra, se fue al dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó entonces la mujer.

—Dictar una orden internacional, buscar en los aeropuertos y las estaciones... Eso ya es cosa de la Interpol, señora. Se sale de mis competencias.

—¿Y si lo encuentran?

—Pues si lo encuentran, chungo, como decimos en Roma.

Había perdido una hora al teléfono mientras intentaba en vano contactar con el jefe superior, que estaba en las pistas de Courmayeur, y mientras hablaba con el juez Baldi, quien, como era de esperar, delegó el asunto de Helmi en un colega. Sólo un terremoto lo habría hecho salir de su piso en domingo.

Tenía que ver a Patrizio Baudo, pero no estaba en la casa de Charvensod. La madre de Patrizio había mandado a Rocco a Sant'Orso, la iglesia tardogótica, una de las atracciones turísticas de Aosta.

Era la primera vez que Schiavone entraba allí, y se quedó embelesado admirando la hermosa nave central. Dentro también hacía un frío considerable, y, al respirar, el aliento coloreaba el aire. Oyó un crujido y por fin vio a Patrizio Baudo. Estaba rezando de rodillas, con los ojos cerrados y la frente apoyada en las manos entrelazadas y enguantadas. Rocco fue a sentarse cinco bancos más atrás, decidido a esperar para no interrumpir ese momento de intimidad. Levantó la vista al techo y contempló la selva de columnas que se entrelazaban en lo alto, sobre su cabeza. Después observó el trascoro barroco de tres arcos que dividía la nave central del coro; aunque saltaba a la vista que aquel tabique se había añadido en una época posterior: nada que ver con el tardogótico de la iglesia. Mientras estaba inmerso en esos pensamientos ociosos, oyó un frufú a su espalda. Se volvió. Había aparecido un cura, que le sonrió. Rocco le devolvió la

sonrisa. El religioso fue a sentarse a su lado.

—Es usted el subjefe, ¿no es cierto? —le preguntó.

—¿Me conoce?

—Por los periódicos. —Llevaba perilla y el pelo cortado a cepillo. Ojos claros y serenos—. Ha venido a hablar con Patrizio, ¿verdad? —añadió, señalando con la barbilla al hombre que estaba cinco bancos más allá, absorto en la oración.

—Sí, pero no quería molestarlo. En realidad, sólo necesitaba un pequeño dato.

—A lo mejor puedo dárselo yo.

—No, no puede —dijo Rocco, mirando al cura a los ojos.

—Celebraremos aquí el funeral de Ester. ¿Es usted el encargado del caso?

—Se podría decir que sí.

—¿Y hay alguna novedad?

—No, ninguna.

El cura esbozó una media sonrisa.

—Es usted una tumba.

—Dicho por un cura, no me parece el mejor cumplido.

En ese momento Patrizio Baudo se levantó, se santiguó y salió de la hilera de bancos. En cuanto vio a Rocco hablando con el cura, se le ensombreció el rostro. Se les acercó a paso lento.

—Buenos días, señor Baudo —lo saludó Rocco sin levantarse—. No he querido molestarlo.

—Buenos días, comisario.

—Es subjefe, Patrizio, ya no hay comisarios —apuntó el cura.

Baudo asintió.

—Es verdad —corroboró Rocco—. Por cierto, Patrizio, felicidades atrasadas. Ha sido su santo, ¿no?

—Sí... gracias, subjefe.

—Sólo he venido a enseñarle una cosa. —Rocco sacó la fotografía del broche con forma de pavo real—. ¿Lo reconoce?

Patrizio entornó los ojos.

—Claro que lo reconozco. Es el broche de mi abuela, el que le regalé a Ester —aseguró, y le pasó la foto al cura, que a todas luces se moría de curiosidad.

—¿Quién lo tenía?

—Un perista.

—¡Que le diga inmediatamente quién se lo llevó! —gritó Patrizio Baudo, con una voz que retumbó por las bóvedas tardogóticas.

—Ya sabemos quién fue —le respondió Rocco en un tono exageradamente bajo, como para devolver la paz a la casa del Señor.

—Ha sido él quien ha matado a Ester. ¡Ha sido él! —Patrizio estaba fuera de sí.

El cura lo miró y le dijo:

—¡Patrizio, tranquilízate!

—¿Cómo quiere que me tranquilice? Lo han cogido. ¿Quién es? ¿Quién es? Quiero saberlo.

—Cálmese, señor Baudo. Sólo he venido por lo del broche.

—No me lo puedo creer. Es la prueba que lo incrimina. Lo único que quiero es saber quién es.

—Se lo diremos, señor Baudo, no se preocupe. Estamos todavía en plena investigación, y lo siento, pero se trata de información estrictamente reservada.

—También la muerte de mi mujer es algo estrictamente reservado, pero está en boca de todos.

—¡Ya está bien, Patrizio! —intervino el sacerdote—. Estoy seguro de que el señor Schiavone está haciendo todo lo posible por encontrar al culpable.

El hombre pareció calmarse un poco al oír la voz de su pastor. Respiraba trabajosamente y se miraba las manos enfundadas en los guantes de cuero marrón.

—Perdóneme, señor Schiavone. Perdone...

—No pasa nada. Olvídelo. Estoy en medio de una investigación, señor Baudo, en la que está usted involucrado. Le ruego que por favor no insista y no se inmiscuya. Y ahora, si no le importa, vuelvo al trabajo.

—Llevo desde el viernes sin dormir. Y si me adormilo, sueño siempre lo mismo. —Patrizio se sentó en el banco—. Dos hombres entran en casa a robar, mi mujer los descubre y ellos la matan y luego la cuelgan como a una vaca sacrificada. Del gancho de la lámpara. —Se tapó los ojos con la mano—. ¿Fue así?

—No lo sé, señor Baudo, pero podría ser una reconstrucción válida.

—Si han cogido al ladrón, entonces se acabó la historia —intervino el cura.

—No exactamente. Hay un problemilla. Pero son asuntos internos. Ahora tengo que irme —cortó Rocco—. Me esperan unos días muy duros. Gracias por su colaboración, señor Baudo. Y gracias también a usted, padre...

El viento había abandonado por fin el valle y la temperatura había subido ligeramente. Tuvo la sensación de que hacía más calor fuera que dentro de la catedral.

Al salir de la iglesia, se quedó mirando la hermosa plaza, con el campanario y un tilo que, según informaba una placa, tenía más de quinientos años. La de cosas que habría visto aquel árbol... Quinientos años. «Un ser humano se volvería loco si tuviera que vivir tan sólo la mitad», pensó Rocco mientras, con las manos metidas en el loden, se encaminaba hacia el casco antiguo de Aosta.

La sala de visitas del centro penitenciario de Brissogne tenía cuatro manchas de humedad, una por esquina. Separados por una mesita, Rocco Schiavone y Fabio Righetti se miraban a la luz del único ventanuco en el silencio más absoluto. El muchacho tenía la cara pálida, y la cresta de indio hurón se le había aplastado. Estaba ahí, sin más, callado, mirando por turnos al subjefe y al suelo. A lo lejos, alguien abrió una reja. Rocco parecía estar apuntando algo con un bolígrafo en una hoja de papel, aunque en realidad garabateaba pintarrajos psicóticos. El bolígrafo corría dibujando espirales, letras, palabras sin sentido. Y el del bolígrafo por el papel era el único ruido de la habitación. Rocco puso entonces un punto, seco, levantó la vista y la fijó en Fabio, que lo observaba. El muchacho hizo ademán de masticar, cuando, de pronto, una chispa pareció refulgir en sus ojos. Se llevó la mano a la boca y se sacó el chicle, que pegó debajo de la mesa.

—¿Te lo guardas para luego? —le preguntó Rocco.

El muchacho asintió.

La puerta se abrió por fin y entró Riccardo Biserni, el abogado de Righetti. Traje y corbata, rondando los treinta y cinco, buena cara, rosada y saludable, y ojos azules e inteligentes. En cuanto entró, sonrió al subjefe.

—Perdona el retraso, Rocco, pero ya sabes cómo son los suegros...

Se dieron la mano.

—Qué me vas a contar, Riccà... Eso te pasa por querer casarte.

—¿Yo? ¿Estás loco? A mí me enredaron.

—Sería la primera vez que enredan a un abogado.

—Bueno, si te soy sincero, es un enredo agradable. En fin... —El abogado

se sentó al lado de su cliente—. ¿Cómo lo llevas, Fabio? ¿Todo bien? —le preguntó mientras abría el maletín y sacaba unos folios—. Papeleo para firmar. —Fabio asintió. Rocco se desperezó y volvió a su asiento—. ¿Cómo te tratan? ¿Bien?

—Bien. Estoy todo el día solo.

Riccardo miró al subjefe.

—¿Has sido tú?

Rocco asintió.

—No me parecía buena idea que se codease con cierta gente.

—Bueno, yo por lo general pongo la grabadora, pero esta vez no hace falta. Es sólo una charla amistosa, ¿no? —preguntó el abogado.

El policía volvió a asentir.

—Hemos cogido a Helmi Bastiany, Fabio —dijo de sopetón, escrutando la cara de Righetti—. Tu cómplice. —El muchacho bajó la mirada—. Y nos ha contado algunas cosas. Corrígeme si me equivoco, ¿vale? Vendisteis unas joyas con la idea de sacar dinero para comprarle mercancía a un camello y revenderla en el parque de la estación. ¿Correcto?

Fabio miró al abogado, que asintió lentamente.

—Pero no tuvimos que pagar por la coca que pillamos. Si nos iba bien, nos darían más.

Rocco no le preguntó quién le había dado la coca. En esos momentos, el objetivo era otro. Tenía que seguir con el farol. Y utilizó el as que tenía en la manga.

—¿A qué hora entrasteis en casa de los Baudo?

Fabio esbozó una media sonrisa.

—¿En casa de los Baudo? —preguntó a modo de respuesta.

—Helmi ha dicho que llegasteis a las siete y media. ¿Podrías confirmármelo?

—Yo nunca he estado en casa de los Baudo. Ni siquiera sé qué es eso.

—Pues te lo voy a decir: es la casa donde robasteis unas joyas y el broche que luego revendisteis a Gregorio Chevax para sacar dinero y comprar la coca.

—Ya le he dicho que no pagamos por la coca. No necesitábamos dinero.

—¿Y entonces para qué robasteis en casa de los Baudo?

—Yo no he robado en ninguna parte.

Faltaba la última arremetida.

—Mira, imbécil...

—Rocco... —intervino Riccardo, con cierto aire paternalista.

—Mira, imbécil —insistió el subjefe—, Helmi y tú entrasteis en casa de los Baudo, cogisteis las joyas, la señora os pilló y la matasteis. ¡La estrangulasteis! Y luego montasteis la escenita del ahorcamiento.

—Rocco, ¿de qué coño estás hablando? —Irrumpió el abogado—. ¿Estás acusando a Fabio de homicidio?

—Yo no, ha sido Helmi. Dice que la idea de fingir el suicidio fue suya.

—¡Yo no he matado a nadie! Pero ¿qué me está contando?

—Rocco, si piensas hacer una acusación así contra mi cliente, me veo en la obligación de interrumpir este diálogo amistoso y llevarlo a otro nivel.

—Riccardo, lo único que intento es ayudar a Fabio porque Helmi está echándole toda la mierda encima.

—No me obligues a recurrir al juez. Como salga de esta habitación...

—Helmi le hizo una foto con el móvil a tu cliente dentro del piso, Riccardo, mientras rebuscaba en el armario. ¿Lo entiendes? Lo único que intento es librarlo de la acusación de homicidio, ¡me cago en todo!

—¡Eran las nueve y media! —gritó Fabio Righetti, que dejó helados a sus interlocutores.

—Fabio, si no quieres hablar, no hace falta que lo hagas; estaría bien que antes tuviésemos unas palabras tú y yo.

—No, no tengo nada que esconder. Eran las nueve y media, no las siete y media.

Rocco se reclinó en el respaldo.

—Entonces, ¿Helmi miente?

—Pues claro que miente. Teníamos que haber entrado pasadas las siete, que era la hora a la que el señor Baudo salía con la bici. Pero pinchamos con la mierda de moto de Helmi y llegamos tarde.

—¿Tuvisteis que cambiar la rueda?

—Sí, en el taller que hay justo enfrente de la jefatura. Puede decírselo el mecánico, se llama Fabrizio.

—Estupendo, Fabio. Continúa.

El abogado respiraba trabajosamente, como un guepardo a punto de saltar, pero la situación había cambiado de forma radical. Rocco casi podía oír el cerebro del letrado esforzándose por reordenarlo todo.

—Entramos en casa de los Baudo a las nueve pasadas. Lo sé porque me llegó un mensaje al móvil.

—¿Cuándo hicisteis la copia de la llave del piso?

Fabio levantó la vista.

—Tres días antes. Helmi se la robó a Irina.

—Cuéntame qué pasó.

—Fuimos directos al dormitorio. Sabíamos dónde guardaban las joyas.

Riccardo Biserni escuchaba en silencio. Tomaba notas, pero ya estaba todo el pescado vendido.

—¿Y cómo lo sabíais?

—Una vez Irina le contó al padre de Helmi que el señor Baudo tenía una caja en el dormitorio y que ella le había aconsejado que instalara una caja fuerte, porque era peligroso dejar por ahí sueltas las cosas de valor.

—Y tenía razón. Sigue.

—Encontramos la caja con las joyas. Ya nos íbamos cuando, de pronto, oímos la llave en la cerradura.

—¿Irina?

Fabio Righetti asintió.

—Helmi y yo no sabíamos dónde escondernos. Nos metimos en el cuarto del fondo, que tenía la puerta cerrada.

Rocco miró al muchacho.

—¿Y qué había dentro?

—Yo qué sé. Estaba oscuro, y no encendí la luz para que no nos viera Irina.

—¿Y qué hicisteis luego?

—Oí que Irina llamaba a la señora. Pero ella no respondía, seguramente estaba en el mercado, como todas las mañanas. Y luego oí que Irina salía corriendo y pensé: «¡Mierda, se ha dado cuenta, nos ha visto!». Pero entonces Irina tropezó con algo y oí un ruido, se puso a gritar y cerró de golpe la puerta de la casa. Esperamos un poco y luego salimos los dos corriendo del piso.

—¿Cómo hicisteis para salir del bloque?

—Por el portal, no había nadie. Salimos corriendo y nos escondimos detrás de un coche. Irina había parado por la calle a un señor que iba con un perro.

Rocco se levantó de la silla.

—Estupendo, Fabio. Has estado de lujo.

—Yo no he matado a nadie. Y a esa señora no la he visto en mi vida, comisario.

—Subjefe —lo corrigió al instante Rocco—. ¿Sabes lo que había en esa habitación a oscuras?

—No...

—El cadáver de Ester Baudo, amigo mío.

Rocco y el abogado se miraron.

—¿Por qué ha mentido Helmi? —preguntó el chico.

—Escúchame, Fabio, te lo dije la primera vez que te vi. Para ser un gánster hay que tener madera. Y tú no la tienes. Quería oír lo que había pasado en esa casa y ahora voy a contrastar la información para comprobar si me has dicho la verdad. Si me la has dicho, entonces sólo se te acusaría de tráfico menor... y hurto... Aquí tienes a tu abogado, que sabe mejor que yo cómo van esas cosas. Pero yo haré un esfuerzo y diré que la idea fue de Helmi, que el cabecilla era él y tú, como mucho, su cómplice. Pasas unos meses a la sombra y luego estás otra vez fuera.

—Comisario, es la verdad.

—Como vuelvas a llamarme «comisario», hago que te metan la perpetua.

—Sí, jefe —se corrigió rápidamente Fabio.

—Ahora bien, como me hayas mentido y estés implicado en el homicidio, las cosas serán muy diferentes. —Miró al abogado—. Bueno, Fabio, ha sido una charla interesante. ¿Tu móvil?

—¿Para qué?

—Es importante. Me has dicho que recibiste un mensaje a las nueve del viernes. Eso es una prueba a tu favor, ¿lo sabías?

—Está requisado —intervino Riccardo.

—Le repito que yo le he dicho la verdad. Pregúntele también al mecánico.

—Tranquilo, se lo preguntaré. Gracias, Riccardo —se despidió, acercándose ya a la puerta.

El abogado llegó hasta él y le dijo en voz baja:

—Tú a Helmi no lo has cogido, dime la verdad.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas?

Rocco abrió la puerta y salió de la sala de visitas.

—¿Por qué no entraste ayer en la tienda?

—¿Me viste?

—Estaba en el bar de enfrente.

Parados en el rellano, Nora y Rocco se miraban con ojos cansados, dudando si entrar en la casa o seguir hablando allí mismo.

—Me has hecho pasar un cumpleaños horrible, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Y ahora te presentas en mi casa. ¿Para qué?

—Para pedirte perdón.

—Rocco Schiavone pidiendo perdón...

—No tienes muy buena opinión de mí.

—¿Y cómo quieres que la tenga?

—¿Entramos o nos quedamos aquí en el rellano?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Nora, y lentamente le cerró la puerta en las narices al subjefe.

Rocco se quedó mirando los nudos de la madera. Después respiró hondo, dio media vuelta y salió de la casa de Nora.

Fuera, la temperatura había bajado al compás del sol y una mano gélida apretó el pecho del policía.

—Qué asco de frío... —masculló con amargura mientras se abrochaba el loden.

No había dado ni dos pasos por la acera cuando el primer copo aislado de nieve descendió ligero ante sus ojos. Las farolas de la calle ya estaban encendidas, y bajo aquella luz amarillenta los copos volaban como polillas, a centenares, lentos y majestuosos. Le cayó uno en la mejilla. Rocco se lo secó. Alzó entonces la vista al cielo color acero y los vio abalanzarse sobre él por decenas. Surgían de la oscuridad y tomaban cuerpo a pocos metros de él. Se imaginó que estaba a bordo de una nave espacial, viajando a la velocidad de la luz, y que esos puntitos que iban a su encuentro eran en realidad estrellas y galaxias que él atravesaba, propulsado hacia las profundidades misteriosas del cosmos. Había luz en las ventanas de Nora. Y en el recuadro luminoso del salón la vio a ella observándolo, mientras jugaba a dejarse pellizcar por la nieve. Sus ojos volvieron a encontrarse. Y entonces, un movimiento en la ventana de al lado, la del dormitorio, atrajo la atención del subjefe. Una sombra tras las cortinas. Pasó veloz, pero no tanto como para dejar dudas sobre su naturaleza: era un hombre. Rocco se mordió el labio y, al instante, intentó ponerle nombre y cara al huésped. Levantó la mano derecha como para saludar a Nora y acto seguido movió la izquierda e hizo el gesto de abrir la ventana. Nora no lo entendió a la primera. Rocco repitió el gesto y esta vez ella le hizo caso, abrió la ventana y se asomó un poco, con la mano en el pecho para protegerse del frío. Rocco le sonrió.

—Yo creo que es el arquitecto Pietro Bucci Nosequé. ¿Me equivoco?

Nora hizo una mueca.

—¿Qué dices?

—¡Digo que creo que es el arquitecto Pietro Bucci Nosequé!

—Se llama Pietro Bucci Rivolta.

—¿Es él?

—¿Quién?

—El que está en el dormitorio.

Nora no respondió. Cerró la ventana y, al correr las cortinas, desapareció de la vista de Rocco. Menos de diez segundos después, apagó también las luces. «Ya, ya —pensó Rocco—, a las preguntas retóricas no se responde».

Los copos de nieve habían aumentado en número y ya no parecían estrellas que atravesara en una exploración cósmica, sino lo que eran: copos de nieve helada que se le metían por el cuello del abrigo y que acabarían dejando las calles como un manto helado y peligroso.

Era hora de volver a casa.

—En realidad, si te paras a pensarlo, existe un dios, ¿no? —me dice Marina.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Al que viola a las chiquillas.

Creo que está haciéndose una infusión, porque está metida en la cocina.

—Perdona, pero ¿qué tiene que ver ese hijo de perra con Dios y su existencia?

—No tiene que ver con ninguno de los dos, sino contigo.

Entra en el salón y va a apoyarse en la mesa. Tiene una taza en la mano. Sí, es una infusión.

—No te entiendo, Mari.

—Que digo que tiene que existir un dios porque al final te castigaron. Si lo piensas, te castigaron por la cosa más tonta que has hecho, pegarle a ese tío. — Tiene razón—. Como a Al Capone, ¿no? Que al final lo metieron en la cárcel por cuestiones fiscales y no por los cadáveres que había ido sembrando por Chicago. Guardando las distancias, a ti te ha pasado lo mismo, Rocco.

—Yo no he sembrado cadáveres.

—¿Ah, no? Párate a pensarlo.

No quiero pararme a pensarlo. No quiero pensar en nada.

—Vale, existe un dios. Pero ¿por qué te hace gracia que me hayan exiliado aquí?

Se ríe con ganas y saca su bloc de siempre. Lee la palabra del día.

—Alborada. ¿Sabes qué significa?

—No.

—Es la primera luz, la que trae el nuevo día.

—¿La aurora?

—Sí. Bonita, ¿eh?

—La palabra no tanto, suena rara.

—Pero la primera luz es bonita. Trae esperanza, porque antes o después llegará.

Vuelve a desaparecer. Siempre hace lo mismo. Pero he entendido perfectamente adónde quiere llegar. Todos los días es igual, aunque use expresiones o palabras que encuentra en el diccionario, siempre aluden al mismo problema. Como si yo no lo supiera. Pero me faltan las fuerzas. Y quizá también voluntad. Requiere una fuerza brutal. ¿Y quién dice que uno deba tenerla? ¿Quién dice que uno ha de ser capaz de seguir adelante? Yo ya encontré la horma de mi zapato. Aunque... mira los zapatos encima del radiador. ¡Cómo se han quedado! Y eso que todavía no ha acabado marzo. Me pregunto si también aquí llegará algún día la primavera. Pasado mañana es día 20, y a medianoche comienza la primavera. Pero por estos lares nadie se ha dado cuenta. Yo sí. Pasado mañana es el cumpleaños de Marina. Que nació justo a medianoche. Por poco no fue el 21. Pero, para mí, Marina y la primavera siempre han sido una misma cosa.

LUNES

La nieve que había caído toda la noche había cubierto las calles y los techos de los coches. Algunos copos rezagados revoloteaban por el aire, dudando entre posarse en una rama o en una farola. Rocco había dejado el coche en doble fila toda la noche, al lado de una furgoneta que llevaba más de seis meses aparcada en el mismo sitio. Tendría que haber llamado a los municipales para que retirasen el vehículo, pero ¿por qué renunciar a una cómoda plaza de aparcamiento en segunda fila justo debajo de casa? La furgoneta estaba bien donde estaba.

Con cuidado de no resbalar, llegó a su Volvo y entró en el vehículo. El denso vaho del exterior llenó de aire frío el coche. «Qué asco de frío», farfulló. Giró la llave, y los ciento sesenta y tres caballos del motor rugieron inmediatamente a sus órdenes. Puso la calefacción sin dejar de frotarse las manos, que los guantes de piel no lograban calentar. Tenía que pasar por el despacho para su oración laica de la mañana. Pero había cometido un error. Un descuido imperdonable. No había apagado el móvil, que sólo encendía pasadas las nueve. Y en ese momento empezó a sonar. Rocco pegó un salto, casi asustado: «Me cago en la...», masculló, mientras se lo buscaba en los bolsillos. Lo cogió, sujetándolo como si fuese una patata caliente.

Número oculto en la pantalla. Tenía que prepararse. Podía ser o una llamada comercial o el jefe superior.

—¿Sí?

—Dos a uno al Palermo en su campo no es ninguna tontería.

Era Andrea Costa, el jefe superior, regocijándose por el resultado de su equipo, el Génova, que había puntuado en Trinacria.

—Bueno, Schiavone, se abre ante nosotros una semana espléndida. ¡El

tiempo es favorable y las velas están desplegadas!

—Señor, tanto optimismo a esta hora de la mañana resulta cuando menos irritante —respondió Rocco.

—Venga, hombre. ¿Tiene algo que contarme sobre el caso Baudo? Le recuerdo que mañana tenemos una rueda de prensa.

—En la que no podré participar. Usted sabe tratar con los periodistas, les hace comer de su mano. Yo esas cosas no sé hacerlas.

—Esos cabrones... —masculló el superior.

—Créame, los hipnotiza, y ya puede contarles el cuento de Pulgarcito, que ellos se quedan contentos.

—Me halaga usted, Schiavone, pero, mire, yo tengo que dar algo de carnaza a esa gentuza. Dígame algo.

—Cómo no. Pruebe entonces a echar esto en las fauces del monstruo: el viernes en casa de la difunta había más tráfico que en la estación Termini. Además de la asistenta, había dos ladronzuelos dentro.

—Pero ¿qué me dice?

—Que entraron a robar en casa de los Baudo.

—¿Y sospecha que cometieron también el homicidio?

—¡Qué va! Son un par de pringados. ¿Quiere que le explique por qué no tuvieron nada que ver?

—No sé. ¿Es muy complicado?

—No mucho.

—Entonces voy a buscar un boli. —Se produjo una pausa en la que Rocco oyó claramente el histérico abrir y cerrar de los cajones del escritorio—. ¡Los bolígrafos! ¿Quién me roba los bolígrafos? —aulló el jefe superior—. Ya está. Lo escucho, Schiavone.

—Bueno, pues los dos chicos, de nombre Fabio Righetti y Helmi Bastiany...

—¿Helmi cómo?

—Bastiany.

—Bastiany. ¿De dónde es? ¿Albanés?

—De Egipto, señor. Los dos estaban allí para desvalijar la casa o, mejor dicho, para robar las joyas que sabían que había en el dormitorio.

—¿Y cómo lo sabían?

—Helmi es hijo del compañero sentimental de la asistenta, le robó las llaves, hizo copia y entró en el piso. Por otra parte, Ester Baudo, según el informe de nuestro diligente patólogo forense, murió como muy tarde a las siete y media.

Righetti, el cómplice de Bastiany, asegura que entraron en la casa a las nueve y media.

—¿Y si se lo está inventando?

—No creo. Lo he comprobado. A las nueve Helmi y él estaban cambiándole una rueda pinchada a la moto. Pero preste atención: al llegar la asistenta, la madrastra de Helmi, los rateros se escondieron y, según declara Fabio Righetti, asistieron a toda la escena de la fuga de Irina y su posterior encuentro en la calle con un exbrigada retirado, que fue quien nos llamó.

—¿Eso qué significa?

—Que Irina entró en la casa a las diez. Y que, a esa hora, los chicos estaban dentro.

—¿Y no pudo la madrastra, la asistenta, habérselo contado todo luego?

—¿Cuándo? No, no creo. Righetti incluso me ha asegurado que la mujer tropezó con «algo» y que abajo, en la calle, se paró a hablar con un hombre que llevaba un perro con correa. Mire, he aprendido que cuando uno es presa del pánico, como era el caso de Irina, no suele contar las cosas abundando en detalles. De hecho, ciertos pormenores ni siquiera los recuerda. Y ahora yo me pregunto: si Righetti y Helmi mataron a Ester Baudo a las siete y media, ¿qué demonios estuvieron haciendo en la casa durante tres horas?

—¿No fingieron el suicidio?

—¿Tres horas para colgar un cadáver de un gancho? Vale, sumémosle el miedo, la tensión, sumémosle el susto, sumémosle que tuvieron que pensar en una solución. Pero, en mi opinión, una hora y media es tiempo más que suficiente. Tres horas es demasiado. Además, tenemos al del taller, que recuerda perfectamente a los dos imbéciles medio congelados en la moto con la rueda pinchada.

—Hum, estoy de acuerdo. Los horarios no cuadran. ¿Cómo ha llegado a estas conclusiones?

—Porque Helmi me llevó directo a Gregorio Chevax, que es un...

—Ya sé quién es —lo interrumpió Costa—. ¿Ha vuelto a las andadas? ¿Sabe que fui yo quien lo detuvo la primera vez?

—Sí, ha vuelto a las andadas. Helmi le llevó el botín de casa de los Baudo. ¿Lo ve? Ya tiene algo que comentar con los periodistas. Y, en cualquier caso, dentro de un rato se pasará por su despacho la inspectora Rispoli con un informe de los hechos. Así lo tendrá todo negro sobre blanco.

—¿Y el tal Helmi dónde está?

—Ése es el único punto espinoso. Ha huido. Creemos que al extranjero. Si le echa un vistazo al papeleo de ayer, verá que ya hay una orden de captura internacional contra el chico.

—Joder... ¿Y por qué ha huido?

—Por agredir a un policía. Porque debe dinero a gente sin escrúpulos que le ha pasado droga y porque sabía que tarde o temprano llegaríamos hasta él, puesto que a su cómplice le va a caer un juicio exprés en breve.

—¿Sabe dónde puede estar?

—No. Incluso es posible que se haya ido a Egipto con su madre. Pasando por Suiza, creo. ¿Tenemos tratado de extradición con Egipto, señor?

—Eso habría que preguntárselo al fiscal. Así, de memoria, me parece que no han firmado ningún protocolo con Italia. Pero, insisto, hablo de memoria. Se lo agradezco, Schiavone. ¿También trabaja usted los domingos?

—Cuando no hay más remedio. Tampoco es que en esta ciudad haya mucho que hacer, la verdad.

—Tendría que aprender a esquiar. Entonces sí que le gustaría este sitio.

—Me lo pensaré, jefe.

—Entonces, ¿no lo veré en la rueda de prensa?

—Si tuviera la amabilidad de eximirme, yo se lo agradecería. Lo cierto es que estoy detrás de una pista bastante segura.

—Pues a trabajar, Schiavone. Manténgame informado. De esa gentuza, de los gacetilleros, ya me encargo yo. Ah, y acuérdesese de lo del delegado del Gobierno a finales de abril y la carrera ciclista.

—Claro, ya estoy trabajando en ello.

—Estupendo. Parece que esos chupatintas no piensan en otra cosa. Mal rayo los parta.

La herida en el corazón del jefe superior seguía sin cicatrizar después de tantos años. El abandono del hogar por parte de su mujer por un editorialista de *La Stampa* era aún una llaga abierta y sangrante en el corazón de Andrea Costa. Y quizá nunca cicatrizaría.

Rocco aparcó delante de la jefatura, en su plaza reservada. Caminando de puntillas, concentrado en dónde ponía los pies, avanzó hacia la entrada. El agente Scipioni, que salía en ese momento, le sonrió nada más verlo.

—¿Tiene miedo de pisar una caca de perro, jefe?

—No quiero que se me mojen los Clarks, imbécil.

—Pero ¿cuándo se va a comprar unos zapatos decentes?

—El día que tú dejes de meterte donde no te llaman. —Replicó Rocco, con la mirada fija en la acera embarrada de nieve.

Scipioni, en cambio, con sus botas anfibias, atravesó el manto de nieve igual que un barco rompehielos.

—Voy al bar. ¿Quiere un café?

—No, gracias, Scipiò. Por cierto, el Palermo...

—Vamos a dejarlo.

—Vale, pero tengo que hacerte una pregunta.

Scipioni se detuvo y miró al subjefe.

—Dígame, jefe.

—¿Eres siciliano?

—Por parte de madre. Mi padre es de Ascoli Piceno.

—¿Y cómo llevas lo de vivir en Aosta?

Scipioni caviló unos segundos.

—Desde el punto de vista laboral, bien. Me caen simpáticos los compañeros e incluso los jefes.

—Gracias.

—Y desde el punto de vista del clima, también. Me encanta el frío. La que sufre y preferiría un destino con mar es mi mujer.

—¿Ella también es siciliana?

—Qué va, es de Saint Vincent.

Rocco se quedó mirando al agente Scipioni.

—¿Nació aquí y no le gusta?

—Cosas que pasan...

Schiavone subió las escaleras negando con la cabeza y entró por fin en la jefatura. Caminaba deprisa para evitar el encuentro matutino con Deruta; con D'Intino no había peligro, porque, que él supiera, seguía en el hospital. Atravesó a toda prisa el pasillo y se refugió en su despacho.

Nada más entrar se encontró con una nota. Probablemente, de Italo: «Ha llamado De Silvestri, de Roma. ¡Es urgente!».

Rocco ni siquiera se sentó. Levantó el teléfono y llamó a la comisaría Cristóbal Colón de Roma. Respondió el propio De Silvestri, quien evidentemente estaba aguardando la llamada.

—¿De Silvestri? ¿Qué hay, qué ha pasado?

—Jefe... ¡Lo ha vuelto a hacer!

Rocco colgó el auricular y con todo el aire que tenía en los pulmones chilló:

—¡Italo!

Llovía. Las luces de la ronda principal se reflejaban en el asfalto mojado. Los limpiaparabrisas del taxi se afanaban en despejar el agua del cristal, mientras las gotas redoblaban como tambores enloquecidos contra el techo del vehículo.

—Vaya tiempo, ¿eh? —comentó el taxista.

—De locos.

—¿Lo dejo en via Poerio, entonces?

—¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—Exacto. En el número doce.

Rocco sacó el móvil. Buscó en la agenda el teléfono de Sebastiano.

—¿Seba? Soy yo.

—¿Dónde coño estás?

—En un taxi. Estoy en Roma.

—Hum... ¿Nos vemos?

—Esta noche. En Santa Maria. Avisa también a Brizio y a Furio.

—Recibido. ¿A las ocho?

—Perfecto.

Había regresado a Roma, a su ciudad. Pero, a pesar de los meses que llevaba fuera, no sentía nada. Rabia. Sólo rabia.

Y mucha.

El subjefe abrió la puerta de su piso, pero no entró inmediatamente. Se demoró en el umbral, observando. Un trueno eructó a lo lejos. Sólo entonces encendió la luz y se decidió a entrar.

Olor a cerrado. Los muebles, lúgubres y tristes bajo sábanas blancas. El frigorífico abierto y vacío, con paños de cocina por el suelo. Las alfombras enrolladas y escondidas detrás de los sofás. En un cenicero, una colilla. Rocco la cogió. Un Diana. Señal de que Dolores, la mujer que iba a limpiar una vez a la semana, había hecho un descanso en el sofá. Entró en el dormitorio y abrió el

armario. Sólo estaban sus chaquetas de verano. Y la ropa de Marina, metida en fundas de plástico. Tocó las prendas, una por una. Cada vestido le traía recuerdos. La boda de Furio. La cena por el ascenso del sobrino de Marina. La jubilación de su suegro. El último vestido era el rojo. El de la boda. Sonrió. Se acordó de la ceremonia en el ayuntamiento. Marina con el vestido rojo, él con pantalones verdes y camisa blanca. Laicos. Patrióticos. Italianos.

—¡Menuda borrachera me pillé en nuestra boda! —exclamó en voz alta.

Se giró. Pero sólo vio la cama cubierta con un plástico transparente. Salió del cuarto y volvió al salón.

En el ventanal de la terraza, jaspeado por las gotas de lluvia, se reflejaba toda la casa. Rocco apoyó la frente en la cristalera. Miró fuera. Un relámpago iluminó las cúpulas de las iglesias y las siluetas de los tejados de Roma. Parecía que se hubiera traído de Aosta las nubes que amenazaban la ciudad. El agua que vomitaban los canalones estaba transformando su terraza en una piscina. Distinguió la sombra de las plantas de Marina, amontonadas en un rincón. El limonero estaba tapado por una lona, debajo del techado de madera, junto con las rosas. Por lo menos, la portera cumplía. Aquellas plantas no debían morir. Sobre todo el limonero. Sintió un zarpazo en el corazón, y se le encogió el estómago. Cogió un paraguas del paragüero de la entrada y salió de la casa sin apagar las luces. Tal vez hubiera llegado el momento de vender aquel ático. Allí ya no había nada que le perteneciese. Le vino a la mente una película que había visto hacía muchos años en la que las pinturas de una tumba romana recién profanada se deshacían al contacto con el aire fresco, desvaneciéndose hasta desaparecer, mientras el cuerpo de una misteriosa esclava se desintegraba y sólo dejaba sobre el altar funerario unos jirones de tela y unas cuantas sortijas. Cerró la puerta sin echar ni una vuelta de llave. Total, no había nada que robar.

En marzo puede pasar, al menos en Roma, que lo que se había anunciado como un nuevo diluvio universal se aplaque de pronto y todo vuelva a la normalidad, dejando sólo calles anegadas, árboles arrancados y una cantidad industrial de accidentes, con la consiguiente saturación de las Urgencias de la ciudad. Huele a una mezcla de excrementos de ave, gases de escape, fritura y hierba podrida. Las motos vuelven a zumbar por las calles cual golondrinas en primavera, y los camareros reaparecen a las puertas de los restaurantes a la caza del turista. Por lo menos, en el Trastévere.

Rocco estaba bebiéndose una cerveza a la mesa de una terraza, debajo de una estufa de exterior, mientras esperaba a sus amigos. Eran las ocho cuando aparecieron, puntuales, por via Lungaretta. Sebastiano, alto, inmenso, con el pelo largo y rizado mantenido a raya con un gorrito de lana. Furio, flaco y nervioso, con las manos siempre en los bolsillos y una calva en la que se reflejaban las farolas. Iban mirando a su alrededor. No porque estuviesen tensos: mantenerse siempre en estado de alerta era una costumbre. Deformación profesional. Sus amigos de toda la vida avanzaban escrutando incluso el cielo, como si el peligro pudiera llegar desde arriba. *Ursus arctos horribilis* y *Acinonyx jubatus*. En cristiano, «oso grizzly» y «guepardo». Una bonita pareja. A la altura de la fuente ya habían detectado a Rocco, que los esperaba en la terraza. El subjefe se puso de pie y abrió los brazos de par en par, como el Cristo del Corcovado. Seba y Furio le respondieron con una sonrisa. Y se abrazaron con la violencia de una melé de rugby. Los tres. El corazón de Rocco volvió a latir.

—¿Te has sentado fuera para dártelas de curtido en los climas nórdicos? —le preguntó Furio.

—Me he sentado fuera porque dentro hay demasiada gente, y, aparte, tampoco hace tanto frío.

—¿Ah, no?

—Pues no. Y porque estoy en Roma, y en Roma hay que sentarse en la calle y además quiero ver los mosaicos de Santa Maria. ¿Te parece?

—Tú estás fatal —dijo Sebastiano, al tiempo que se quitaba el gorro de lana. El pelo largo y rizado se desparramó—. Voy a pedir un par de cervezas. —Se levantó, arrastrando la silla.

Rocco miró a Furio.

—¿Cómo estás?

—Ya ves. Tirando. ¿Y tú?

—Igual. Tirando. ¿Cómo es que no ha venido Brizio?

—Está en Albano. A la suegra le ha dado un ictus. Ahora habla de medio lado.

—Qué marrón.

—Ya te digo. Aparte de hablar de medio lado, no se acuerda de una mierda. Y como Stella se ha ido una semana a unas prácticas de corte y peinado, a Brizio le toca hacer de canguro. Me ha contado que ayer la suegra lo confundió con el fontanero.

—Y pensar que, de joven, la madre de Stella cortaba el hipo... —dijo Rocco.

—Pues sí —replicó Furio—, y no te mentiré: yo las primeras pajas me las hice pensando en ella.

—No eres el único. En verano era para ponerse malo. ¿Te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? Con aquellos vestiditos de flores y aquellos melones que parecía que le iban a estallar. Y ese pelo negro, largo, esos labios... Mira, para serte sincero, yo creo que Brizio se casó con Stella por una transferencia con su madre.

—Pero ¿qué os ha dado con el rollo ese de la transferencia, Furio?

—¿Por?

—Brizio también le dijo a Seba que Adele se lió con el Corbatas por una transferencia con la figura paterna.

—¿Lo ves? ¡Si él mismo lo dice...! Es que es así, Rocco. Brizio está con Stella influido por el recuerdo de su madre. No es de piedra, ¿o qué te crees?

—Lo que creo es que estás fatal.

—Una vez, debía de ser agosto, la madre de Stella se paró en la fuente de la piazza San Cosimato y se puso a enjuagarse la cara. Pero se le mojó también el vestido, y no llevaba nada debajo. ¡Se le veía todo! Hasta los pezones, cada vez que respiraba parecía que iba a desbordársele todo el tema. Brizio y yo estábamos allí con las bicis y nos la comíamos con los ojos. Ella se dio cuenta, nos miró con sus ojos verdes y nos sonrió. Incluso nos hizo un guiño. Y a la cabrona no se le ocurre otra cosa que darse la vuelta y agacharse para refrescarse la nuca. Tampoco llevaba bragas, para tu información. Brizio y yo subimos corriendo a casa, nos metimos en el baño y...

—Vale, vale, Furio, me hago una idea. Me estás poniendo cachondo.

—¿Sabes una cosa, Rocco? La vejez no debería existir para las mujeres.

—Es verdad. La vejez es cosa de hombres. Por cierto, ¿cómo está Sebastiano?

—Te contó lo de Adele, ¿no?

—Pero ¿es cierto que se ha liado con Roby Gusberti?

Furio sonrió.

—Exagera. Dice que se los encontró en la cama, pero eso es mentira. Estaban en el salón tomando café. En realidad, Sebastiano ha puesto mucho de su propia cosecha. Pero es verdad que Adele está hasta los cojones. Seba tiene que comportarse.

—¿Y tú qué?

—Yo, como siempre: ¡libre como el viento!

Sebastiano volvió con las cervezas.

—¡Salud! —exclamó, dejando caer su corpachón en la silla.

Brindaron. Después de un generoso trago, Sebastiano se limpió la barbilla con la manga de la cazadora.

—Bueno, Rocco, cuéntanos.

El subjefe los miró.

—En pocas palabras: Giorgio Borghetti Ansaldo...

—¿Ése quién coño es?

—El que va por ahí violando chiquillas.

—¡Ah! —exclamó Furio—. ¿El del padre que te mandó a Aosta?

—Sí. Ha vuelto a hacer de las suyas.

Furio se echó la mano al bolsillo y sacó un cigarrillo. Sebastiano se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Qué quieres hacer? —se interesó Furio mientras se encendía el Camel.

—Pararle los pies.

—¿Quién sabe que estás en Roma? —preguntó Furio.

—Nadie. Sólo Italo, Sebastiano lo conoce.

—Sí, el agente espabilado. Un tío legal —confirmó Seba.

Furio dio una calada profunda.

—Pero sería mejor que tú te quedaras al margen, Rocco —dijo, expulsando el humo.

—¿Y eso por qué?

—Porque, como te pillen, esta vez no te mandan a Aosta, sino directamente a Rebibbia.

—Y un agente en Rebibbia no dura mucho —añadió Sebastiano—, tú lo sabes mejor que yo.

—¿Quieres meterle miedo a ese chaval? ¿Cómo se llamaba? ¿Giorgio?

—A lo mejor no me he explicado bien, Furio. Quiero pararle los pies de una vez por todas.

Su amigo asintió.

—¿Y cuándo hay que actuar?

—Como muy tarde, mañana.

Furio apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Danos más datos.

—Tengo una persona que controla todos los movimientos del cabronazo —comenzó Rocco—. Pillarlo será fácil.

—¿Quién?

—De Silvestri.

—Pero ¿ése no es policía? —preguntó Sebastiano.

—Sí. El mejor.

—¿Y no es un poco arriesgado?

—No. El mierda ese también le ha puesto la mano encima a su sobrina.

Estoy aquí porque me llamó él.

Los dos amigos asintieron.

—Cuenta...

MARTES

—Tenga, señor, el café... —susurró Conchita, removiendo el líquido con la cucharilla.

El tintineo ligero y continuo hizo que Fernando Borghetti Ansaldo abriera los ojos de par en par.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media —respondió la peruana, dejando la tacita sobre la mesilla de noche.

El subsecretario de Exteriores se dio la vuelta. Su mujer ya no estaba en la cama. Mientras la asistenta salía sin hacer ruido de la habitación en penumbra, Fernando se tomó el café de un sorbo. Lo encontró caliente, rico y tonificante. El café moca era, y siempre sería, superior a las cápsulas, decía y repetía a todo el mundo el diputado, quien, de haber estado en el departamento de Industria, habría prohibido la producción y comercialización de esas horribles máquinas escupebebajes. Se levantó, se restregó la mano por la cara y se dirigió lentamente al baño.

Abrió el grifo de la ducha. Mientras esperaba a que el agua se calentara, se miró en el espejo. Tenía que hacer algo con su barriga. Estaba poniéndose como una bola; de perfil, parecía embarazado. Y también el pelo había desertado casi por completo de su cráneo. Pero no se decidía a hacerse un trasplante; y menos aún a ponerse un peluquín. Tenía que hablar en público a menudo y sabía que, bajo los focos, el pelo postizo adquiere unos matices inverosímiles que anuncian a los cuatro vientos su artificialidad. Quedaba como el culo, y no podía soportarlo. Mejor ser calvo. Se quitó los pantalones del pijama para meterse en la ducha.

—¿Fernando? —Era Roberta, su mujer.

—¿Qué quieres?

—Que Giorgio tampoco ha vuelto esta noche.

—¿Cómo que no ha vuelto? ¿Y dónde está?

Roberta se apoyó de brazos cruzados en el marco de la puerta.

—Ayer salió con unos amigos a tomarse una pizza.

—Pues llama a sus amigos, ¿no?

—Ya los he llamado.

—¿Y el móvil?

—Apagado.

—Bueno, seguro que se habrá ligado a alguna chica guapa... Tiene treinta años, Roberta, es normal.

—Pues yo espero que no, la verdad.

Los ojos de los cónyuges se cruzaron. Estaban de nuevo en ese punto en que a uno le era imposible hablar y al otro escuchar. Bajaron la mirada a la vez.

—¿Té o leche? —preguntó Roberta.

—Leche con un chorrito de café. ¿Hay cruasanes?

La mujer asintió y desapareció. Fernando se metió en la ducha.

El agua tibia lo devolvió lentamente a la vida. ¿Dónde coño se había metido Giorgio? En realidad, la sola idea de que estuviera en la calle se le hacía insoportable. Y empezaba a querer borrarlo de su mente y de sus pensamientos.

¡Ojalá no hubiera nacido!

Sabía que un buen padre se habría puesto a hacer llamadas hasta dar con su hijo. Pero a las nueve tenía una reunión importante en el ministerio.

—No puedo anteponer mis problemas personales a los asuntos de Estado —dijo a media voz.

Aunque no estaba pensando eso. En realidad, pensaba: «No voy a hacer el gilipollas buscando a ese idiota. Que se encargue su madre, que no trabaja ni pega golpe en todo el santo día, ¡hostias! Así tendrá algo que hacer hoy».

Fernando había adquirido esa costumbre: en la ducha o en el coche, es decir, cuando estaba solo, hablaba en voz alta, como si un periodista estuviera apuntándolo con el micrófono, dispuesto a entrevistarle. Había descubierto que era una buena forma de entrenarse para ser capaz de improvisar una historia creíble. Para defender su respetabilidad. Y las cosas que decía eran siempre políticamente correctas, retórica pura, rayana en lo ridículo. Tenía que aparentar ser un hombre justo, coherente, al servicio de su país, atento a las necesidades de la comunidad que lo había elegido. En resumen, por mucho que sus

pensamientos apuntaran al norte, lo que salía de su boca debía apuntar forzosamente al sur. Era un entrenamiento para las cámaras de televisión, una técnica que depuraba a diario, cada vez más.

—Y después de la reunión tengo el almuerzo con la delegación malaya. Entre nuestros países siempre ha existido un profundo sentimiento de respeto y estima mutuos. Será una reunión importante, tanto desde el punto de vista político como humano.

En realidad, en su cabeza, el diputado Borghetti Ansaldo estaba pensando: «Voy a tener que sentarme a la mesa con esos cuatro monos malayos que me la soplan, y convencerlos de que no suban los impuestos del turismo y proporcionen a nuestros *resorts* los servicios que les han pedido».

—La reunión se alargará, tal vez hasta bien entrada la noche. No, desde luego que no puedo ocuparme de los caprichos de Giorgio.

Traducción: «Yo, después de la comida con los malayos, que con suerte no durará más de una hora, he quedado con Sabrina. Y no es por nada, pero, entre Sabrina y el descerebrado de mi hijo, la balanza se decanta irremediamente por los muslos de la primera».

Sólo de pensar en los muslos de Sabrina tuvo una erección. Ya se la imaginaba tendida en el sofá de cuero de su despacho en el centro, pagado por los contribuyentes. Ésa sí que era una cita inaplazable. Porque ese martes 20 de marzo, víspera de la llegada de la primavera, iba a ser un día histórico. Era el día en que Fernando Borghetti Ansaldo iba a dar un giro antológico a aquella aventura con Sabrina: iba a pedirle oficialmente el culo.

El immaculado BMW, un monovolumen con tan sólo veinte mil kilómetros, arrancó a la primera. Podría haber aprovechado su estatus y haber pedido escolta, pero ir luego a pie desde el ministerio al estudio para la cita con Sabrina no era una opción. Y no había que descartar que, después del coito, la chica tuviera el capricho de salir a dar una vuelta por los castillos, para comer y beber hasta bien entrada la noche. Necesitaba el coche. Las puertas del garaje se abrieron, Fernando saludó a Amerigo, el portero, y se internó en la avenida Océano Atlántico. Había tráfico. Se quedó mirando los coches, que avanzaban a paso de tortuga.

—La idea es ofrecer a los ciudadanos la posibilidad de desplazarse mediante

la potenciación de la red pública —decía a media voz—. Las inversiones en autobús y metro de la capital no interesan sólo a la ciudad, sino a todo el país. Es hora de dar a los romanos la posibilidad de ir a trabajar sin tener que utilizar a la fuerza su propio vehículo, con el consiguiente y notable incremento para las familias del gasto en gasolina, seguro, impuesto de circulación y mantenimiento...

En realidad, por dentro estaba maldiciendo a todos aquellos soplapollas sentados al volante, gente inútil que, si se quedara en sus casas, no cambiaría nada. No son más que parásitos, unos perros que, en cuanto pueden, se montan en el coche para hacer cola como idiotas e ir a tomar café con sus amigos jubilados, o para ir a casa de la madre o de los hermanos, o a ver escaparates en centros comerciales.

—*It's a pleasure to meet you, Mister Joro Bahur... Mister Melaka, how is your wonderful daughter?...* —«Esa vaca de nariz chata que huele a fritanga»—. *Mister Sibü, uno de estos días tengo que llevarlo a un típico restaurante romano... para que pruebe los espaguetis cacio e pepe... wonderful!*

—Pero ¿qué coño estás diciendo? —Una voz ronca y fría como un cuchillo resonó a sus espaldas.

Fernando se sobresaltó. En el asiento trasero había un hombre enorme con un gorro de lana y unas Ray-Ban.

—¿Quién... quién es usted? ¿Cómo ha entrado en el co...?

—Ni una palabra más, y en la próxima dobla a la derecha —le ordenó el grandullón.

—Yo soy...

—Ya sé quién eres. Te he dicho que gires a la derecha, así que deja de tocar los cojones.

Fernando Borghetti Ansaldo obedeció. El sudor le bajaba por la espalda. Tenía miedo de mirar a aquel intruso por el espejo retrovisor. Tenía miedo de hablar. Hasta de cambiar las marchas. Se había quedado como petrificado.

—Frena, imbécil, que hay un semáforo.

Era verdad. Pegó un frenazo y paró en el stop por los pelos. Respiraba entrecortada y fatigosamente, como si alguien hubiera vaciado todo el oxígeno del vehículo. Intentó levantar la mirada hacia el retrovisor, cuando de pronto se abrió la puerta del copiloto y entró en el coche otro hombre, calvo y también con Ray-Ban.

—Buenas, señor Borghetti. ¿Cómo va eso?

El subsecretario miró al recién llegado con los ojos desencajados por el terror.

—Está verde —le dijo con calma el calvo.

Detrás, un claxon le hizo pisar el embrague. Reemprendió la marcha por la gran arteria de la avenida Cristóbal Colón.

—¿Dónde... por dónde voy?

—Sigue recto.

Sólo entonces Borghetti Ansaldo se dio cuenta de que el hombre de al lado tenía una pistola enorme sobre las piernas. Y lo miraba tras las lentes oscuras de las gafas de sol. «¿Será posible? —pensó—. ¿Está pasándome a mí? ¿En plena ciudad? ¿Dónde se mete la policía? Virgen Santa, ¿qué está pasando? ¿Qué es lo que pasa?».

—Toma la ronda en dirección a Cassia —le ordenó el de la pistola.

—Me esperan en el ministerio. —Reunió valor para decir—. Si no me ven llegar, avisarán a la policía y...

—Tú no te preocupes —le contestó con voz cavernosa el que iba detrás—, que no nos llevará mucho tiempo. No pases de noventa y haz lo que te digamos.

—¿Me... me están raptando? —Los dos hombres no se molestaron en responder—. Entonces, ¿qué quieren?

—Haces demasiadas preguntas, gordinflón. Conduce y calla. Y no quites las manos del volante.

Fernando Borghetti Ansaldo tragó la bola de polvo seco que tenía en la garganta, se enjugó la frente y siguió, concentrado en la carretera, por el carril de incorporación a la circunvalación.

—Por la ronda principal es posible que nos crucemos con coches de la policía —dijo el melencuado de detrás—, pero ¿sabes qué, Borghetti? Si intentas alguna jugarreta, como hacer luces, frenar, acelerar o tocar el claxon, aquí mi amigo te pega un tiro. En la barriga. Así tendrás una muerte lenta y dolorosa. Los tiros en la barriga duelen.

Sin embargo, en lo último en que estaba pensando el subsecretario era en hacerse el héroe. Ya había decidido inconscientemente que obedecería y rezaría por que esos dos hombres no le hicieran mucho daño.

—¿Queréis dinero? —Ninguna respuesta—. ¿Queréis que os haga algún favor? Tengo bastante influencia en...

El calvo le pegó una colleja.

—Que conduzcas y te calles.

Humillación. Ni siquiera en el colegio, en primaria, le habían pegado nunca una colleja. Una colleja se le da a un hijo indisciplinado o a un alumno desobediente. No a un respetado subsecretario miembro del partido mayoritario, un gobernante ante el cual los carabineros se cuadraban. Después lo entendió. Lo entendió todo. Una sigla con la horrible estrella de cinco puntas se le apareció en la mente, junto al retrato del gran estadista democristiano encerrado en un zulo a la espera de ser ejecutado. «Bueno, venga», pensó.

—Si mi sacrificio es necesario, que así sea. Estoy preparado.

—¿De qué coño hablas?

—Sois terroristas, ¿no? ¿Qué sois, comunistas?

Los dos hombres se echaron a reír.

—No eres tan importante, capullo. Coge la via Aurelia y cierra el pico, bocazas.

No, no eran de las Brigadas.

Se quedó un poco chafado.

—¿Sabéis que este coche tiene un sistema antirrobo conectado vía satélite con los carabineros? Y cuando no me vean en el ministerio, se dispararán las alarmas y lo localizarán enseguida y nos encontrarán y...

Levantó la vista. En el espejo retrovisor, el grandullón barbudo tenía en la mano un artefacto del que salían decenas de cables eléctricos de colores.

—Ahora agradeceríamos un poco de silencio. Limítate a conducir.

Borghetti Ansaldo obedeció.

Campo abierto y no lejos del mar. Casas abandonadas en medio de tierras sin cultivar de las que surgían olivos que llevaban años sin ver una buena tala. Barro por todas partes. El BMW bregaba por aquel paisaje desolado pegando botes con cada socavón del camino sin asfaltar. Los amortiguadores chirriaban y los neumáticos levantaban el agua de los charcos. De vez en cuando aparecía por la cuneta un trozo oxidado de tractor o bolsas de plástico viejas y astrosas.

—¿Dónde... dónde estamos? —preguntó el subsecretario, rompiendo el silencio.

—Municipio de Testa di Lepre —dijo el que iba a su lado con la precisión de una guía turística.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó el político, pero no obtuvo respuesta.

Después respiró aliviado: si hubieran querido matarlo, ya lo habrían hecho, se dijo.

—Allí... en aquella nave —le señaló el calvo.

Borghetti Ansaldo puso el intermitente sin necesidad alguna y dejó la pista rural para tomar un atajo invadido por la hierba que daba a una vieja nave abandonada.

—Abajo.

Charcos y fango por doquier. Bajo un cobertizo de fibra de vidrio había una vieja Vespa sin sillín, dos enormes ruedas dentadas de tractor y unos muebles destartados. Los cristales de todas las ventanas de la nave estaban rotos. En la pared, alguien había escrito a brocha: «¡Viva el Casalotti!».

—¡Entra! —le ordenó el grandullón, abriendo una puerta de hierro que chirrió por los goznes.

Era un espacio diáfano de unos cien metros de largo. Por el tejado vencido caían gotas de agua y se veía el cielo. Unos pilares de cemento soportaban la estructura. Olía mal, a orín y a tierra mojada. Fernando Borghetti Ansaldo vio entonces a alguien sentado delante de un pilar. Con la cabeza gacha, caída. Parecía desmayado. Pero, a medida que se fue acercando, la figura tomó forma. El hombre tenía las manos atadas por detrás. Vaqueros, zapatillas de deporte y una sudadera en la que ponía «Harvard University». Fernando la reconoció al instante: se la había comprado a su hijo hacía tres meses, en uno de sus viajes a Estados Unidos.

—Giorgio... —dijo con un hilo de voz.

Los dos hombres lo obligaron a detenerse a pocos metros de su retoño. De detrás de la columna, con el sigilo de un fantasma, apareció un tercer hombre con gorro de lana y gafas. Abrigo negro, guantes y unos Clarks en los pies.

—Aquí está Giorgio. Giorgio, saluda a papá.

El hombre obligó al joven a levantar la cabeza cogiéndolo de la barbilla. La luz que entraba por las ventanas de cristales rotos iluminó la cara de Giorgio Borghetti.

Sangre en la boca y en la nariz. Giorgio abrió mínimamente los ojos. Sonrió. También tenía los dientes ensangrentados.

—¿Qué... qué le habéis hecho?

—Poca cosa, créame —le dijo el recién llegado, que debía de ser el jefe de la

banda—. Pero resulta que esta basura humana ha metido la polla donde no debía. Usted sabe a qué me refiero, ¿verdad? —El subsecretario no respondió—. ¡¿Lo sabe o no?! —le gritó el hombre. El diputado asintió tres veces con la cabeza—. Vale, pues entonces aquí mis amigos y yo vamos a darle una última oportunidad: o este soplapollas deja de meterla o la próxima vez seremos muy malos.

—Porque nosotros somos muy malos, ¿entiendes? —apuntó el grandullón que tenía a la espalda.

—¿Qué... qué debo hacer?

—Eso nos lo tiene que decir usted —contestó el jefe del grupo—. Mire, mis amigos estaban sugiriendo que le cortásemos la polla y le arrancásemos los huevos. Cosa justa y pertinente, por supuesto, pero en el fondo somos gente razonable y hemos pensado darle otra oportunidad.

—Podría internarlo y...

—Haga lo que le parezca. Pero se lo advierto: si nos obliga a repetir lo de hoy con su hijo, en comparación, esto habrá sido una jornada apacible.

—Comprendo —dijo el diputado con un hilo de voz.

El sonido de las gotas que caían del tejado a los charcos colmaba el silencio.

—Papá, vámonos a casa, por favor —dijo de pronto Giorgio.

Pero Fernando Borghetti Ansaldo no sintió la más mínima compasión. Miró a su hijo, a la sangre de su sangre, atado como un jamón a un palo, y sintió que una oleada de odio y rencor le subía por el esófago.

—Eres un soplapollas, Giorgio. Un auténtico soplapollas.

—Sí, pero ¿nos vamos ya a casa?

El *Himno de la alegría* de Beethoven reverberó en la enorme estancia putrefacta e hizo que el subsecretario diera un respingo.

El jefe del trío se llevó rápidamente la mano al bolsillo del abrigo.

—Me cago en... —Sacó el móvil—. ¿Sí? —dijo, desapareciendo tras el pilar.

—¿El señor Schiavone de la jefatura de Aosta?

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—¿Por qué retumba todo?

—No se preocupe por eso. ¿Quién es?

—Soy Tomei.

—¿Tomei?

—Sí, el de la tienda homónima de ropa de caballero, del centro.

—Ah, sí. Dígame.

—Le he contado lo de su investigación a mi mujer, a mi hijo y a nuestra dependienta *part time*, y mi señora ha visto la luz.

—Estupendo.

—El caso es que quiere hablar con usted. ¿Se la paso?

—No. Ahora no es un buen momento, créame.

—¿Está reunido?

—Exacto. Me paso por su tienda en cuanto pueda.

—Es un placer ayudar a las fuerzas del orden cuando...

Pero Rocco no oyó nada más porque ya había cortado la comunicación. Volvió a rodear el pilar. El subsecretario seguía allí, al igual que su hijo, atado a la columna.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Rocco.

—El diputado le estaba diciendo a su hijo que era un soplapollas —apuntó Sebastiano.

—Ah, sí, eso mismo. Ahí le doy la razón. —Rocco se acercó entonces a Furio—. ¿Me permites? Acabemos ya con esta historia.

Con un gesto rápido, le cogió la pistola, dio tres pasos hacia Giorgio y lo apuntó con el arma.

—¡No! —gritó el subsecretario.

Furio y Sebastiano se quedaron paralizados, expectantes. Rocco empezó a disparar contra el cemento armado a pocos centímetros de la cabeza de Giorgio. Las detonaciones ensordecedoras se repitieron en una sucesión rápida, mientras el cemento, rasguñado por los proyectiles, saltaba alrededor de la cabeza del muchacho atado, que pegaba un brinco con cada disparo. Fernando Borghetti Ansaldo sintió que un río caliente le corría pantalón abajo. También su hijo, a tenor de la mancha del suelo, se había meado encima. Cuando hubo descargado seis balas, Rocco devolvió la pistola a Furio.

—La próxima vez apuntaré más abajo.

Dicho esto, el jefe salió a grandes zancadas de la nave.

—¿Le ha quedado claro? —le dijo entonces Furio al político.

Fernando Borghetti cerró los ojos y asintió. Giorgio lloriqueaba en silencio.

—Se lo juro: Giorgio no volverá a hacerle daño a nadie.

Sebastiano se acercó al muchacho.

—¿Borghetti? Nosotros entramos donde y cuando queremos. La próxima vez no iremos a por ti, sino a por tu mujer.

Furio se rió.

—Pero algo me dice que no volveremos a vernos, ¿verdad?

Acto seguido, ambos salieron sin añadir nada más. Fernando Borghetti Ansaldo se quedó mirando a su hijo atado a la silla. Se le acercó. Apestaba a mierda.

Estaban escuchando una emisora en la que ponían grandes éxitos del pasado. Era el turno de *Just an illusion*, de los Imagination.

—Cuántos recuerdos —dijo Sebastiano con aire soñador.

—Grecia, verano del ochenta y dos —apuntó Furio—. Nos ligamos a aquellas holandesas, ¿te acuerdas, Rocco?

El subjefe, sin embargo, iba mirando por la ventanilla. Seba y Furio intercambiaron una mirada de reojo y se limitaron a canturrear el éxito del trío inglés. Por encima de la música *dance* se superpuso el *Himno de la alegría* de Beethoven. Rocco respondió al teléfono mientras Seba bajaba el volumen de la radio.

—Schiavone. ¿Quién es?

—Hola, mi amor, soy Alberto. —Era el patólogo forense de Livorno.

—Dime...

—Novedades. Tengo que hablar contigo. A ver, en primer lugar, he examinado las corbatas y los cinturones de casa de los Baudo. No hay rastros de piel ni cabellos.

—Hum...

—No estrangularon a Ester con nada de eso.

—Entonces es posible que el arma ya...

—Sí, a saber adónde habrá ido a parar. Pero tengo que contarte algo importante.

—No estoy en Aosta. Te llamo cuando vuelva.

—¿Dónde estás? —Rocco no respondió y Alberto lo pilló al vuelo—. Perfecto, pues espero a que me llames. Pero es importante —insistió, y colgó.

Rocco volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y luego hizo una seña a Seba para que subiera la radio. Pero *Just an illusion* había acabado. Ahora le tocaba al «*Trottolino amoroso du du du, da da da*». Sebastiano pegó un grito y apagó la radio.

Prima Porta es un pueblo cercano a Roma, a pocos kilómetros de la ronda principal. Empieza en la via Flaminia, que luego sigue recta hacia Terni y las colinas de Umbria. Pero, para los romanos, Prima Porta es ante todo el cementerio municipal, llamado en realidad Flaminio. Ciento cincuenta hectáreas recorridas por setenta kilómetros de carreteras. Se circula en coche o autobús. Una ciudad formada por barrios de túmulos, lápidas y capillas de dos plantas.

Sebastiano y Furio se habían quedado en el coche. Rocco había preferido recorrer a pie los últimos cien metros. Atravesó la carretera mientras el C8, directo a la zona musulmana, los adelantaba zumbando. Estaba nublado y, al pasar al lado de una inhumación reciente, el olor dulzón de las flores le provocó náuseas. Cuando rebasó un soto de pinos, se abrió ante él una extensión de lápidas clavadas en la tierra como dientes viejos. Perdidas en aquel mar de sepulturas, dos mujeres menudas vestidas de negro y en cuclillas se empleaban a fondo en las tumbas. Rocco fue a tiro hecho, a la tercera fila. Se acercó al mármol negro.

Allí estaba esperándolo Marina. Sobre la tumba sólo había flores secas. Rocco recogió los restos y volvió al camino, para tirarlos en la papelera. Después se acercó a la fuente y rellenó el jarrón con agua fresca para sus margaritas. Volvió, arregló las flores y, por fin, miró la lápida. Aunque se sabía las fechas de memoria, las leyó igualmente:

«20 de marzo de 1969 – 7 de julio de 2007».

En su momento no quiso poner fotografía. No la necesitaba. El rostro de Marina estaba más grabado en su mente que un hierro en la piel de una vaca. Dicen que por lo general, con el paso del tiempo, los rostros de nuestros seres queridos van desvaneciéndose lenta, muy lentamente, en la bruma de los recuerdos. Que empiezan a confundirse las facciones, el color de los ojos y el pelo, la altura y, sobre todo, el sonido de la voz. Cosas que a Rocco no le pasaban. Desde el 7 de julio de 2007, incluso el más pequeño lunar de Marina había permanecido en su memoria. De modo que no tenía necesidad de fotos. La imagen de su rostro, clara y vívida, sería lo último que Rocco vería cuando le llegase la hora. Eso era indiscutible.

—Hola, Marina —dijo en voz baja—. ¿Has visto? He venido. Te lo había prometido. —Veía su propio reflejo en el mármol brillante y pulido—. Mira, te

he traído una cosa. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un bloc de notas—. Están apuntadas tus palabras. A lo mejor te sirven de algo. —Lo puso debajo del jarrón y dejó al lado un bolígrafo—. ¿Sabes qué? Te he encontrado una palabra difícil. Te la he escrito. Tiene que ver conmigo. ¿Quieres saberla? *Oligohemia*. No te digo lo que significa, porque si no pierde toda la gracia.

Una de las mujeres vestidas de luto se había arrodillado y estaba santiguándose. También Rocco se agachó al lado de la tumba, pero sólo para recoger una hoja que había caído sobre la lápida de mármol.

—Feliz cumpleaños, Marina... Nos vemos en casa —se despidió, y le lanzó un beso.

Cuando volvió al camino y levantó la vista, los vio. Allí los tenía, a unos treinta metros, mirándolo en silencio. Sintió que el corazón se le salía por la boca. Permaneció inmóvil, y tampoco Laura y Camillo parecían decidirse a avanzar hacia la tumba de su hija. Fue Rocco quien tomó la iniciativa y, a pesar del miedo que le paralizaba las piernas, acudió a su encuentro. Laura, al verlo acercarse, puso la mano derecha en el brazo de su marido, como para aferrarse al único punto de apoyo que le quedaba. Rocco miró al suelo, sabiendo que, si levantaba la vista, no sería capaz de llegar hasta ellos. De haberlos mirado, siquiera un instante, habría dado media vuelta y habría regresado con Sebastiano y Furio, que lo esperaban en el coche. Cuando estuvo a pocos metros de la pareja, se detuvo y levantó la vista. A Laura se le había llenado la cara de arrugas, y sus bonitos ojos azules se habían marchitado como los crisantemos que tenía en la mano. A Camillo le clareaba el pelo cano, y llevaba gafas de montura negra. Al igual que su mujer, había adelgazado y había perdido el color. Parecían no tener volumen. Dos recortables de papel tras un velo gris.

—Hola, Laura... Hola, Camillo.

Sus suegros permanecieron en silencio. A Laura le costaba respirar. Camillo, en cambio, parecía estar conteniendo la respiración. Vale, había llegado hasta allí, los había saludado, ¿y ahora? ¿Qué debía hacer? ¿Pedirles perdón? Ya lo había hecho mil veces desde el 7 de julio de 2007. En la morgue, en el funeral, llamando decenas de veces a su casa, pero el resultado había sido siempre el mismo: Marina no había vuelto y ellos nunca le habían concedido su perdón. Aunque, en realidad, tampoco se lo merecía, y lo sabía: la culpa había sido única y exclusivamente suya. Y nada aliviaría la violencia de esos mordiscos continuos que sentía en el pecho, esos zarpazos que lo laceraban por dentro hasta hacerlo sangrar. Pero al menos le habría gustado que supieran una cosa: él había querido

a Marina. Más que a nada. Y seguía queriéndola. Y no había un solo día ni una noche en que no la llorase. Pero una madre y un padre tienen más derecho que un marido al dolor por la pérdida de un hijo. Tienen prioridad.

—Ya sé lo que quieres de mí —le dijo Laura, apretando los labios—. Pero no soy capaz. —Volvió a mirar a Rocco—. Y nunca lo seré.

Rocco asintió. Se le habían humedecido los ojos. En aquel rostro cansado y pálido asomaba el de Marina. En el pliegue de la boca, en la forma de los ojos, en el nacimiento del pelo. ¿Habría sido así Marina de mayor?

—Lo sé, Laura. Pero yo tengo que vivir, y estoy delante de vosotros como hace cinco años. Sólo quiero que lo sepáis. En lo que me resta de vida...

—Para nosotros, lo que nos resta de vida no tiene ya importancia —lo interrumpió Camillo. Tenía la voz pastosa y fina como el cristal—. El perdón no sirve de nada porque, cuando muere la esperanza, nada sirve ya. ¿Sabes qué? Yo creía que morir sería muy fácil. Pero no. Mírame. Estoy aquí delante de ti, y hablo, ando, esta vida maldita no me deja, Rocco. No me hace ese favor. ¿No te parece que todo esto es contra natura? —Sonrió amargamente, señalando las flores.

—No te entiendo —dijo Rocco.

—Deberían ser los hijos quienes llevaran flores a las tumbas de sus padres, ¿no? El día en que me expliques por qué a nosotros nos pasa lo contrario, ese día podré perdonarte a ti y a mí mismo.

Abrazó a su mujer, y juntos se fueron hacia la tumba de Marina, dejando atrás a Rocco.

Él los observó mientras se alejaban, uno al lado del otro, a paso lento. Laura tenía la cabeza apoyada en el hombro de su marido. El autobús C9, directo a la zona judía del cementerio, les pasó de largo levantando los faldones del impermeable de Camillo y agitando el volante de la falda de Laura. Rocco dio media vuelta y regresó al coche. Hasta que distinguió a sus amigos, que estaban fumando apoyados contra el capó, no dejó de llorar.

—Llévame al aeropuerto, hacedme el favor.

Sebastiano y Furio no dijeron nada. Y tampoco abrieron la boca en todo el trayecto hasta Fiumicino.

Mientras esperaba a que abrieran el embarque, sacó el móvil y marcó el número de su antigua oficina.

—¿Diga?

—Subjefe Schiavone. Póngame con De Silvestri.

—Un momento —dijo la voz anónima.

Oyó un trasiego y enseguida resonó la voz del agente Alfredo De Silvestri:

—Jefe...

—Está todo arreglado, Alfredo. Asunto resuelto. —Percibió la respiración laboriosa del otro policía—. Para cualquier otra cosa, ya sabes dónde estoy, pero, de verdad, me gustaría tener noticias tuyas sólo cuando vengas a celebrar tu jubilación.

—Gracias, jefe.

—De nada, Alfredo. Saluda a tu sobrina de mi parte —le dijo, y colgó.

—Los pasajeros del vuelo de Alitalia AZ 123 con destino a Turín pueden embarcar por la puerta C19...

Se levantó y sacó del bolsillo la tarjeta de embarque y el carnet. Dejaba Roma, su Roma. Pero no lo hacía con una sensación de desarraigo, como la última vez, apenas seis meses antes. ¿Era posible que una ciudad cambiara tanto en seis meses? ¿Podía uno sentirse un extraño después de tan poco tiempo? ¿Quién tenía la culpa? ¿Era Roma la que había cambiado? ¿O era él?

—Vaya asco de día, Rocco. —Iba diciéndole Italo mientras conducía lentamente por la autovía de Caselle a Aosta—. El jefe te ha llamado tres veces, y Farinelli, de la Científica, te ha dejado en el despacho una caja de cartón con algo.

—¿Y qué les has dicho?

—Que habías ido a Ivrea en busca de un posible testigo.

—Perfecto. —El subjefe alargó la mano y cogió un cigarrillo del paquete de Italo—. Mira, sé que no tiene sentido seguir hinchándote las pelotas, pero ¿por qué te empeñas en comprar Chester?

—Porque me gusta, Rocco. Y pásame uno, ya que estás. —El subjefe se puso dos en la boca, los encendió y le tendió uno a Italo—. Gracias. ¿Y qué, has resuelto lo que tenías que resolver en Roma?

—Sí. —No añadió más—. ¿Quién fue al funeral de Ester Baudo?

—Caterina y yo. Hicimos lo que nos dijiste, fotografiar a todos los que pillamos. No había mucha gente. Unas treinta personas. Te he dejado las fotos encima de la mesa.

MIÉRCOLES

Otra vez había estado nevando toda la noche. Rocco no había pegado ojo. Era incapaz de acostumbrarse al silencio de aquella ciudad. No pasaban coches, no se oían los televisores de los vecinos, no había gente chillando, ni siquiera un tren a lo lejos.

Nada.

Por la mañana, cuando se levantó de la cama y describió las cortinas para echar un vistazo, vio que había dejado de nevar y que los servicios municipales ya habían despejado las calles. ¿Cuándo lo habían hecho? ¿Por qué no los había oído? ¿Qué tenían, un silenciador en el motor? Como siempre, el cielo era un manto de nubes.

Otro día de mierda.

Acababa de entrar en el coche cuando sonó su móvil. Estaba perdiendo facultades. Era el segundo día que se le olvidaba apagarlo. Error imperdonable.

—¿Quién da por saco?

—Soy Alberto. ¿Estás en el despacho?

Era el patólogo forense.

—No, todavía no he llegado.

—¿Dónde estás?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Qué pasa?

—¿Qué te dije ayer? ¡Tengo que hablar contigo con urgencia!

—En cuanto llegue al despacho te llamo.

—Es que tiene que ver con Ester. Estoy seguro de que te interesa.

—Te juro que te llamo. Descuida.

—¿No quieres que te adelante nada? —Rocco puso los ojos en blanco—. Tú sabes que los muertos cuentan historias, ¿no?

—Aunque no de viva voz...

—Ya. Pero con su presencia es suficiente, y si abres bien los oídos, las cuentan, y tanto que las cuentan. Créeme, Ester Baudo me dijo anteayer una cosa muy fea.

—Vale. Pues nos vemos en la jefatura, ¿dentro de veinte minutos?

—No. Ven tú.

—¿Es que no has visto que ha estado nevando toda la noche?

—En Aosta es algo normal, ¿no te has dado cuenta todavía? ¿Qué pasa, te da miedo partirte el fémur?

—Espérate al menos a que despejen las calles, ¿no?

—Anda, so listo, que llevo desde las siete en el hospital y las calles ya estaban limpias. Además, a ver si lo he entendido: ¿yo puedo desplazarme por la nieve pero tú no?

—Cómo te gusta tocar las narices, Alberto.

—Mira, Rocco, he trabajado todo el fin de semana porque tenían que dar sepultura al cuerpo de esa pobre mujer. ¿Sabes lo que es un funeral?

—Sí. Por desgracia voy a muchos. Bueno, a ver si me arranca el coche e intento pasarme por allí.

—Tienes un Volvo xc60 con tracción a las cuatro ruedas, ciento sesenta y tres caballos, con menos de un año, ¿y pretendes que me trague que no te arranca? Anda, mueve el culo.

Pero Rocco se fue directo al despacho. No tenía ninguna intención de pasarse por el hospital. Ya se le ocurriría alguna forma de atraer a Fumagalli hasta la jefatura. No era pereza, ni tampoco desinterés por el asunto. Al contrario, quería oír las novedades del médico toscano. Pero no habría soportado tener que ir otra vez a la morgue. Respirar ese hedor, mirar esas camillas metálicas y esos archivadores gigantes que conservaban los cuerpos de gente que ya no existía.

Empezaba a estar harto de la gente que ya no existía.

Estaba recorriendo a toda prisa el pasillo de la jefatura para evitar, como siempre, al madrugador Deruta, cuando algo en la oficina de pasaportes atrajo su atención. La puerta estaba entreabierta. Se acercó con paso sigiloso con sus

suelas de goma y atisbó el interior de la sala; lo que vio no le gustó en absoluto.

Italo Pierron exploraba con su lengua la cavidad oral de Caterina Rispoli. Allí estaban, enganchados como dos pulpos, con los ojos cerrados. En su mente no se encontraban en la jefatura, sino en alguna playa del Caribe, o directamente en el dormitorio. Rocco se sintió tentado de toser para disfrutar de las caras abochornadas de los amantes, pero se lo pensó mejor.

«La venganza es un plato que se sirve frío —se dijo—, o congelado, estando como estamos en Aosta».

En cuanto entró en el despacho, gritó:

—¡Pierron!

Un ruido de pisadas y el joven agente apareció por la puerta, jadeante.

—Aquí estoy. ¿Qué pasa?

Rocco lo miró. Llevaba abierto el cuello de la camisa, la corbata floja y los labios abrasados como si se los hubiese raspado con papel de lija.

—¿Qué coño estabas haciendo? —le preguntó.

—Estaba repasando las denuncias por robo.

—Ve al hospital a recoger a Fumagalli. Dice que tiene que hablar conmigo. Te aviso de que insistirá en no venir, pero tú dile que me ha interceptado el jefe superior.

—Perfecto. Oye, Rocco...

—En la jefatura me hablas de usted.

—Ah, sí, claro. Es que como no había nadie, pensaba que... Vale, oiga, jefe, el segundo de la Científica, Farinelli, lo ha llamado un montón de veces.

—Ahora lo llamo yo. ¿Algo más?

—No.

—Pues vete a hacer lo que te he dicho, coño.

Y Rocco cerró la puerta en las narices al agente especial Italo Pierron, quien, aunque al principio se quedó un poco contrariado, enseguida pensó que quizá su jefe había tenido mal despertar. Seguramente no se había fumado todavía el canuto, ése era el motivo de tanta acritud. Al volver se lo encontraría tan relajado y cordial como siempre.

—Has de saber, Rocco, que los receptores del cannabis son los ganglios

basales, que están conectados con el cerebelo, o sea, la región que dirige los movimientos nerviosos. Y con el hipocampo, que controla la memoria y el estrés. También están conectados con la corteza cerebral, y ahí estaríamos hablando de los pensamientos, la actividad cognitiva, etcétera.

—¿Adónde quieres llegar, Alberto?

—A que, como sigas fumando, te veo mal. ¡Y a todo eso hay que sumar las taquicardias!

En efecto, en el despacho de Rocco flotaba el olor a maría y era inútil ocultarle la verdad a Alberto Fumagalli.

—Fumo poco y sólo por las mañanas. Lo necesito.

—¿Para qué?

—Me calma y me abre la mente. Me vuelvo más creativo y hasta soporto mirar a un cara de polla como tú.

—Es un milagro.

—¿El qué?

—Que llegaras a casarte, ¿sabes?

—No sigas por ese camino, que se me acaba la ironía.

—Tienes razón, perdona. Pero, en confianza: deja de fumar porros. Y te lo digo como amigo.

—Tú no eres amigo mío.

—Pues entonces como médico.

—Tampoco eres médico. Los médicos curan enfermedades.

—¿Y...?

—Dime qué esperanza de curación tienen tus pacientes.

—Mira, no pienso discutir contigo.

—Bueno, cuéntame ya qué es eso tan alucinante.

—¿Aquí puede uno tomarse un café?

—No. La máquina que tenemos es peor que la del hospital. Pero espera un segundo, ¿por qué no? —Rocco se levantó y abrió la puerta del despacho—. ¡Pierron! —chilló.

El agente apareció por una puerta lateral.

—Dígame.

—¿Nos traes dos cafés del bar? —Italo miró a Rocco sin comprender. Nunca le había pedido nada parecido—. ¿Qué parte es la que no te ha quedado clara?

—¿No se lo puede pedir a Deruta? —preguntó, sonriendo.

—No. Te lo pido a ti. ¡Espera! —dijo, y le preguntó a Alberto—: ¿Quieres

algo de comer?

—No, gracias, sólo café.

—Dos cafés entonces, Italo. Y no me tardes un siglo. —Cerró la puerta y volvió a sentarse frente a Fumagalli—: ¿Qué has descubierto? Cuéntame.

—Primero, dime por qué no estás reunido con el jefe superior. Tu agente me ha dicho que te había interceptado.

—Y así ha sido. Pero al final he aligerado el trámite porque sabía que venías.

—A ver, vamos a echar cuentas. Yo no he tardado ni diez minutos en llegar. Y tú estabas reunido con el jefe superior. Luego te ha dado tiempo a fumarte un porro; pongamos cinco minutos más. Aun así, a juzgar por el olorcillo que hay aquí dentro, yo creo que el porro te lo has acabado hace por lo menos siete u ocho minutos. Por tanto, has empezado a fumar justo cuando el agente Pierron ha salido para venir a buscarme. Resumiendo: tu conversación con el jefe, si es que ha existido, no ha durado ni un minuto. ¿Sabes lo que creo? Que al jefe superior ni siquiera lo has visto y que te has inventado una excusa para no venir al hospital. Conclusión: eres un embustero y te pesa el culo.

—¿Has acabado ya?

—Sólo si reconoces que tengo razón.

—Tienes razón. ¿Pasamos a los asuntos serios?

Alberto asintió. Acto seguido, se sacó una libreta del bolsillo. La abrió. Repasó las anotaciones.

—Escúchame bien. Se trata de Ester Baudo.

—Venga.

—El expediente se lo he mandado al juez; a ti, en cambio, te lo cuento de viva voz. Hay una cosa que no encaja.

Rocco cogió un cigarrillo del paquete que había encima del escritorio.

—Me molesta que fumes.

—Y a mí me molestas tú si no fumo. Sigue. ¿Qué es lo que no encaja?

—Las fracturas.

La cara de Rocco se transformó en un signo de interrogación.

—No las causadas por los golpes en el pómulo, ¿te acuerdas? No. Me refiero a fracturas antiguas. He detectado una en el cúbito y otra en el radio del brazo derecho. Hay un par de costillas dañadas, también de hace tiempo. Y lo mismo en el pómulo derecho. Presenta una fractura muy fea de... así, a ojo, de hace unos cuantos años.

Rocco dio una calada lenta. Echó el humo hacia el techo.

—¿Tú qué opinas?

—Cabén dos posibilidades: o la señora practicaba un deporte extremo...

—No, no lo creo.

—Entonces sólo ha podido ser un accidente de tráfico. Si no, no sabría decirte la razón. No puedo entender cómo se destrozaba los huesos de esa manera.

Rocco apagó el cigarrillo en el cenicero. Se levantó y dio dos pasos hasta la ventana. Pero no contempló el panorama. Se puso una mano delante de los ojos.

—Estamos hablando de una cosa terrible, ¿sabes?

—¿Tú crees?

—Pues sí.

Italo Pierron irrumpió en la estancia con dos vasitos de plástico. Los posó en el escritorio.

—¿Cuánto azúcar? —preguntó con una sonrisa irónica a Alberto, quien, por su parte, no contestó y se bebió el café de un trago.

El agente se percató de que aquel silencio era como una marca de fluorescente en una página en blanco: subrayaba algo muy importante que acababa de suceder.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a Rocco.

—Ven conmigo, Italo. —Acto seguido, el subjefe miró a Fumagalli—. Ahora le digo a Deruta que te acerque al hospital, Alberto. Gracias, tu aportación ha sido fundamental. Como siempre. —Al pasar por su lado le dio una palmada en la espalda.

—¿No te bebes el café?

Pero Rocco ya había salido de la sala con Italo detrás. El patólogo forense se bebió también el segundo vasito.

—¿Adónde vamos? —preguntó Italo.

—A Charvensod, a casa de la madre de Patrizio Baudo.

—¿Qué pasa?

—Hay muchas cosas que no cuadran.

—No, me refiero a que qué pasa entre tú y yo.

Rocco sonrió.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque estás muy raro.

—Ah, ¡conque yo estoy raro! ¿Tú te tiras a Rispoli y el raro soy yo?

—Oye, perdona, pero ¿qué tiene que ver Rispoli con todo esto?

—Os he visto en la oficina de pasaportes.

Pierron puso una marcha más corta y aceleró.

—¿Y qué?

—Italo, sabes perfectamente que le tenía echado el ojo.

—¿Qué pasa, que tienes derecho de pernada?

—¿Y si lo tuviera?

Continuaron en silencio un par de curvas.

—Pasó cuando la vigilancia a Gregorio Chevax, la otra noche.

—¿Le entraste tú o te entró ella?

—Digamos que provoqué que se lanzara ella.

—Quiero detalles.

Italo tomó aire.

—Empecé yo diciéndole: «¿Y si Chevax nos ve?», a lo que ella me contestó: «Imposible». Entonces le propuse: «¿Hacemos como en las películas? Fingimos que somos amantes, nos besamos, y así no levantamos sospechas». Ella me miró y me dijo: «¡Ay, vaya por Dios, he visto la sombra de Chevax!». Y me besó. Y nos besamos. Y nos reímos.

—¿Y ya está?

—Ya está.

—Joder —dijo Rocco—, qué imaginación. Técnicamente tú sacaste el tema, pero la iniciativa la tomó ella.

—Sí, pero yo ya sabía que le gustaba. Desde hace un tiempo.

—¿Y no me lo podías haber dicho?

Italo frenó delante de la casa de la madre de Patrizio Baudo. Rocco abrió la puerta.

—De todas formas, no te equivoques. Ésta me la pagas.

—Qué mal perder tienes —respondió Italo, siguiéndolo.

—¿Y quién dice que lo tenga bueno?

Habían dado apenas unos pasos en dirección al chalet, cuando asomó por la puerta la señora Baudo. Los había visto llegar. Cara de preocupación. Estrujaba un paño de cocina entre las manos, justo a la altura del regazo.

—¿Le ha pasado algo a mi hijo, señor? —Fue lo primero que preguntó.

Un cúmulo de nieve al lado de la acera mordió el Clark izquierdo del subjefe.

—Me cago en la... No, señora, que yo sepa no. ¿Por qué?

—Estoy angustiada. Se fue esta mañana a Pila en el teleférico y tiene el móvil apagado.

—¿A Pila?

—Decía que necesitaba estar en medio de las montañas, lejos de todo esto...

—Con la mano derecha hizo un gesto circular que abarcaba todo lo que tenía ante sus ojos.

—No, señora, será que quiere estar solo un rato. Hemos venido por otro motivo.

—¿Quieren entrar? ¿Les apetece tomar algo?

Italo ya iba a meterse en la casa cuando Rocco lo detuvo con un brazo.

—Tal vez nos lo pueda decir usted. Es sólo una pregunta. ¿Ester sufrió alguna vez algún accidente de tráfico grave?

—¿Ester? No. Una vez le dieron un golpe por detrás, pero firmaron un parte amistoso y todo se solucionó. Pero ¿por qué? ¿Es que hay una denuncia de la aseguradora?

—No, señora —intervino Italo—, no se preocupe.

—Era una mera formalidad —afirmó Rocco, mirándose el zapato, que ya había cambiado de color.

—¿Seguro que no quieren un café? Tendría usted que conseguir unos zapatos más apropiados para la nieve.

Rocco miró a la mujer.

—¿Sabe, señora? No es usted la primera que me lo aconseja.

Y, con una sonrisa, regresó al coche. Italo se llevó rápidamente la mano a la frente para despedirse y siguió a su jefe.

—¿Qué quiere que le diga? Tendría que ir a comprobar los archivos... — Hablaba rápido y de mala gana; quería despachar en pocos minutos esa visita inesperada de la policía—. ¿Se da cuenta del tiempo que podría llevarme?

El director administrativo del hospital parecía cualquier cosa menos el director administrativo de un hospital. Jersey de cachemira de cuello redondo, pantalones de pana azul. Llevaba gafas graduadas con lentes azulosas, como una estrella de Hollywood. El pelo blanco y largo contrastaba con la cara redonda y rolliza. Tenía los nudillos apoyados en el escritorio, y no había invitado a Rocco, y menos aún al agente Pierron, a acomodarse en las poltronas de piel.

—¿No tiene usted secretaria, doctor Trevisi? —le preguntó el subjefe.

—Es miércoles, un día terrorífico. Entre las citas y el ambulatorio, tenemos un jaleo que no se puede ni imaginar. Mire, le propongo una cosa: déjeme el recado y yo le juro que, en menos de... —consultó el reloj— seis horas, le facilito lo que está buscando.

—Que sean tres.

—Cinco.

—¡Cuatro y no se hable más!

Rocco le tendió la mano, que el directivo estrechó sin saber por qué. Cogió un folio y se dispuso a escribir.

—A ver, subjefe, repítamelo, por favor...

—Claro. Quiero saber si han tenido aquí ingresada o simplemente en Urgencias a Ester Baudo, y cuándo. Baudo es el apellido de casada. De soltera era...

—Sensini —añadió Italo en el acto.

Trevisi tomaba notas sin levantar la vista del papel, silabeando con un mohín las palabras que escribía:

—... Urgencias, Sensini, de casada Baudo...

—Si me lo permite, yo buscaría en Traumatología. Quiero saber cuándo, cómo y por qué.

—... cómo y por qué... ¡Bien! —El director levantó la mirada—. Y ahora, si no se les ofrece nada más...

—Sólo una cosa.

—Dígame, señor Schiavone.

—Como se le ocurra no dar señales de vida de aquí a cuatro horas, volveré con una bonita citación judicial.

—¿Y puedo saber qué diría esa citación?

—Doctor Trevisi, yo no he venido hasta aquí porque no tenga otra cosa que hacer. Se trata de un homicidio. Espero haberle aclarado definitivamente el asunto. Adiós.

Dio media vuelta y salió del despacho, seguido de Italo. Trevisi levantó el teléfono de inmediato.

—¿Annamaria? A mi despacho ya... Tienes que buscarme una cosa... Claro que ahora. ¿Cuándo si no, el año que viene? ¡Y qué más da que sea miércoles!

—¿Nos pasamos a ver a D’Intino? —preguntó Italo mientras bajaban las escaleras del hospital.

—¿A qué viene esa fiebre por ir a verlo?

—No tiene a nadie en Aosta. Nos vamos turnando para llevarle agua y galletas.

Rocco se detuvo.

—¿Y sueles ir con Caterina o solo?

Italo se puso colorado.

—Oye, Rocco, el rollo este de Caterina...

—¿Quieres que te sea sincero? La idea era vengarme, una dura venganza. En plan redactar un parte sancionador y mandárselo al jefe superior para que te trasladasen. Pero no hay más que verte. Eres un pobre infeliz con una boca que parece la ranura de una hucha; ¿cómo vas tú a encontrar a otra?

—¿Entonces?

—Entonces te perdono. En el nombre del padre...

—Vete a la mierda, Rocco.

—Pero alguna vez tendrás que contarme cómo folla, por lo menos.

—Eso son cosas íntimas.

—¿Te suena Scampia? ¿Macomer? ¿Sacile del Friuli?

—¿Empiezo por cuando nos desnudamos?

—Estupendo. De camino al centro, que tenemos una visita pendiente. Y me da igual que sea zona peatonal, tú métete con el coche. ¡Que somos la policía, hostia!

—No vas a presentarle el parte sancionador al jefe porque, sin mí, ¿quién te queda en la jefatura? —terció Italo con una sonrisa insinuante.

—Me queda Caterina. Es más que suficiente.

—Qué cabrón.

—No lo sabes tú bien. Anda, venga: empecemos por sus pezones.

El agente Italo Pierron entró en la tienda Tomei siguiendo a su jefe como un perdiguero al cazador. Con la diferencia de que el perro sabe lo que está haciendo, conoce su deber: localizar las aves y hostigarlas para que alcen el vuelo. Italo, en cambio, se limitó a mirar a su alrededor y a comprobar, desorientado, el precio de un par de Church’s.

Con su impecable traje Príncipe de Gales, el señor Tomei, propietario del

establecimiento homónimo de ropa para hombre «*very british*», fue al encuentro de los dos policías con pasitos rápidos.

—¡Subjefe Schiavone! Cuánto me alegro de que haya venido. Como le comenté ayer por teléfono, mi mujer tiene que decirle una cosa.

Y, con un gesto teatral, dio paso en escena a Finola, su esposa, la mujer con el mentón más prominente que Rocco había visto en su vida. Aquello no era una barbilla, parecía más bien un canalón.

—Buenos días, comisario. —El acento inglés traicionaba sus orígenes.

—Subjefe —corrigió Rocco.

—Sí. Yo tenía ganas de hablar con usted. Porque... me acordé una cosa importante.

—Soy todo oídos.

—Mi marido me dijo... y yo empecé a pensar. Pienso y pienso y al final me acordé. *A tie!*

—No la he entendido.

—La señora que murió... vino a comprar una corbata para su marido. *A tie*. Eso es lo que había en la bolsita.

Rocco miró a Italo, que no comprendía nada, pero fingía interesarse por la conversación.

—¿Puedo ver una igual?

—Seguro. Compró una corbata *regimental*. Una corbata preciosa. De cachemira y seda.

—Corríjame si me equivoco, pero ¿las *regimental* son las que tienen las rayas en diagonal?

—¡Exacto! —exclamó Finola, que entretanto había sacado tres corbatas muy vistosas de un expositor—. ¿Ve? Son así...

—Y si le pidiera que identificase la corbata que compró, ¿sería usted capaz?

—Por supuesto —intervino de repente el señor Tomei—. Podría reconocer nuestras corbatas a kilómetros de distancia. ¿Sabe por qué? —Esbozó una sonrisa insinuante, cogió una corbata y le dio la vuelta—. ¿Lo ve? Le hemos puesto por detrás el logo de la tienda. ¡Más fácil, imposible!

Efectivamente, cosida a la corbata había una pequeña etiqueta blanca, también de seda, con el logo «Tomei» bordado dentro de un óvalo de hojas de laurel.

—Es nuestra marca. Son corbatas exclusivas. Traídas de Irlanda. Aunque, bueno, en realidad, se fabrican en la India, pero el diseño y todo lo demás es

irlandés.

—Pero ¿Irlanda es lo mismo que Gran Bretaña o es Irlanda? —Fue lo único que se le ocurrió decir a Italo, quien, a saber por qué, se había sentido en la obligación de dar voz a su inútil presencia en el establecimiento.

Todo lo que consiguió fue una mirada desdeñosa por parte de Rocco y, sobre todo, de Finola, que no pensaba dejar las cosas así.

—Irlanda es Irlanda, señor, y se llama Éire. El Úlster, Irlanda del Norte, es Gran Bretaña. La capital de Irlanda es Dublín. Belfast, la del Úlster. Si quiere saber más, tendrá que leerse un libro sobre Michael Collins.

Rocco recondujo la conversación hacia la corbata:

—Una cosa más. ¿Puede decirme cuánto vale?

—¿Esa corbata? Es de muy buena calidad... —dijo el señor Tomei.

—¿O sea?

—Unos setenta euros. Pero es de seda y es una pieza casi única. Verá, combinar cachemira con seda es un procedimiento que...

—No tiene que convencerme para que la compre, señor Tomei, yo lo que necesito es información.

—Deformación profesional.

—Me hago cargo. Señora, ha sido usted de gran ayuda.

Finola Tomei sonrió, descubriendo una dentadura espacialista, en el sentido de que en el arco superior le faltaba un canino y en el inferior dos incisivos. Si a esto se le añadía que los dientes eran enormes y estaban insertados en las encías sin orden ni concierto, la boca de Finola Tomei parecía el resultado de un choque frontal con un tranvía. Rocco se quedó hipnotizado contemplándola. Fue Italo quien lo devolvió a la tierra:

—Bueno, jefe, ¿nos vamos? —le dijo, tirándole del brazo.

Rocco sonrió, guiñó un ojo al matrimonio y salió de la tienda escoltado por el agente Pierron.

—Una gárgola. ¿Has visto, Italo? Parecía una gárgola, como las que hay en Notre Dame, en París.

Italo sonreía.

—Impresionante. Pero, en mi opinión, más que a un chisme de ésos, una gárgola, se parece a un pez abisal. Esos transparentes con el cuerpo pequeño y la boca gigantesca, ¿sabes cuáles te digo?

—Tienes razón, es verdad.

—He visto algunos en Animal Planet que dan auténtico miedo.

—Es verdad, un pez abisal. Es la primera vez que me pasa.

—¿El qué?

—Encontrar parecido entre la cara de una mujer y la de un animal. Nunca me había pasado.

—Eso es porque nunca has visto a mi tía. Un día de éstos te la presentaré. Eso sí, prepárate: tú piensa que tiene ochenta y dos años y no pisa la calle desde 1974.

—¿No anda?

—No, no, andar anda perfectamente. Lo que pasa es que un día decidió que ya no le apetecía salir. Dice que por la calle sólo hay chiflados. Es mi tía Adele. Mide un metro cincuenta y sólo habla por las noches. Cuando la veas, te vas a quedar impresionado.

—¿Y por qué quieres que la conozca?

—Porque no hay nadie en el valle que cocine mejor que ella, hazme caso.

—¿Sabes lo que vamos a hacer, Italo? Tú y yo nos vamos a ir a cenar al Pam Pam, invito yo. Y tráete también a Caterina.

—¿A qué viene tanta generosidad?

—A que estoy triste, hoy es veintiuno de marzo, ha empezado la primavera, es una fecha importante y no me apetece comer solo. ¿Te vale?

Al final siempre acababa así. Cansado y asqueado. La cena con Italo y Caterina no había servido de mucho. Había reído y bebido; en otras palabras, había tratado de distraerse. Pero no lo había conseguido. Al final, el vacío de la muerte le pesaba sobre los hombros más que una responsabilidad. Porque, a esas alturas, Rocco Schiavone ya había identificado al culpable. Había necesitado sólo unos días para comprender, perseguir y atrapar al asesino, al idiota, a la persona que había roto el equilibrio natural. Al que había truncado una vida, ¿y por qué? ¿Por egoísmo? ¿Rabia? ¿Locura?

Pero para comprender el egoísmo, la rabia o la locura, Rocco debía meterse en el papel, como hacen los buenos actores antes de interpretar un personaje. Y, para meterse en el papel, debía entrar en la cabeza enferma de esa gente, enfundarse su piel cochambrosa, mimetizarse y bajar a las cloacas para buscar con una antorcha la parte más indigna e inmundada del ser humano. Y debía

permanecer agazapado ahí, en la cloaca, en la ciénaga, hasta que el culpable, el malnacido, se ponía a tiro. Después ya podía salir de nuevo a la superficie y lavarse. El problema era que tardaba días, a veces meses, en quitarse toda esa mugre. Y siempre se le quedaba una parte adherida a la piel.

Sabía que, si continuaba en el oficio, llegaría un momento en que ya no podría quitarse el fango de encima.

—*¿Sabes qué? He pasado por casa. Están todos los muebles tapados. Con sábanas.*

Marina se echa a reír con ganas.

—*La carcoma atacará igualmente —me dice, apoyándose en el cristal de la ventana.*

—*Y también he ido a verte.*

Me mira y no dice nada.

—*Te he llevado margaritas. De las grandes, las que tanto te gustan.*

—*Te los has encontrado, ¿verdad?*

—*Sí —le respondo, pero no enseguida, tardo un poco.*

—*¿Estaban los dos?*

—*Los dos.*

—*No te han hablado, ¿verdad?*

—*No, Mari, no me hablan. Y, si lo hacen, sólo es para recordarme que nunca más volverán a hacerlo.*

Marina asiente y va a sentarse en el sofá.

—*Tienes que entenderlos.*

—*Si yo los entiendo... No soy tonto. Pero esperaba... En fin, después de cinco años...*

—*¿Cómo está Roma?*

—*He pasado muy poco tiempo. No sé. Huele mal.*

—*¿Para qué has ido?*

—*Problemas con el gestor.*

—*¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Se te da muy bien cazar mentiras, pero para contarlas eres un desastre.*

¿Cómo es posible que nunca consiga colársela a Marina?

—*Vale, por cosas del trabajo.*

—*¡La doble vida de Rocco Schiavone! —Se echa a reír.*

—*Qué doble vida ni qué historias. La vida y punto, Mari.*

Me sirvo vino blanco. Desde que Ugo me lo dio a probar, ya sólo compro el Blanc de Morgex.

—*¿Cómo están papá y mamá?*

—*Flacos.*

Marina asiente.

—*Recuérdame una cosa. Aquel siete de julio, ¿qué hora era?*

—*Las tres y media de la tarde.*

—*Las tres y media. ¿Hacía calor?*

—*Muchísimo. Estaba nublado, pero hacía muchísimo calor.*

—*¿Y dónde estábamos?*

—*En via Nimorense, delante de la pastelería.*

—*¿Qué hacíamos allí?*

—*Tomarnos un helado.*

Se levanta del sofá y se mete en el dormitorio.

—*¿Marina? —Se detiene. Se da la vuelta y me mira—. Yo también me voy a la cama. No me apetece quedarme levantado.*

—*Total, si no pegas ojo.*

—*Es que tú no paras de hablarme.*

Estaba apagando la luz del salón cuando sonó el móvil.

—*Schiavone, soy el doctor Trevisi, del hospital Parini de Aosta. Perdona que lo llame a estas horas.*

—*No se preocupe, pero ¿por qué, qué hora es?*

—*Es medianoche.*

—*¿Y está todavía en el hospital?*

—*Ya le dije que el miércoles es un día infernal. Verá, ha sido un poco complicado. En cualquier caso, tuvimos a Ester Baudo dos veces en Urgencias, en 2007 y 2009. La segunda vez la ingresamos en Traumatología.*

—*Bien.*

—*Y luego también en 2010, otra vez en Urgencias, le dimos puntos internos en la boca y... leo aquí que en 2011 sufrió una fractura del pómulos.*

Rocco suspiró.

—*¿Y a ustedes no se les pasó por la cabeza que ahí había algo raro?*

—*Mire, yo llegué en 2010, y la verdad es que la mujer achacaba siempre las*

fracturas a accidentes de tráfico. Excepto la última vez, en la que aludió a un accidente doméstico.

—Doméstico. Sí, yo diría que podemos llamarlo así. Gracias, doctor Trevisi. Ha sido usted de gran ayuda.

—No hay de qué, para eso estamos.

—*¿Vienes a la cama o no? —me llama Marina.*

Yo esta noche no pego ojo. Tampoco hoy.

JUEVES

Estaba de nuevo delante del piso de los Baudo. Alguien había quitado los precintos, y la puerta sólo estaba encajada. Rocco no tuvo más que empujarla para entrar.

En el salón, en cuclillas detrás de un sofá, había un hombre.

—¿Has quitado tú los precintos? —le preguntó Rocco.

El hombre se volvió. Era Luca Farinelli, el segundo de la Científica.

—Pues no. Habrá sido uno de tus agentes.

—O de los tuyos. Mis agentes no han vuelto a entrar en esta casa.

Farinelli se incorporó, sacudiéndose los pantalones a la altura de las rodillas.

—¡Y menos mal!

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Rocco.

—Trabajar. ¿Y tú?

—Estoy buscando una corbata.

—Mi gente se las llevó todas a Fumagalli.

—Entonces los precintos los rompieron ellos.

—Mi gente no hace esa clase de gilipollices. Eso es más típico de vosotros.

¿Cuándo aprenderéis a comportaros como es debido en una escena del crimen?

—¿Cómo te va? ¿Tu mujer bien?

—¿Por qué me preguntas por mi mujer cada vez que nos vemos?

—Porque estoy esperando que cualquier día me digas: «Ya no es mi mujer.

Nos hemos separado».

—Eso no va a pasar.

—No estés tan seguro.

Lo de la mujer de Farinelli seguía siendo un misterio para Rocco Schiavone. Era espectacular, por la calle iba rompiendo corazones a hombres y mujeres por

igual. Luca, en cambio, era un callo que lo único que rompía era los huevos de Rocco Schiavone y de todos sus subordinados.

—La que habéis liado aquí... —terció Farinelli—. Como siempre.

—Sé que me andabas buscando. Ve al grano, que no tengo tiempo y no me gusta estar en esta casa.

—He de volver corriendo a Turín. Doble homicidio, un panorama para ponerle a uno los pelos de punta.

—Siempre y cuando tenga uno pelo... —replicó Rocco, examinando los evidentes claros que Farinelli padecía en el cabello desde hacía ya años.

—Me he pasado por la jefatura y te he dejado una caja. Mira a ver, a lo mejor hay algo que te sirva. Sólo te digo dos cosas; la primera: bajasteis el cadáver antes de que llegasen mis hombres y tocasteis la cuerda sin guantes. Alguien incluso hizo pis en el baño.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque analizamos la orina. Es la segunda vez que nos topamos con el agente Casella.

«Gilipollas», pensó Rocco. Ya un mes antes, en Champoluc, había marcado el escenario del delito meando por ahí igual que un pastor alemán.

—Ya lo sé. Casella debe de tener algún problema en la vejiga. ¿Y lo segundo?

—Había un móvil medio machacado. Inservible ya. Y no hemos encontrado la tarjeta SIM. Quién sabe, igual la lleva en la suela de la bota alguno de tus agentes.

Rocco, impotente, abrió los brazos con resignación.

—¡Hay que joderse!

—Os movéis como una manada de bestias por un prado.

—¿Algo más?

—Sí. Tengo intención de pedirle al jefe superior que organice un cursillo de tres días para tus hombres. Estoy hasta las narices de ir limpiando las tonterías que hacen. No saben comportarse en el lugar de los hechos.

—¿El cursillo lo darás tú?

—Pues claro.

—Apúntame. De todos modos, este caso está ya resuelto. Sólo falta un detalle.

—¿Puedo saber cuál?

—Una corbata.

—¿Otra vez? ¡Que se las llevamos todas a Fumagalli!

—Todas menos una.

Rocco miró entonces la bicicleta de Patrizio Baudo, la Colnago de seis mil y pico euros. Se acercó. Empezó a escudriñarla.

—¿Ahí piensas encontrarla?

—No. Pero... se me ocurre una cosa.

Puso la bicicleta boca abajo. La rueda trasera empezó a girar. Rocco la paró. Examinó el cuadro, los frenos, el sillín. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su navaja suiza.

—¿Qué vas a hacer, pincharle las ruedas? —quiso saber Farinelli.

El subjefe no contestó, concentrado en escoger la herramienta adecuada. Optó por la sierra para metales y se puso a trabajar en el sillín de la bici. Cortó la goma. Sacó un muelle, seguido de un trozo de relleno y, por fin, una pequeña etiqueta de tela. Se la enseñó sonriente a su colega de la Científica:

—¡Mira!

—¿Qué es eso?

Rocco se la puso en la mano, y Farinelli la inspeccionó. Era una etiqueta blanca con un logo bordado: dos ramas de laurel con un nombre en su interior: «Tomei».

—¿Y qué pasa?

—¡Una potra de mil pares, Farinè! —Recuperó la pequeña etiqueta de tela—. Aquí te quedas. Y muchas gracias por el excelente trabajo realizado y bla, bla, bla.

Rocco pasó por su lado sin estrecharle la mano y salió de la estancia con la vista clavada en el marbete blanco de tela. Luca le gritó:

—¡Échale un vistazo a lo que te he dejado en el despacho!

—No lo dudes. Vuelve a poner en su sitio los precintos, ¿vale?

Rocco Schiavone y el agente Italo Pierron llamaron a la puerta de la familia Baudo en Charvensod, un bonito chalet con una chimenea que escupía humo gris hacia un cielo del mismo color. Un viento frío que había descendido hasta el valle hacía silbar las agujas de los pinos y sacudía las contraventanas. La madre de Patrizio Baudo abrió la puerta.

—Subjefe... Pasen, por favor...

—Estoy buscando a Patrizio —le explicó Rocco mientras restregaba los zapatos en el felpudo.

La mujer asintió con una sonrisa.

—Tiene que estar abajo, en el garaje. Lo usa como despacho y almacén. Pero ¿les apetece tomar algo?

—No, de verdad, gracias...

La casa olía a cera para muebles.

—Siéntense, por favor —les dijo la mujer, señalando los sofás de piel que había delante de una chimenea bien alimentada—. Ahora mismo voy a llamarlo.

Se alejó sin hacer ruido. Abrió una puerta y bajó por una escalera de caracol de hierro.

—Una casa muy bonita —observó Italo, mirando a su alrededor.

Todo el salón estaba revestido de madera, y de las paredes colgaban unos extraños cuadros hechos con encajes antiguos. Cencerros y esquís de madera viejos, dos paisajes alpinos y una librería rinconera que albergaba libros, en su mayoría de cocina. Había un gran crucifijo de madera encima de la puerta de la cocina, y un cuadro de una virgen con niño junto al vestíbulo.

—Ven, Italo, que no hemos venido para pasar el rato —dijo Rocco bruscamente.

Bajó las escaleras de hierro, que daban a un angosto cuartito lleno de cajas y brochas. Había una puerta entornada. Rocco la abrió y se encontró en el interior de un semisótano de unos cien metros cuadrados. La madre de Patrizio estaba en el centro de la amplia estancia.

—No está —les dijo—. Debe de haber salido.

Aquel *loft* subterráneo estaba repleto de material deportivo. De varios percheros colgaban, protegidos por fundas de plástico, pantalones de esquí y de senderismo, jerséis y cortavientos. Además, había pertrechos de montaña enganchados en paneles perforados. Objetos nuevos, en exposición. Arnesees, piolets, cascos, crampones, cuerdas y mosquetones.

—No lo entiendo... He mirado también en el garaje. El coche sigue ahí —prosiguió la mujer, mirando a los dos policías.

Rocco se acercó para examinar el material deportivo.

—Es el muestrario de mi hijo. Lo guarda aquí porque en su casa no tiene espacio. —La madre continuaba mirando a su alrededor—. A lo mejor ha ido a dar un paseo. ¿Ha intentado llamarlo al móvil?

—Lo tiene apagado —informó Italo, que estaba junto a unas ruedas de

bicicleta futuristas.

—No sé qué decirles. Hace media hora estaba aquí abajo, ordenando sus cosas. Mañana vuelve al trabajo. Pero ¿puedo saber por qué lo buscan?

—No —respondió el subjefe—. Adiós.

Dio media vuelta y se dirigió a la escalera de caracol. Italo se despidió de la mujer y siguió a su jefe.

Quien desveló el misterio fue una mujer que se afanaba en limpiar las velas votivas al pie de la estatua de la Virgen María, en la iglesia de Sant’Orso.

—No, el padre Sandro no está. Ha ido con Patrizio Baudo al cementerio, a la tumba de su esposa.

Rocco salió de la iglesia resoplando.

—Esta caza del tesoro está empezando a tocarme mucho los cojones.

Antes de abandonar la casa del Señor, Italo se persignó.

—¿Quieres aligerar?! —le gritó Rocco.

Reconocer la tumba de Ester Baudo no fue difícil: era la que estaba llena de flores y coronas. Hasta los topes. Porque Ester había sido la última en llegar. Así son las cosas: mientras el funeral está aún fresco, frescas son las flores, y las inscripciones aún son legibles en el raso violeta con bordes dorados. Luego, con el paso del tiempo, se desteñirían los colores, se secarían las flores, se consumirían las coronas y la tumba sería como el resto. Uno o dos ramos en los jarrones. Nada más.

Allí estaba Patrizio Baudo, sentado junto al cura, contemplando la lápida. Rocco le hizo un gesto a Italo, quien comprendió al instante y se quedó a unos diez metros de distancia. El subjefe se acercó al banco y se sentó al lado del viudo. No dijo ni una palabra.

—¡Subjefe! —exclamó el padre Sandro.

—¿Puede dejarme un momento a solas con el señor Baudo?

El cura intercambió una rápida mirada con su feligrés, le acarició la mano, se levantó y se reunió con Italo.

Rocco esperó a que el otro hablara primero.

—Buenos días, comisario —le dijo.

—Ni soy comisario, ni los días son buenos. Sobre todo, para usted. —

Patrizio Baudo, el koala de Ivrea, miró al policía con sus ojillos inexpresivos—. ¿A que no sabe a qué me refiero?

—No. No lo sé.

Rocco se metió la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo. Lo encendió. El rumor cercano del Dora transmitía tranquilidad, igual que los pequeños cipreses al lado del paseo. Sin embargo, lo que Rocco llevaba por dentro era un huracán a punto de desatarse. Se había pasado toda la noche alimentándolo.

—Dígame una cosa —empezó tras la primera calada de Camel—, ¿le gustaba maltratar a su mujer?

—¿A mi mujer?!

—No, a mis huevos. Vamos a ver: ¿cuántas veces la mandó al hospital? Según mis cuentas, cinco. Corrijame si me equivoco. —Sacó un papel con anotaciones—. Voy a leerle su currículum. Su mujer sufrió fractura de cúbito y radio del brazo derecho. Más adelante, se partió el pómulo y dos costillas. —Volvió a doblar el folio y a guardárselo en el bolsillo—. Y esto son sólo las fracturas, o sea, cuando a usted se le fue la mano. Imagino que moratones y quemaduras también hubo, ¿o no? Le queda mucho que aprender. Existen técnicas más sofisticadas. Por ejemplo, hay golpes muy dolorosos que no dejan marcas. ¿No se le ocurrió pegarle con una porra en la planta de los pies, o incluso con las páginas amarillas enrolladas? Créame, hace un daño espantoso y no deja ni un cardenal. También podría haber probado con una toalla empapada de agua. Sólo quedan unas franjas coloradas en las piernas, pero el dolor es insoportable.

—No sé de qué me habla.

—Ah, ¿que no lo sabe? Hágame un favor, ¿quiere? Quítese los guantes.

—¿Por qué?

—Usted quíteselos. Desde que lo conocí el viernes, no he conseguido verle las manos ni una sola vez. Soy un poco fetichista. —Tiró el cigarrillo al suelo. Patrizio Baudo se quitó despacio un guante, luego el otro—. Déjeme ver.

El viudo le ofreció las palmas. Rocco le agarró las manos y se las volvió. Tenía bastantes rozaduras en los nudillos. Una de ellas incluso estaba ennegrecida. Y también cortes.

—¿Todavía no se le han curado desde el viernes? ¿No se ha echado un poco de Nivea? —Rocco estaba muy tranquilo. Patrizio, en cambio, estaba muy asustado. Más asustado que si el policía estuviera gritándole—. Se lo preguntaré de nuevo amablemente: ¿se lo pasaba bien maltratando a su mujer? —El hombre

se volvió hacia don Sandro—. No pida socorro al cura, ¡míreme y conteste!

Pero el sacerdote había conseguido leer la mirada de alarma de Patrizio y se acercó al banco.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó.

—Padre, por favor, no se meta.

—Patrizio, dime qué es lo que ocurre.

Pero éste había agachado la cabeza.

—Se lo diré yo, don Sandro. Este señor, durante siete largos años, se lo ha pasado en grande dándole palizas a su mujer, palizas tan gordas que más de una vez la mandó al hospital.

El cura puso los ojos como platos.

—¿Es... es eso cierto? —Patrizio negó con la cabeza—. ¡No mientas, Patrizio! —Los ojos azules y bonachones de don Sandro se habían transformado en dos agujones hirientes—. A mí no. ¿Has hecho lo que dice el subjefe?

—No... no siempre fue así. A veces... —empezó a decir, pero se interrumpió.

—Continúe. Quiero oírlo. ¿A veces qué? —lo urgió Rocco. Pero Patrizio no abrió la boca. Y el policía añadió—: Voy a describirle la situación, y usted va a escucharme sin interrumpirme; si no, lo reviento a hostias aquí mismo, delante de su padre espiritual y de la tumba de su mujer.

—Se lo ruego, señor Schiavone... —protestó el ministro de Dios.

—Don Sandro, ni remotamente se imagina usted el esfuerzo que estoy haciendo para mantener la calma y la serenidad. Y, por ceñirme a su terreno, yo diría que, si no he explotado ya y me he liado a hostias con éste, es por obra de un milagro. Como iba diciendo —prosiguió Rocco, levantando la voz—, la mañana del viernes molió a palos a su mujer. ¿Qué pasó, encontró algún mensaje en su móvil? ¿Sospechaba que tenía un amante?

—Yo no la...

Rocco se arrancó con la velocidad de un tren bala y le cruzó la cara de una bofetada a Patrizio Baudo.

—Le he dicho que no me interrumpa.

—¡Señor Schiavone! —gritó el cura mientras el viudo se tocaba la mejilla en la que la mano del subjefe se había estampado como una pegatina en un cristal.

—Nada de interrupciones, me parece que acabo de decirlo. Sigamos.

—Señor Schiavone, no le permito que...

—Padre, no se meta. Ésta no es una de sus ovejas descarriadas, sino un

cobarde que hasta ahora se ha ido de rositas. ¿O no, Patrizio? Bueno, voy a proseguir, y espero que sin interrupciones. El viernes por la mañana molió a palos a su mujer, que aún tenía las señales en la cara. Se le fue la mano y la mató.

—Le digo que...

Esa vez fue el codo lo que golpeó el pómulo de Patrizio Baudo. El impacto le volvió la cabeza ciento ochenta grados, y de la boca salió disparado un salpicón de sangre que fue a manchar la gravilla, a los pies del cura.

—¡Santo Dios! —exclamó éste—. Señor Schiavone, informaré a las autoridades...

—¡Silencio! —bramó Rocco, echando espumarajos por la boca—. Cállese de una vez.

Italo se había acercado. Lo que hasta ese momento había parecido una conversación pacífica, al menos desde su posición, estaba transformándose en algo terrorífico. Sabía que debía estar preparado para intervenir en cualquier momento.

El subjefe Schiavone retomó su discurso, con calma, mientras el viudo escupía saliva roja.

—Todo esto pasó en la cocina. La estranguló con la corbata. La que su mujer le había regalado por su santo. Y luego montó la escena del suicidio. Primero corrió las cortinas, pero no las tenía todas consigo, y, para evitar que alguna mirada ajena, que algún vecino, viera algo, bajó también las persianas, y cometió un error. Para empezar, porque ninguna mirada indiscreta puede escudriñar el interior de su casa. No tiene vecinos enfrente, ¿o no se había dado cuenta? Pero debía apresurarse, a las diez llegaba Irina y no le quedaba mucho tiempo para pensar, por eso las bajó. Después salió de casa y se fue con la bici. ¿Y si le pido que alguien me confirme su coartada? ¿Lo vio alguien durante su... cómo era, «pedalada»? ¿Qué me dice? —Patrizio seguía callado—. Ahora es el momento de hablar. Le he hecho una pregunta. ¿Lo vio alguien con la bici? —El viudo negó con la cabeza—. Perfecto. Luego se deshizo de la corbata, que era el arma del delito. Volvió a casa e hizo el paripé. Se dejó los guantes puestos toda la mañana, no se los quitó en ningún momento. Tampoco cuando fui a la iglesia para enseñarle el broche, ¿se acuerda? Siempre con los guantes. Como hoy. Tenía miedo de enseñar las manos. Tenía miedo de revelar que esas manos habían golpeado a otra persona. Más concretamente a Ester, su mujer.

Patrizio había sacado un pañuelo para secarse el labio.

—Yo no la maté. Yo no la maté.

Rocco lo miró. Tenía que apretar la mandíbula y contraer los puños para conseguir mantener la calma. Se concentró en la yugular de Patrizio. Se la habría arrancado de un mordisco.

—Ester y yo nos... nos peleamos, es cierto. Es que... me quema la sangre. Cuando se pone así, yo no sé ya ni lo que hago, se lo juro. ¡Quería largarse, quería irse a vivir con la zorra de Adalgisa!

—Patrizio... —intervino el cura—. Patrizio, por favor te lo pido, contrólate.

—¿Que me controle de qué? —Los ojos del koala se ensancharon como una mancha de tinta en un papel. Se le habían puesto negros, eran sólo dos enormes pupilas—. Usted no se daba cuenta, padre. Yo la quería, pero ella siempre estaba poniéndome a prueba. A diario. Cada día era un calvario. Mandaba mensajes que luego borraba. ¿A quién se los mandaba? Yo quería saberlo. Era su marido, por Dios bendito, ¡estaba en mi derecho! —El cura se llevó las manos a la cara. Patrizio continuó—: El año pasado me fui dos semanas a casa de mi madre. ¿Y sabe lo que me dijo Ester, padre? ¿Quiere saberlo? «¡Las dos semanas más felices de mi vida!». Con esas mismas palabras. Y en el móvil, igual. Más y más mensajes para la zorra de Adalgisa, y en todos ponía lo mismo: «¡Las dos semanas más felices de mi vida!». Pero el dinero sí lo quería, la señora. ¡Ya lo creo que lo quería! ¿Y yo? Yo, a trabajar como un esclavo para poner una tarjeta de crédito a su disposición y comprarle sus caprichitos.

—¿Por qué nunca recurriste a mí? ¿Por qué nunca me contaste nada? —le preguntó don Sandro.

—¿Y qué iba a decirme, padre? ¿Qué sabe usted de mujeres? ¿Acaso ha tenido alguna experiencia?

—Tienes razón, no sé nada de mujeres. Pero algo conozco del alma humana —replicó don Sandro.

—Lo único que sabe usted decirme es: «Confía en Jesucristo. Confía en Jesucristo». ¿Dónde ha estado Jesucristo estos siete años, eh, dónde? Yo se lo diré, padre. Por ahí. ¿Sabe cuándo volvía Jesucristo? Cuando la castigaba. Sólo entonces volvía la paz, ¿sabe? Y créame, no me avergüenza reconocerlo: someterla era la única solución. Aunque a veces podía ser doloroso.

—¡Tú lo que hacías era partirle los huesos!

La sonrisa ensangrentada de Patrizio parecía una máscara de terror.

—Eso pasó alguna que otra vez. Sí, alguna que otra vez... ¿Sabe qué ocurre? De verdad que yo no quería, pero a veces, sólo con que empleara un poquitín

más de fuerza... ¡clac! —chasqueó los dedos—, se partía como una ramita. No era mi intención, pero ocurría... Era de huesos frágiles, está claro. Apuesto a que, si nunca le hubiese roto nada, ahora mismo no estaríamos aquí hablando, ¿verdad?

Rocco se puso de pie. Patrizio seguía hablando con el cura, y parecía imposible pararlo. «Normalmente una confesión exige privacidad», pensó Rocco. Además, tal vez le fallaba la memoria, pero ¿no había que santiguarse y pronunciar un par de fórmulas antes de empezar a soltar mierda en los oídos de un cura?

—Lo he sabido siempre: en una casa debe haber uno que manda y otro que obedece. Y si a veces eso te obliga a tener mano dura... ¿qué quiere que le diga, padre? Pues yo la tenía. Don Sandro, usted no sabe lo que es vivir con una mujer que en cualquier momento puede irse por ahí a hacer lo que le dé la gana con cualquiera. La pillé in fraganti, ¿sabe? La pillé in fraganti con un colega mío. En un bar. Tomando un granizado de café. Con nata. ¡En febrero!

—Tú... le hiciste eso a tu mujer... —dijo don Sandro con los ojos clavados en el suelo.

Patrizio Baudo seguía hablando a voz en cuello con los dientes manchados de sangre, mientras unas lágrimas de histeria le humedecían las mejillas.

—Se reía de mí a mis espaldas cada vez que salíamos. Hasta en la iglesia, don Sandro, hasta en la iglesia. ¿Sabe lo que me dijo una vez? Que era una lástima que se hubiese metido usted a cura, que era un desperdicio, un hombre tan guapo. ¿Qué me dice? ¡Seguro que usted también ha tenido malos pensamientos con mi mujer, no me mienta!

—¡Patrizio, tienes que calmarte!

—¿Por qué, acaso no le habría metido mano?

La diestra de don Sandro voló con una agilidad insospechada y se estampó contra la mejilla de Patrizio.

—Padre —intervino Rocco—, contrólese, por favor.

Don Sandro respiraba fatigosamente y no le quitaba ojo a Patrizio Baudo. Tenía colorada la mano que había asestado el golpe.

—Qué he hecho... —se lamentó el sacerdote—. Qué he hecho...

Rocco miró a Italo, que se encontraba a un par de metros del banco. El agente leyó en la mirada de su jefe un mensaje inequívoco y se acercó a Patrizio Baudo sacando las esposas de la funda.

—Pero ¡luego Ester entraba en razón! —susurró en un grito ahogado Baudo,

mirando a don Sandro mientras Italo le ponía las esposas—. Entraba en razón y me pedía perdón. Y si yo actuaba así era porque estaba demasiado enamorado. Sí, habrá quien no se lo crea, pero es verdad.

Italo dio un tirón para intentar alejar a Patrizio del banco y llevarlo esposado hasta el coche. Pero el otro no paraba de hablar:

—Y ella lo sabía, padre, ¿me oye? Y se metía conmigo en la cama. Y era más dulce y más hembra que nunca. ¿Por qué no me denunció? ¿Eh? ¿Contésteme! ¿Por qué? Dígamelo usted, señor Schiavone. ¿Alguna vez le vieron el pelo por la jefatura? —Patrizio e Italo estaban ya a unos veinte metros de distancia. El policía se las veía y se las deseaba para llevárselo—. Porque en el fondo a ella le parecía bien. ¡Le gustaba! Era mi forma de amarla. ¡Y a ella le parecía bien!

—¡Que te muevas, joder! —gritó Italo.

Pero Patrizio no escuchaba.

—Es sólo una cuestión de fuerza. No supe dosificarla, eso es todo. Pero ¡a ella le parecía bien!

—¡Como no avances, te meto de hostias!

—Háganme caso, Ester se merecía todo lo que le hice. ¡Se lo ganó a pulso!

—¡Ya está bien, me cago en todo!

Italo le dio un empujón. Patrizio cayó al suelo, pataleó en el aire y se puso en pie otra vez.

—Yo no maté a Ester. Sólo la castigaba cuando se lo merecía. Era su marido, podía, debía hacerlo. Está en las Escrituras, padre. ¡Está en las Escrituras!

Por fin Italo consiguió llevárselo, y ambos desaparecieron detrás de un ciprés. Como por arte de magia, el silencio del cementerio se tragó los gritos.

Rocco y don Sandro se encontraron uno frente al otro. Dos supervivientes tras un huracán que había engullido las casas.

—¿Qué, padre, la próxima vez yo lo sujeto y usted da leña?

Don Sandro se desplomó en el banco.

—No... no me lo puedo creer. Los conocía desde hace tantos años... Y todo delante de mis narices.

—Delante de sus narices, y de las de los vecinos, y de toda la ciudad, de los hospitales y hasta de la jefatura. No se culpe. Usted no es el único responsable.

—¿Cómo puede decir tal cosa? Ha sido culpa mía. ¿De qué sirve un cura entonces, si ni siquiera es capaz de intervenir para salvar a una familia?

—Porque para salvar a esa familia sólo hacía falta una cosa que usted, padre,

jamás podrá aceptar. Se llama «divorcio».

—Mire, señor Schiavone, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre, hasta ahí llevo. Pero a veces Dios no ha unido a nadie en lo más mínimo. Y, por tanto, no hay nada que separar.

El juez Baldi le había dedicado el tiempo justo para firmar las órdenes, feliz de que el caso de Ester Baudo se hubiese cerrado en tan pocos días.

—Es usted un hacha —le había dicho—. Y ahora tendrá que disculparme, pero ando detrás de una de las mayores evasiones fiscales del Valle de Aosta.

Dicho esto, había salido a todo correr de la fiscalía con dos escoltas, rumbo a Courmayeur.

Rocco Schiavone se había visto de pronto sin nada que hacer. Iba por las salas de la jefatura con las manos detrás de la espalda, como un jubilado que se echa a las calles a contemplar el progreso de unas obras. Había sacado dos cafés de la máquina, un chocolate, y hasta se había atrevido con un dulce. Como era obvio, lo había tirado todo a la papelera de plástico que una mano previsora había ubicado justo al lado de la dispensadora de porquerías. Por primera vez desde que estaba en Aosta, había vuelto a casa después de comer. Tendido en el sofá con una manta por encima, decidió ponerse a leer. Escogió un libro de relatos. Para retomar la lectura, tenía que hacer como con el deporte. Después de un período largo de inactividad, uno no puede echarse una carrera de una hora. Los músculos no aguantan. Por eso mismo no podía enfrentarse a una novela. Además de fuelle, le faltaba concentración. Si se dormía con un relato, más tarde recuperaría el hilo fácilmente. La elección recayó sobre unos cuentos de Chéjov. Con el quinto nombre en ruso, Olga Mijáilovna, los párpados se le cerraron como dos compuertas.

Lo despertó el jefe superior. Había aprovechado la resolución del caso para convocar una rueda de prensa, convencido de poder manejar las preguntas de los gacetilleros. Rocco fue llamado a filas. Estaba soñando con la estepa rusa, con rublos, verstas y yugadas de tierra. Al no tener una excusa a mano, se vio obligado a capitular. No pudo, por tanto, evitar aquella tocada de cojones que ese día ascendió al noveno grado.

Estaba sentado a la mesa de la sala de reuniones de la jefatura, ante un

nutrido grupo de periodistas armados con blocs de notas, teléfonos en modo grabadora y cámaras de televisión montadas en trípodes al fondo de la estancia. El jefe superior Andrea Costa llevaba hablando un cuarto de hora, como si le hubiesen dado cuerda, mientras Rocco andaba perdido en sus pensamientos y se limitaba a contemplar al público fingiendo concentración e interés. Había sobrevivido a cinco años de instituto gracias a ese truco. Sólo tenía que apoyar los codos sobre la mesa y ponerse las manos delante de la boca, entornar un poco los ojos y asentir de vez en cuando con una expresión calma, profunda y reflexiva.

En realidad, sus pensamientos no estaban en esa sala. Tenía la cabeza en otra parte. De nuevo lo acometía esa incómoda sensación de haber olvidado algo.

—Además, esto nos lo puede confirmar nuestro subjefe, Rocco Schiavone —dijo Costa.

De pronto se convirtió en el centro de atención.

—Así es —dijo, sin saber ni remotamente lo que acababa de confirmar. Todos lo miraban. Incluido su superior. Tenía que añadir algo más, pero ¿qué? Debían de estar hablando de la detención de Patrizio Baudo, pero no tenía ni la más mínima idea de lo que estaban comentando concretamente. Se tomó su tiempo—. Así es, casa con la casuística —dijo por fin.

—¿Qué casuística? —preguntó un periodista con ricitos.

—La que se basa en los datos de la jefatura —explicó Rocco.

Error. Vio cómo se torcían las caras de los periodistas.

—Perdone —intervino un joven con canas—, pero ¿por qué? ¿Acaso la jefatura analiza los precios de las bicis de carreras?

«¿De qué coño están hablando? Me cago en...», pensó Rocco. Mentir, seguir mintiendo.

—Así es. También se ocupa de eso. ¿Sabía usted, amigo mío, que a partir de detalles en apariencia irrelevantes como el precio de una bicicleta de carreras, de una Colnago, por ejemplo, que está en torno a los seis mil euros, pueden extraerse un montón de conclusiones? Le pongo un ejemplo: Patrizio Baudo era muy cuidadoso con su bicicleta, naturalmente, y la trataba como a una hija. Ese celo provocó que la bici en cuestión se transformase en un caballo de Troya, porque el homicida había escondido la corbata, el arma del delito, justo debajo del sillín. Pero la etiqueta de la tienda se desgarró y se quedó enganchada entre los muelles.

Seguían observándolo en silencio. Estuvo tentado de preguntar en voz baja al

jefe superior cuál era la cuestión que estaban abordando, pero sabía que la pregunta se transformaría en un broncazo de una hora larga en el despacho de Costa, y no tenía el temple suficiente para soportar algo así.

—No entiendo qué tiene eso que ver con la Aosta-Saint Vincent-Aosta —dijo el periodista de los ricitos.

A Rocco le vino la iluminación: estaban hablando de la dichosa carrera ciclista benéfica, la Aosta-Saint Vincent-Aosta, la gran obsesión del delegado del Gobierno.

—Tiene mucho que ver —porfió Rocco, agarrándose a un clavo ardiendo—. Porque me ha ayudado a concentrarme en el caso Baudo: me consta que el homicida tenía intención de participar en la carrera, y se entrenaba a diario para ello.

—Pero ¡estábamos hablando de la bicicleta que ganará el vencedor! —saltó una periodista anciana que, pese a su edad, parecía estar embarazada.

—Y yo le estoy confirmando que es una Colnago valorada en seis mil euros. —Disparó Rocco a bocajarro.

Costa lo miró atónito.

—¿De verdad? —le preguntó.

—Ha sido idea mía.

El jefe superior retomó la palabra para salvar la situación. Esta vez Rocco le prestó atención. Volvían a hablar del homicidio de Ester Baudo. Una chica elegante y agresiva había sacado el tema diciendo:

—¿Estamos aquí perdiendo el tiempo con la carrera cuando se ha producido por enésima vez un caso de muerte por violencia machista?

La sala estalló. Costa bregó como pudo con las preguntas de los periodistas.

—¿Por qué no se organiza la jefatura y crea una brigada especial para esta plaga social?

—¿Por qué una mujer tiene que verse abocada a esto para que le hagan caso?

Costa se había preparado para demostrar, con los datos en la mano, que la jefatura había intervenido muchas veces en casos de violencia doméstica contra las mujeres, y que colaboraba estrechamente, de forma constante pero discreta, con las asociaciones locales.

—Entonces, ¿por qué está Ester Baudo en el cementerio?

—No nos constaba ninguna denuncia de la señora Baudo. Por desgracia, ése es el verdadero problema de la violencia de género. Sin denuncia, nosotros no podemos hacer nada, porque nada sabemos.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la chica morena—. A una mujer la ingresan cinco veces en el hospital ¿y ustedes no se huelen nada?

—Verá, señorita...

—Señora, si no le importa —precisó la periodista.

Costa se puso colorado como un tomate. Se corrigió:

—Señora, hay cosas que no podemos saber sin una comunicación por parte de las autoridades sanitarias, es decir, de un director o jefe de servicio, aunque sea un chivatazo de un médico.

—Pues yo tengo conocimiento de casos denunciados que no han llegado a atenderse. ¿Es cierto que ustedes no pueden intervenir hasta que el marido machaca a su mujer a puñetazos? ¿Que para que a una le hagan caso primero tiene que pasar por el hospital? ¿Le suena de algo el maltrato psicológico?

Rocco se zambulló otra vez en sus pensamientos. Seguía con la sensación de que se le había pasado algo por alto. Un detalle. Un nombre. Algo. Vio entonces una cara conocida que acababa de situarse junto a las cámaras de televisión. Era Adalgisa, la amiga de Ester, que lo buscaba con la mirada. Le sonrió levantando mínimamente las comisuras. Rocco respondió con un leve gesto de la cabeza. Adalgisa tenía los ojos empañados, y una sonrisa dulce iluminaba su rostro. Estaba dándole las gracias.

—Ese hombre, Patrizio Baudo, maltrató durante años a su mujer, quien nunca reunió valor para acudir ni a ustedes ni a los carabineros. ¿Cómo es posible que en el año 2013 pase algo así?

Costa extendió las manos con resignación.

—Verá, señora, a eso no puedo contestarle. Sólo puedo decirle que mis hombres y yo hacemos todo lo posible por hacer de esta ciudad un lugar mejor.

—Tal vez uno de sus hombres pueda decirnos algo más al respecto —aventuró la periodista que parecía estar embarazada.

—Y que no tenga nada que ver con bicicletas —añadió el ricito, y todos se echaron a reír.

Touché. Lo único que podía hacer el subjefe era tragar.

—¿Cuál es la pregunta, concretamente? —terció Rocco al tiempo que abría un botellín de agua. No podía volver a quedar mal.

—¿Por qué no se consigue acabar con esos mecanismos destructivos en el seno de la vida familiar?

—Buena pregunta, señora. —Se sirvió agua en el vaso de plástico—. Pero, mire, yo no soy ni sociólogo ni psiquiatra. Sólo soy subjefe de policía. Un

esbirro, como dicen en las películas.

—Pero ¿según su experiencia...? Usted trabaja sobre el terreno, no es un calientasillas —insistió la periodista anciana.

Rocco bebió y dejó el vaso sobre la mesa.

—Hay dos tipos de criminales. Están los sinvergüenzas, con los que es fácil lidiar; y luego están los que son como Patrizio Baudo. Personas normales con las que tal vez compartimos mesa de trabajo, codo con codo, pero que luego vuelven a casa y maltratan a sus mujeres o abusan de menores. Si preguntamos a los vecinos, todos son buenas personas. Ésos son los peores. Las buenas personas son las que más miedo me dan. A los criminales no los temo; a las buenas personas, sí.

—Como decía un gran escritor estadounidense: «Cuídate del amor del hombre corriente. El suyo es un amor corriente que aspira a la mediocridad». —Era Adalgisa la que había intervenido, y todos se habían vuelto para mirarla.

—Ha adaptado usted un poco la cita, pero digamos que sí, que ése es el concepto —precisó Rocco con una sonrisa.

Costa intervino, tajante:

—Bueno, antes de que la rueda de prensa se convierta en un simposio de literatura, ¿alguna otra pregunta?

Se alzaron tres brazos.

—¿Creen que Patrizio Baudo alegará trastorno mental? —intervino el joven con canas.

—Eso tendrán que preguntárselo al juez y al psiquiatra forense.

—¿Y a ustedes, entonces, qué les preguntamos?

—A nosotros pueden preguntarnos cómo lo capturamos, cuándo lo capturamos, qué pruebas lo inculpan. Sobre el estado mental de Patrizio Baudo no podemos decirles nada, está más allá de nuestras competencias —respondió el jefe superior.

Rocco se levantó de un salto.

—Disculpen, pero me cuesta respirar y estoy sufriendo un ataque de pánico. Tengo que irme.

—¿Se encuentra mal? —preguntó, alarmado, un periodista.

—Digamos que estoy hasta los cojones.

Bajó deprisa las escaleras para salir a tomar el aire. Otra vez estaba lloviendo, pero era una llovizna fina y soportable. Mejor, en cualquier caso, que volver a su despacho a oír, por ejemplo, las lamentaciones de Deruta, la historia

clínica de las costillas de D'Intino o los detalles del maravilloso romance de Italo y Caterina.

—¡Subjefe Schiavone! —Una voz de mujer hizo que se diera la vuelta. Era Adalgisa—. Subjefe Schiavone, sólo un momento.

Llegó hasta él.

—¿No habíamos quedado en tutearnos?

—Tienes razón. Quería darte las gracias formalmente. Y me siento fatal.

—¿Por qué?

—Por las cosas que se han dicho ahí dentro.

—¿Te refieres a lo de la bici?

Adalgisa sonrió.

—No. Oye, ¿puedo invitarte a un café? —le preguntó mientras abría el paraguas.

Rocco se lo quitó de las manos, Adalgisa se le enganchó del brazo y juntos se encaminaron al bar más cercano.

El café era decente, y la galletita que lo acompañaba tampoco estaba mal. Demasiada mantequilla, pero a veces Rocco necesitaba alguna guarrería hipercalórica. Lo ayudaba a sobrellevar un día espantoso y aquel cielo que llevaba meses sin parar de vomitar agua, ya fuese líquida o congelada.

—Era yo la que tendría que haber hecho algo. Porque yo lo sabía, lo sabía todo y no moví ni un dedo.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que Patrizio pegaba a Ester. ¡Cinco veces en el hospital! ¿Eso es verdad?

—Por desgracia, sí.

—Me enteré cuando fue por lo del brazo. Me dijo que se había caído por la escalera. Cuando el cabrón la maltrataba, ella se pasaba semanas sin dar señales de vida. Se lo dije mil veces: «Ester, vamos a poner una denuncia, no puedes seguir así». Pero ella siempre lo justificaba. Sólo estaba celoso, decía... Y, además, Ester tenía miedo.

—¿De qué? —quiso saber Rocco.

—De quedarse sola. No tenía trabajo. Y seguro que Patrizio la machacaba con ese tema. No lo sé, los padres de Ester murieron hace tiempo, y sólo tiene una hermana en Argentina con la que lleva años sin hablarse.

—¿Puedo? —Adalgisa asintió, y Rocco se comió también la galleta de la

mujer—. ¿Y por qué no me dijiste nada?

—Le di mil vueltas. Pero ¿y si yo te contaba esas cosas sobre Patrizio y luego resultaba que era inocente? Habría sido espantoso. Acusar a alguien de homicidio no es ninguna broma.

—Cuando nos vimos, me dijiste que tarde o temprano tenía que pasar, refiriéndote al suicidio de Ester.

—Estaba cada vez más hecha polvo. Casi no hablábamos ya. No me contaba sus cosas, su vida. Se pasaba los días delante de la tele o cocinando para su marido. Cuando salía, él la sometía al tercer grado. No la mató el viernes pasado, Rocco. Llevaba matándola siete años.

—Siete años de agonía. No se los desearía a nadie.

La mujer cogió el bolso del suelo y se lo puso en el regazo.

—Te he traído una cosa.

Sacó un pequeño cuaderno negro. Se lo entregó al subjefe.

—¿Qué es?

—Me lo dio Ester. Pensamientos, un diario; me gustaría que lo leyeras. Pero sólo si prometes devolvérmelo.

—¿Por qué quieres que lo lea?

—Porque, ahora que te conozco mejor, sé que puedo dártelo con total tranquilidad. Porque en él está Ester. Porque no llegaste a conocerla. Y, sin embargo, lo que has hecho por ella nunca lo había hecho nadie.

—Yo no he hecho nada por ella.

—Eso lo dirás tú, Rocco. Pero has hecho muchísimo.

Adalgisa se había despedido con un beso en la mejilla. Rocco, sentado a la barra, había pedido otro café. Tenía el cuaderno negro de Ester en la mano. Lo abrió. Empezó a leer.

Qué raro y extraño es el tiempo. Puedes medirlo con un reloj, con un calendario o con un cronómetro. Pero es relativo. Mientras miro por la ventana y veo caer un copo de nieve, no ha pasado ni un minuto. Nada. Un minuto de nada. El mismo minuto, para un bebé que nace, es el principio de toda una vida. Para un nadador, ese minuto vale años de entrenamiento. Para mí, sólo ha sido un copo de nieve que caía. Y me

pregunto cuál será mi minuto. Mi hora. O mi día, incluso. Que para algunos será un día entero delante del televisor viendo la teletienda. Para un perro, sus dos comidas diarias. Para un preso, un día menos entre rejas. Y para mí, sin embargo, tal vez ese día será aquél en que mi vida cambie. ¿Cuándo llegará? ¿Y cómo será? ¿Insignificante? ¿Soleado? ¿Hará sol o lloverá? Lloverá, seguro. Nunca he tenido mucha suerte.

Club de lectura. Hemos comentado *Los crímenes de la calle Morgue*. Sólo un orangután podía ser el culpable. Fantástico. Adalgisa y sus juegos literarios. A mí no me gustaban las novelas policíacas. Ella me ha ayudado a comprenderlas. Cuánto se esfuerza por mí. ¿Merece la pena? ¿Por una persona que hoy ni siquiera es capaz de levantarse de la cama? Pero me gusta su proyecto. Es fantasía, sí, pero a Adalgisa la cabeza le va a mil por hora. Ojalá en la vida real un orangután pudiera ser un asesino... Pero es imposible. ¿Imposible? ¿Por qué? Depende de quién sea el orangután.

Intento de novela autobiográfica. Me gustaría titularla *Penélope*.

«Caía despacio, planeaba hacia el fondo mientras el aire salía de los pulmones con un suspiro. Detrás de los párpados, sólo rojo, y el sonido del corazón cada vez más lento en las sienes. Caía despacio como una hoja de roble rojo otoñal que vuela sinuosa antes de tocar tierra. Ya no podía abrir los dedos de las manos y todo estaba tranquilo. Tranquilo y hermoso. Era como quedarse dormida. O como después de hacer el amor con Enrico, cuando todavía se querían, cuando eran jóvenes y parecían tener todo el tiempo del mundo por delante. Pero ahora el tiempo estaba agotándose. Y, en el fondo, tampoco estaba tan mal. El rumor de la carretera quedaba amortiguado entre algodones. Los músculos se dilataban y se expandían sobre la loza de la bañera. Frío repentino. A continuación, una última y breve respiración, el último latido del corazón, más liviano que el de un canario. Y todo acabó...».

... No es en mí en quien pienso por las noches. Ni tampoco en él; es poco más que un tubo digestivo. Pero no debo ensuciar estas páginas con él. No hay espacio... Pienso en los juegos de Adalgisa. Quién sabe. ¿Estará en ellos la solución? No veo otra salida.

Un chico me ha mirado por la calle. Tendría unos veinte años. Y he bajado la mirada. Se ha ido. Me he visto reflejada en el cristal del portal. Ahí estaba yo. Dos bolsas en cada mano. El pelo como un manojo de

espinacas. ¿Qué es lo que ha visto? ¿Qué habrá sentido mientras me miraba? Lástima. Una lástima infinita. ¿Qué pienso yo cuando me veo reflejada en el cristal de mi portal? ¿Esto es la vida? ¿Esto es lo que quería para mí? ¿Merece la pena enfrentarse a mil días así?

El domingo fui a la iglesia. No quería oír misa. Quería contemplar la iglesia. Me equivoqué de hora. Entré y justo había misa. El cura estaba leyendo el Génesis 2, 21-23. Lo releí en casa. Dice: «Entonces Dios el Señor hizo que Adán cayera en un sueño profundo y, mientras éste dormía, le sacó una de sus costillas, y luego cerró esa parte de su cuerpo. Con esa costilla que sacó del hombre, Dios el Señor hizo una mujer, y se la llevó al hombre. Entonces Adán dijo: “Ésta es ahora carne de mi carne y hueso de mis huesos; será llamada ‘mujer’, porque fue sacada del hombre”».

Le he dado muchas vueltas. Según esa historia, la mujer nace del hombre; es más, es un pedazo de él. Y el hombre se vuelve loco por la mujer, la ama. En realidad, se ama a sí mismo. Ama un pedazo de él, no a otra persona. Vive y engendra hijos y hace el amor consigo mismo. Un amor concentrado en su propia persona que nada tiene que ver con el amor. Creo que es lo más perverso que he leído en mi vida. El varón sólo está enamorado de sí mismo. Eso aseguran las Sagradas Escrituras. La inferioridad femenina no tiene nada que ver. Es sólo un medio para tapar todo lo demás.

La pertenencia. Una persona pertenece a otra. Por decreto divino. Es decir, mi vida tiene valor porque pertenezco a un hombre. Bestias, casas, tierras y mujeres. Pertenecen.

... Yo no pariré jamás.

Porque podría nacer mujer.

Y no se lo merece. Para eso ya está su madre.

Dondequiera que estés, hija mía, perdóname. Perdona a tu madre. No se ha atrevido. Ni se atreverá nunca. Nunca...

... ya no soy yo. Ya no soy yo. Ya no soy yo.

... es un mecanismo que hay que engrasar y mejorar. Sin embargo, el juego funcionará... No queda otra alternativa. No tengo otra alternativa.

En medio de la última página, había una frase de Perrault: «Pulgarcito no se afligió demasiado, pues creía que hallaría fácilmente el camino a casa gracias a las migas de pan».

Rocco cerró el cuaderno. Y entonces comprendió qué era lo que no encajaba. Lo que se le había olvidado. El detalle que se le escapaba, que había permanecido oculto entre los pliegues de su mente. Cuando todo se esclareció, fue como recibir un golpe en el plexo solar, fuerte y potente, de esos que te quitan la respiración y te dejan con las piernas flojas. Tenía que ir corriendo a la jefatura.

—Era demasiado fácil —dijo, abriendo la puerta del bar—. Era todo demasiado fácil. ¡Joder, joder, joder!

Abrió la puerta de par en par y fue directo hacia su despacho. En lo alto de la mesa había una nota de Italo con todas las llamadas recibidas: tres del jefe superior y, sobre todo, las tres de Luca Farinelli. Al lado, una caja de cartón. Se la había dejado el segundo de la Científica en persona. Eran sobres de plástico que contenían papelajos. Encima, una breve nota: «Estaban por el suelo en el cuarto del cadáver. Mira a ver si pueden serte útiles. Cuando termines tus comprobaciones, llámame, por favor, que hay que archivarlo todo».

Se puso a mirar, sobrecito por sobrecito. Dos cuentas de un restaurante, listas de la compra, una factura del gas pendiente, un recibo de aparcamiento. Nada de interés. Pero el ojo había registrado algo que la mente tardó unos pocos segundos en comprender. Volvió a estudiar el resguardo del aparcamiento.

Hospital Parini. Hora de salida: ocho y diez de la mañana. Día: viernes 16 de marzo.

¿Quién había salido a las ocho y diez del aparcamiento del hospital Parini el día de la muerte de Ester? ¿Y por qué estaba ese papel en el cuarto del cadáver?

—Una corbata... —Las nubes se abrieron y surgió el sol—. ¡La luz! —gritó el subjefe.

Apareció Italo Pierron.

—¿Qué luz? ¿Qué pasa?

—¡Soy un imbécil, Italo, un auténtico imbécil! Cierra la puerta.

El agente obedeció al instante y se sentó delante del subjefe.

—¿Quieres explicarme qué es lo que pasa?

—Ester Baudo. Me ha llevado a donde ella quería.

—¿Qué dices?

—¡No había entendido una mierda! Italo, préstame atención. Nosotros creemos que fue el marido, ¿verdad?

—Sí, que la estranguló con la corbata y luego fingió el ahorcamiento con el alambre en el gancho de la lámpara.

—Pues ahí ya falla un detalle. La luz. ¿Te acuerdas? Cuando entramos, yo encendí la luz de la habitación y se produjo un cortocircuito. ¿Esto qué te lleva a pensar?

—No lo sé.

—¡Ya lo teníamos! ¡Unos imbéciles, eso es lo que somos! Está claro que el asesino bajó las persianas después. Y salió del cuarto. Ella se ahorcó con una corbata y lo del alambre vino después. ¿Te acuerdas de lo que dijo Alberto?

—No, yo no estaba en la sala de autopsias. Estaba fuera, vomitando.

—Que tenía un cardenal de dos dedos de ancho causado por el objeto que estranguló a la víctima, o sea, la corbata; y otro más pequeño alrededor del cuello, que era la marca del alambre. Ahora bien, nosotros dijimos que el marido, una vez estrangulado, levantó a Ester como con una polea, valiéndose del gancho de la lámpara. Luego ató el alambre a la pata del armario, bajó las persianas y se largó. ¿Me sigues?

—¿Y no fue así?

—¡No! Porque el cortocircuito lo provocamos nosotros al encender la luz. ¿Qué significa eso? Que los cables estaban pelados y se tocaban, y que, en cuanto pulsamos el interruptor, saltó la corriente. El alambre colgaba del gancho de la lámpara, pero no llegaba a rozar los cables de la luz. Entonces, ¿cómo coño entraron en contacto los dichosos cables de la corriente? Con el primer ahorcamiento.

—¿El primero? —preguntó Italo, con la boca abierta.

—El primero, sí. Cuando Ester cogió la corbata de su marido, se la ciñó al cuello y se dejó caer.

—Me estoy perdiendo. ¿Y el alambre?

—Alguien intervino después de su muerte. ¿Y sabes cómo? Colocándole el alambre alrededor del cuello, enganchándolo de la lámpara, cortando la corbata y dejando a Ester Baudo colgando.

—¿Que alguien hizo eso? ¿Quién?

—Un cómplice. ¿Una amiga? ¿Una amiga que a las ocho y diez estaba saliendo del aparcamiento del hospital Parini?

—Entonces, alguien ayudó a Ester después de muerta, ¿es eso?

—Eso mismo. Un plan que Ester y su amiga fueron diseñando con el tiempo. El crimen perfecto... tal vez sólo fuera un juego intelectual. Suicidarse y fingir un homicidio. ¿Qué nos dejan? Nos dejan la bolsa de la tienda con el recibo y la felicitación para el marido, dándonos a entender que esa corbata, el regalo, es el arma del delito. Pero resulta que no encontramos la corbata en cuestión. Sólo encontramos el logo de la tienda «Tomei» en la etiqueta de tela, justo debajo del sillín de la bicicleta de Patrizio Baudo. Ya era una coincidencia rara. Ella nunca llegó a darle ese regalo a su marido. Él nunca vio la corbata. Todo eso era sólo para nosotros, ¿lo entiendes?

—Espera, Rocco, espera, que no me entero. Empecemos de nuevo. Ester y Patrizio tienen una pelea.

—Digamos que esa mañana Patrizio le monta una escena y le da una paliza tremenda. Todo esto ocurre en la cocina, por eso estaba patas arriba. Ester ya no aguanta más y decide que ha llegado el día. Su amiga y ella lo tienen todo organizado desde hace tiempo. Sólo falta que se presente la ocasión. Llama a su cómplice, aunque por desgracia nosotros no hemos encontrado la tarjeta SIM de Ester. Sólo el móvil hecho añicos. Tuvo que ser una llamada alucinante. ¡Imagínate! Le dice a su cómplice: «Ha llegado la hora. Voy a hacerlo hoy. ¡Ya sabes cómo tienes que actuar!». ¡Y así es como el juego literario se transforma de golpe y porrazo en una realidad!

—Y lleva a cabo el suicidio. Mejor dicho: se ahorca con la corbata...

—Exacto. Luego llega el cómplice, coloca el alambre, corta la corbata y se la lleva, y el cuerpo sin vida de Ester se precipita en el nudo de ese alambre anclado al armario. El cómplice baja las persianas, cierra la puerta del cuarto a oscuras y se marcha.

—¿Baja las persianas y no enciende la luz?

—No. No la enciende. Ya te lo he dicho: el cortocircuito se produjo o bien porque en el primer ahorcamiento la corbata dejó pelados unos cables y entraron en contacto, o bien porque ese desbarajuste eléctrico lo provocó el propio cómplice, el compinche, precisamente para decirnos: ¡es un homicidio! Nadie se ahorca a oscuras, ¿comprendes?

—Muy listo, el cómplice.

—No, es imbécil. Porque creía que nos íbamos a tragar los errores del asesino. Quienes se equivocaron fueron Ester y él por suponer tal cosa.

—No tanto, Rocco, te recuerdo que has enchironado al marido.

Rocco hizo como si no lo hubiera oído, pero Italo acababa de decir una verdad como un templo.

—Un homicidio disfrazado de ahorcamiento. ¿Te das cuenta, Italo? Nos ha hecho creer que fue un homicidio disfrazado de ahorcamiento. Pero hay un fallo. El cómplice está, claramente, trastornado, actúa sometido a un gran sufrimiento y extravía algo muy valioso. —Rocco le tendió el sobrecito que contenía el recibo del aparcamiento—. Algo muy importante, fíjate. La huella de su presencia en la casa. Después sale y, sin que nadie lo vea, se va. La luz la encenderemos tú y yo unas horas más tarde.

—Total, que Ester y su cómplice te dejaron pistas...

—Para inculpar al marido. Para castigarlo. ¿Te acuerdas del cuento de Pulgarcito?

—¿El de las migas de pan?

—Exacto. Pues eso mismo han hecho con nosotros.

—¿Quién es el cómplice? —preguntó Italo Pierron.

—Alguien que va todas las mañanas al hospital Parini a visitar a su madre, que se ha partido el fémur. Alguien que quiere dedicarse a escribir.

—¿Quién?

—Adalgisa Verratti, la única amiga de Ester. Que se fía de su plan hasta tal punto que no dice ni una sola palabra sobre la espantosa relación de Ester con su marido. Lo deja todo en nuestras manos. Sabe que, tarde o temprano, lo inculparemos.

—Entonces, ¿Patrizio Baudo es inocente?

Rocco miró fijamente al agente Pierron.

—Técnicamente sí. No mató a su mujer. No el dieciséis de marzo, por lo menos.

—Pero llevaba siete años matándola... ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí. Eso es lo que quiero decir.

—¿Qué hacemos?

El subjefe se levantó de la silla. Fue a mirar por la ventana. Apoyó la frente contra el cristal.

—Siete años son muchos.

—Siete años es una cifra considerable, Italo.

—Sí... no sé. Depende. Aunque sí, son muchos.

El subjefe volvió apresuradamente a su mesa. Sacó del sobre el resguardo del hospital. Lo miró.

—¿Qué vas a hacer, Rocco?

El subjefe agarró el mechero y prendió fuego al resguardo encima del cenicero. Con una llamarada, el papel copia se ennegreció y de la prueba no quedó más que una esquirla de carbón en medio de las colillas de Camel y Chesterfield.

—Con dos huevos, ahí... —dijo Italo, que empezaba a usar algunas expresiones romanas—. Con dos huevos, jefe.

Rocco no dijo nada. Cerró la caja de cartón.

—Esto hay que devolvérselo a Farinelli para que lo archive.

Pierron cogió la caja y se acercó a la puerta.

—Italo.

—¿Qué pasa?

—Sólo tú y yo.

—Como siempre, Rocco. Como siempre.

Y salió del despacho.

Rocco se sentó ante su escritorio. Abrió un cajón. Miró los porros ya liados. Volvió a cerrar el cajón.

Deambulaba por el centro cuando se encontró casi por casualidad delante de la librería de Adalgisa. La había visto apenas una hora antes, pero quizá fuera conveniente cerrar el asunto y evitar más secuelas. Entró.

Miró por las estanterías. Y encontró el libro que buscaba en la sección de literatura infantil. Se acercó a la caja. Había un hombre con barba.

—¿Está Adalgisa?

—Hoy no ha venido. Son diez euros con cincuenta.

Rocco pagó y salió de la tienda.

Recorrió los trescientos metros que separaban la librería de la casa de Adalgisa. En el interfono había varios apellidos. Pero el de Verratti no estaba. Pulsó uno de los botones al azar.

—¿Sí? —respondió una voz anciana.

—El cartero.

La puerta se abrió. Examinó los buzones. Allí sí aparecía el apellido Verratti. Número 6. Observó el rellano. Había tres pisos e hizo un cálculo rápido. Subió andando hasta la segunda planta. La puerta del número 6 estaba abierta. Rocco la empujó muy suavemente. Adalgisa avanzaba hacia él por el pasillo, con una

maleta con ruedas en la mano derecha y el bolso en el hombro izquierdo. Nada más ver al policía, palideció.

—¿Te vas?

La mujer tragó saliva. Rocco cerró la puerta tras de sí. Miró el pasillo. Blanco. Con una librería a rebosar de libros.

—No hace falta —le dijo. Se metió la mano en el bolsillo y le tendió el cuaderno de Ester.

—¿Lo... lo has leído?

—Lo suficiente como para comprender.

La mujer se guardó el diario de Ester en el bolso.

—He pasado por la librería. Mira lo que he comprado. —Le enseñó el libro de cuentos—. He decidido volver a leer, y empezaré desde el principio, con un cuento bonito. Es un buen método, ¿no crees? —Adalgisa echó el peso sobre el pie derecho. Soltó la maleta—. ¿Cuál es tu preferido, Adalgisa?

—No... no lo sé.

—El mío, *Pulgarcito*. El de las miguitas de pan. Para reconocer el camino. Unas veces son miguitas, otras veces son piedras. Y otras, corbatas. —Adalgisa tragó saliva—. No te preocupes. Sólo quería decirte que hemos encontrado el camino a casa. Gracias a ti también.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Darme una vuelta. Y tratar de averiguar si aún tiene sentido hacer lo que hago.

—Yo no...

—¿Sabes? —la interrumpió Rocco—, cuando hablaba contigo tenía la clara sensación de encontrarme bajo un microscopio. Lo has hecho muy bien. Debería haberte estudiado yo a ti. Pero tú fuiste más hábil. ¿Y sabes por qué? Porque pusiste el corazón en este asunto. Yo sólo el oficio.

—No es cierto. Entérate: tú también tienes corazón.

—Pero hay una cosa que me deja mal sabor de boca. Me tomaste por un cretino. Creíste que picaría como un idiota. —Rocco se echó a reír en voz baja. Era una carcajada a trompicones, de las contagiosas; hasta tal punto que Adalgisa acabó sonriendo también—. Y mi agente Pierron tiene razón. En el fondo soy un cretino, porque caí. Caí porque estaba ciego, amiga mía. Porque me dejé guiar por el nervio y no por el cerebro. Por la frustración, en lugar de la calma y la frialdad. Y tú lo sabías. Estoy seguro de que sabías que, cuando estuviera delante del cadáver de Ester, algo estallaría dentro de mí. Algo que me

cegaría. Sabes mucho más de mí de lo que has podido leer en los periódicos. Es alucinante que lo hayas conseguido con un par de conversaciones en un bar. Si escribes como estudias a las personas, tienes ante ti un futuro brillante. ¿Cómo te lo montaste para saber cuál era mi punto débil?

—¿Te refieres a tu mujer?

Rocco asintió.

—Pregunté por ahí. En la jefatura, incluso. Tengo un amigo en la policía.

—¿No será Deruta...?

—No. Se llama Scipioni.

—Estate tranquila, Adalgisa, y quédate en Aosta. Nadie va a molestarte.

—Gracias. —La librería tenía los ojos empañados.

Rocco dio media vuelta e hizo amago de marcharse. Sin embargo, al llegar a la puerta, pareció pensárselo mejor. Se volvió otra vez hacia Adalgisa.

—Dos cosas. Deshazte de las llaves del piso de Ester, ya no las necesitas. Y, cuando quites los precintos de las puertas, vuelve a ponerlos después en su sitio. De lo contrario, dejas huellas indelebiles. Acuérdate para tu próxima novela. — Y, dicho esto, salió del piso.

Usado. Manipulado como un títere por una mujer muerta y su amiga. Una mujer que había encontrado en el suicidio el acto extremo para acabar con su vida y castigar definitivamente a quien la había destruido.

«Un juego que pasó de la imaginación a la vida real», pensó el subjefe.

Cuántas veces había jugado a eso mismo con sus amigos... En plan: «Imagínate que estás solo en una isla habitada por ratas y gaviotas. No dispones de armas. ¿Cómo sobrevivirías? ¿Qué harías?».

Era como si las tuviera delante, a Adalgisa y a Ester, en su club de lectura, planeando al detalle un falso suicidio. Quién sabe, tal vez para que el juego fuera más interesante, más realista, lo habían ambientado entre las cuatro paredes del piso de Ester.

Y luego lo habían puesto en práctica.

Rocco nunca había conocido esa desesperación, total y sin posibilidad de retorno. Era un plan tan absurdo y complicado que sólo una mujer podía concebirlo. Y llevarlo a cabo.

¿Quién era él para destruir todo eso? No era nadie, una marioneta. Un títere y nada más.

Pasó por delante de la tienda de Nora. Se detuvo a unos diez metros para echar una ojeada. Había cambiado el escaparate. Ahora había un vestido de novia sobrio y elegante de estilo Grace Kelly. Una carcajada retumbó entre los edificios. La reconoció. Nora. Venía en sentido contrario por la misma acera y caminaba en dirección a su tienda en compañía de Anna y del arquitecto Bucci Nosequé. Reían muy animados, con un helado en la mano. «Un helado con este frío», pensó Rocco con una sonrisa. Se levantó el cuello del abrigo. Lo vieron. Los tres se quedaron petrificados en medio de la calle. Nora con los ojos muy abiertos. Anna con su media sonrisa en los labios. El arquitecto, en cambio, arqueó las cejas, se lo veía incómodo. Rocco se apoyó en la pared. Un niño, escoltado por su padre, pasó pedaleando muy concentrado en su bicicleta con ruedines. Nora se separó del grupo y avanzó hacia él. Pero Rocco dio media vuelta y desapareció al doblar la esquina, deseándole lo mejor del mundo. Se lo merecía.

A pesar del frío, se había sentado a una de las mesitas exteriores de un bar de estilo alpino, en la plaza del arco de Augusto. El local estaba cerrado. Se había plantado allí a escuchar en silencio el rumor del viento y de los pocos coches que pasaban. Pensaba en Roma, en su casa cubierta de polvo con los muebles fantasma. Miraba la acera mojada por la lluvia, que por fin había cesado. Las montañas de alrededor, vestidas aún de invierno. Las nubes corrían y se entretenían de vez en cuando en mostrar las cimas nevadas. Algún que otro transeúnte apresurado doblaba la esquina hacia la via Sant'Anselmo.

—No hay motivos para alegrarse —me dice Marina.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Disfrutar de la puesta de sol.

—No se ve. Está todo tapado.

—Ten fe. Es una ciudad fría. Pero es bonita.

—Sí. Es bonita.

—No eres juez.

Nunca había sido tan directa.

—Lo sé. No lo soy.

—No puedes hacer siempre las cosas a tu manera.

—Eso también lo sé.

—¿Vas a dejarlo así?

—Voy a dejarlo así.

—¿No crees que es inocente?

—No, Marina, no lo es.

—¡Mira! —exclama Marina—. Ahí está. Es como la alborada. La primera luz. La de la esperanza. ¿Ves como tarde o temprano llega?

Justo allí, en medio del cielo, las nubes se habían abierto de par en par. Un rayo de sol había logrado penetrar el manto y pasó a través del arco de Augusto, iluminando la plaza y la calle.

Rocco se levantó. Se encaminó despacio hacia aquella lengua de luz diáfana. La seguiría, sin pensárselo, al menos por una vez, dondequiera que lo llevara.

A casa, quizá.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, un sincero agradecimiento a Piero y Luciano, de la librería Aubert de Aosta. Vuestra amabilidad y diligencia son casi conmovedoras.

A Paola y a sus «manos derechas».

No puedo olvidarme de Mattia y de su cariño por Rocco Schiavone, como tampoco de Maurizio, Floriana, Francesca, Marcella, y de la editorial al completo.

Gracias a mi familia, que, contra todo pronóstico, sigue a mi lado: Toni «Si-algo-me-pone-de-los-nervios», Giovanna «A-ver-si-habéis-vuelto», Francesco «Me-ha-timado», Laura «Espera-que-me-pongo-el-manos-libres», Marco «Qué-se-dice-a-la-cámara», Jacopo «De-matrícula-de-honor», Giulia «Ideáfix», y, por último, pero sólo por ser el más joven, Giovanni «¡Profesor-este-año-apruebo-fijo!».

Gracias de corazón a Fabrizio, que a estas alturas conoce a Rocco mejor que yo.

A Nanà, Smilla, Rebecca y Jack Sparrow, que se «alojó» en mi casa trayendo consigo un vendaval de amor.

Gracias de corazón.

A día 21 de noviembre de 2013, año en que escribí este libro, los casos de muerte por violencia machista en Italia ascienden a ciento veintidós^[1].

Hasta que esa cifra baje a cero, no podremos considerarnos un país civilizado.



ANTONIO MANZINI (Roma, 1964), actor, director de cine y teatro y escritor, ha publicado las novelas *Sangue marcio* y *La giostra dei criceti*, así como varios relatos breves, dos de ellos a cuatro manos con Niccolò Ammaniti.

Además, también ha publicado varios libros dedicados al género policial, siendo *Pista negra* su primer libro publicado en España.

Notas

[1] Fuente: Casa Internazionale della Donna de Roma. <<